SALVAJES Y SENTIMENTALES

Letras de fútbol

Javier Marías

Lectulandia

«Como viejo aficionado al fútbol, incluso cuando no estaba de moda entre la intelligentsia, yo le agradezco a Javier Marías este libro que ha reavivado mis recuerdos». MIGUEL GARCÍA-POSADA, *El País*. El vínculo entre literatos y fútbol no es cosa reciente. Camus y Nabokov fueron porteros en su juventud, y el primero afirmó que todo lo que sabía de la moral humana lo había aprendido del fútbol. Javier Marías es otro de los autores que nunca ha negado su afición, y que incluso jugó de extremo izquierdo cuando era niño. Este deporte ha sido el tema de muchos de sus artículos y de varios de sus cuentos, un territorio mítico donde recuperar la infancia, un lugar en el que las ambigüedades no tienen cabida. El fútbol, a ojos del niño Javier, y de cualquier niño, es un desfile de héroes y villanos, una gesta épica que le ayuda a aprender valores básicos de la vida. A los del adulto, es una demostración de temple y carácter, de sacrificio y solidaridad. Es sentimiento, recuerdo y nostalgia, sobre todo nostalgia. Javier Marías (Madrid, 1951) es quizá el escritor español contemporáneo más admirado fuera de nuestras fronteras. Es autor de una inmensa obra novelística, pero también ha cultivado el relato, el articulismo, el arte de la antología, la semblanza y la traducción. Más de una docena de premios internacionales avalan su carrera literaria. Edición y selección de Paul Ingendaay.

Lectulandia

Javier Marías

Salvajes y sentimentales

Letras de fútbol

ePub r1.0
turolero 01.10.15

Título original: *Salvajes y sentimentales*
Javier Marías, 2000

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi amigo
Eduardo «Metropolitano» Calvo,
maldito y asqueroso colchonero

Y para mi querida
Carme López M,

Prólogo

Dijo Albert Camus que cuanto de importante sabía acerca de la moral humana lo había aprendido en el fútbol. En 1930 el escritor francés jugó de portero en el Racing Universitaire de Argel. Cuando diez años más tarde se trasladó definitivamente a París, hubo de buscarse un nuevo club, esta vez no como guardameta, pues su tuberculosis había dado al traste con cualquier ambición personal deportiva, sino como aficionado. Camus se inclinó por el Racing Paris porque sus jugadores vestían la misma camiseta (azul con rayas blancas) que los de su antiguo equipo argelino. Con el tiempo caería además en la cuenta de que ambos equipos compartían también su carácter excéntrico, como él decía: perdían partidos que, «científicamente», deberían haber ganado.

A Camus le gustaba hablar de fútbol. Javier Marías escribe de fútbol, más de lo que sería de esperar en el autor de nueve novelas, dos volúmenes de relatos, siete colecciones de artículos y ensayos y numerosas traducciones, que van desde *Tristram Shandy* de Sterne hasta los poemas de Nabokov. ¿Cómo lo consigue? La respuesta podría encontrarse en una anotación de su puño y letra impresa en tinta azul sobre el margen del primer texto futbolístico de su libro *Vida del fantasma* (Madrid, 1995): «Pocas cosas me han hecho tanta ilusión en los últimos años como que me pidieran escribir sobre fútbol de vez en cuando: un descanso».

En este caso el descanso no debe confundirse con dejadez o con una actitud frívola. Al contrario: como cualquier aficionado de ley, Marías se toma el fútbol muy en serio. «Descanso» podría significar más bien que el autor escribe desde el núcleo, allí donde las cosas están claras y él se siente seguro de sus pasiones y de sus recuerdos. Porque ya de niño era del Real Madrid, y en los últimos años cincuenta vivió los triunfos de Di Stéfano, Puskas y Gento; y la Liga sigue siendo para Marías, pese a todas las decepciones, «la recuperación semanal de la infancia». Por ello, las cuarenta y dos piezas aquí reunidas no son sólo brillantes artículos y ensayos breves, sino entusiasmos, polémicas, moralidades y nostalgias narradas con el tono propio de la literatura confesional.

Este libro trata del fútbol en España y del fútbol en el mundo, de jugadores y aficionados, entrenadores y presidentes, de triunfos tanto como de derrotas y penosas situaciones. Marías se pregunta, por ejemplo, por qué, como ciudadanos, no somos capaces de sentenciar con tanta rapidez e instinto tan certero como cuando somos espectadores de un partido de fútbol; por qué el mismo gesto, la misma lágrima pueden parecer en el campo sublimes o ridículos; qué habría ocurrido si los ochenta mil espectadores del estadio de Chamartín no hubieran guardado pacientemente la calma tras el desplome de una portería que retrasó más de una hora el inicio de una semifinal europea; y por qué los presidentes de los clubs se consideran imprescindibles pese a que nadie compraría nunca una camiseta con su nombre. El autor analiza el patriotismo oblicuo o desenmascarado, las diferentes maneras de

celebrar los goles, los himnos nacionales y el pasado pasivamente republicano de su club favorito. Se pronuncia contra las calvas y las perillas sobre el terreno de juego, pero no contra las barbas de chivo. En suma, Marías entiende este deporte como un interminable desfile de héroes, villanos y figurantes, un espectáculo tan susceptible de ser tomado en serio como el cine, con el que comparte muchas leyes de dramaturgia.

Al leer estos textos como conjunto, me llamó la atención que Javier Marías desvelara en ellos más de su vida que en todas sus novelas juntas. Aquí renuncia a las máscaras, desde las cuales los nebulosos narradores de sus ficciones observan el mundo, y evita las ambivalencias morales que son el secreto más profundo de sus libros. La razón podría estribar en que sus escritos sobre el fútbol están siempre ligados a su infancia, y tan íntimamente que sólo le cabía ser sincero o callar del todo. Así, sabemos de sus lecturas tempranas y de sus primeros pasos literarios; de la familia Marías al fondo de estos episodios futbolísticos, por ejemplo de Fernando, uno de sus hermanos mayores, que construyó porterías de madera con la red hecha de gasa para jugar a las chapas; y de los veraneos de tres meses en Soria, que son el origen de su perdurable simpatía por la más pequeña capital de provincia española y de su club, el Numancia, por aquel entonces en Tercera División. (En su *Ensayo sobre el jukebox*, el escritor austriaco Peter Handke relata una visita invernal al estadio numantino).

Quienes escriben con regularidad sobre fútbol reconocen el carácter efímero de sus textos; la temporada siguiente borra la que acaba de terminar y la hace perderse en un rápido olvido. Al mismo tiempo saben que sus crónicas y artículos se leen con una avidez de la que no pueden presumir ni la sección de política ni la de cultura de un periódico. Mucho antes de haber visto a Johann Cruyff por primera vez en televisión, yo sabía que su elegancia en el manejo del balón era única, porque de niño había leído innumerables veces las noticias sobre los tres triunfos del Ajax de Amsterdam en la Copa de Europa. Por ello, las historias que cuenta el fútbol son actualidad y a la vez todo lo contrario. Atesoran momentos de nuestra vida que brillan por encima de muchas otras cosas de nuestro pasado, sumidas en el olvido como la visita dominical de una tía que nos resultaba antipática.

La mayoría de los textos aquí recogidos, escritos entre 1992 y 2000, fueron publicados primero en el diario *El País* o en el suplemento dominical *El Semanal*. La idea de formar con ellos un volumen coherente y autónomo fue de la editorial alemana Klett-Cotta, y así la edición en esta lengua salió hace unos meses bajo el título *Alle unsere frühen Schlachten* (Stuttgart, 2000). Fue curioso y emocionante ver con qué seriedad, con qué ardiente interés mis compatriotas alemanes y mis colegas austriacos y suizos, que desde hace años aprecian mucho al Javier Marías novelista, se lanzaron sobre este libro de modestas piezas futbolísticas. En las primeras ocho semanas aparecieron más de cuarenta reseñas o entrevistas, tanto en los más importantes diarios y semanarios como en periódicos locales de poblaciones remotas.

Y estos lectores, compatriotas y colegas míos tan serios, estaban por lo visto muy satisfechos y encantados. Especialmente encantadas estaban las mujeres, que hasta entonces nunca habían entendido nada de fútbol ni, por tanto, habían comprendido nunca qué demonios encontraban en ese juego sus maridos, hermanos, padres, amigos y amantes: señal esta de que no tiene tanta importancia la religión como el talento del misionero.

Madrid, abril de 2000

PAUL INGENDAAY
(*traducción de Stefan Schlaefli*)

La recuperación semanal de la infancia

El escritor Guillermo Cabrera Infante detesta el fútbol. La escasa tradición cubana en este deporte podría justificarlo, pero sus más de veinticinco años en Inglaterra anulan tal explicación. Recuerdo su cólera y sus denuestos cuando ocurrió la tragedia de Heysel. Apartándose por una vez de Nabokov, que fue guardameta en su exilio de Cambridge y hasta el final de su vida gustó de ver partidos por televisión, no culpaba a los hinchas del Liverpool, sino al propio deporte: «Ese juego nefasto», decía, «incita a la violencia porque es violento en sí mismo: se juega con los pies, y pocos movimientos hay tan feroces como el que supone dar una patada». Es curioso que, en cambio, en Estados Unidos el fútbol no haya prosperado porque allí se lo considera demasiado lento y blando, una práctica propia de señoritas. Y en efecto, cuando estuve unos meses en la Universidad exclusivamente femenina de Wellesley College, el deporte preferido de las alumnas no era otro que el arte de Di Stéfano, para mi gran sorpresa. Claro que allí podía deberse a la influencia del propio Nabokov, que pasó por el lugar en los años cincuenta y quizá instauró la tradición.

Lo que sí sé es que no hay deporte que más angustie, cuando es angustioso. Es más, en mi caso particular confesaré que es de las pocas cosas que me hacen reaccionar hoy en día de la misma manera —exacta— en que reaccionaba cuando tenía diez años y era un salvaje, la verdadera recuperación semanal de la infancia. Hace un mes llegué a asustarme: al carecer de descodificador en mi televisión, hube de seguir la última jornada de la Liga española por radio, como en la postguerra y aun después. Tal vez fue eso lo que me retrotrajo con demasiada vehemencia a los años más indómitos de mi niñez, pero lo cierto es que cuando, acabados los partidos, mi editor *culé* me llamó con el himno del Barça como música de fondo y dispuesto a hacer bromas de las que —siempre entre risas y sin asomo de ceño— nos gastamos doscientas a lo largo del mes, le anuncié muy serio que ya no podría publicar nunca más con él; y no sólo eso, sino que dudaba que volviera a pisar Barcelona (ciudad que me encanta y en la que viví) y desde luego no pondría jamás pie en Tenerife. Me salió el *hooligan* que todos los aficionados llevamos dentro.

Por suerte todo se me pasó al cabo de unas horas —pero no menos—, porque el fútbol soporta una maldición que a la vez es la salvación de jugadores, entrenadores y forofos compungidos por una derrota. Se trata de una actividad en la que no basta con ganar, sino que hay que ganar *siempre*, en cada temporada, en cada torneo, en cada partido. Un escritor, un arquitecto, un músico pueden sestear un poco tras haber hecho una gran novela, un maravilloso edificio, un disco inolvidable. Pueden no hacer nada durante un tiempo o hacer algo menor. Entre los primeros, que son los que más conozco, los hay que han pasado a ser buenos por decreto y hasta el fin de sus días gracias a una sola obra estimable escrita cincuenta años atrás. En el fútbol, por el contrario, no caben el descanso ni el divertimento, de poco sirve tener un extraordinario palmarés histórico o haber conquistado un título el año anterior. No se

considera nunca que ya se ha cumplido, sino que se exige (y los propios jugadores se lo exigen a sí mismos) ganar el siguiente encuentro también, como si se empezara desde cero siempre, analogía del resultado inicial de todo partido. A diferencia de otras actividades de la vida, en el deporte (pero sobre todo en el fútbol) no se acumula ni atesora nada, pese a las salas de trofeos y a las estadísticas cada vez más apreciadas. Haber sido ayer el mejor no cuenta ya hoy, no digamos mañana. La alegría pasada no puede hacer nada contra la angustia presente, aquí no existe la compensación del recuerdo, ni la satisfacción por lo ya alcanzado, ni por supuesto el agradecimiento del público por el contento procurado hace dos semanas. Tampoco, por tanto, existen durante mucho tiempo la pena ni la indignación, que de un día para otro pueden verse sustituidas por la euforia y la santificación. Quizá por eso el fútbol sea un deporte que incita a la violencia, como decía Cabrera: pero no por las patadas, sino por la angustia. A cambio hay que reconocer que tiene algo inapreciable y que no suele darse en los demás órdenes de la vida: incita al olvido, lo que equivale a decir que a lo que no incita nunca es al rencor, algo que se aprende sólo en la edad adulta.

CANARIO
REAL MADRID

GENTO
REAL MADRID

PUSKAS
REAL MADRID

Oasis

Que el verdadero equipo de Madrid es el Real Madrid y los demás son impostores lo prueba el hecho de que algunos barcelonistas lo odian hasta el punto de preferir perder si también pierde el Madrid antes que ganar si también gana su particular Innombrable. Por eso, supongo, han vivido tantos años instalados en la derrota, su verdadera meta y lo que les permite poner en práctica su mayor afición: la Queja. Tanto ellos como los seguidores de los demás equipos tratan de justificarse pensando que al odiar al Madrid odian a Franco y a los gobiernos todos (bueno, a todos menos al de la Generalitat catalana). Pero al igual que la ciudad es mucho más impenetrable de lo que parece y las interpretaciones que de ella hacen los forasteros son siempre turísticas y ramplonas (con Galdós el canario a la cabeza), cualquier madrileño sabe que el equipo de Chamartín es el menos derechista de nuestros clubs, tanto en el pasado como en el presente. El Madrid ha sido monárquico, pero más o menos como el diplomático Areilza, algo civilizado, algo cortés. Hoy lo dirige un hombre que fue acusado de pertenecer al KGB soviético (recuerdo la portada que le dedicó *Cambio 16*: «El hombre de Moscú», supongo que Ramón Mendoza la tendrá enmarcada), cosa de la que no puede presumir, aunque sólo sea por lo aventurero, ningún otro presidente de club. No nos han faltado jugadores activistas, como Miguel Ángel y Del Bosque, por citar a dos no muy lejanos. Y esta temporada Valdano nos otorga un abierto izquierdismo muy de agradecer. Y si hay ultras con banderas preconstitucionales en el campo y demás, me temo que eso no es culpa del Madrid, como tampoco es culpa de Quevedo que sea forofo de su obra Francisco Umbral: uno nunca es responsable de los desgraciados amores que inspira.

Todo esto viene a cuento para explicar que, pese a la mala y falsa fama, se hiciera del Madrid en 1957 un niño de seis años nacido en Chamberí cuyo padre había salido malparado de la guerra (incluida cárcel), y que además iba a un colegio liberal, el único mixto que existía en la época aparte de los liceos extranjeros. No era un caso aislado: en ese colegio de hijos de perdedores bélicos y políticos (había sobrinas de García Lorca y nietos de Ortega, y también de perseguidos anónimos), la mayoría de los niños eran ya del Real Madrid, y en cambio el único cura, el draculino profesor de Religión, castigaba invariablemente a la clase entera los lunes si el Atleti había perdido.

El máximo responsable de aquel entusiasmo se llamaba Di Stéfano, no cabe duda. Pero había algo más: el Madrid no era marrullero ni tenía miedo, y estaba dotado de dramatismo. Parecen cosas triviales, pero en la ciudad de la infancia todo lo demás era marrullería y trataba de inspirar miedo y era sórdido más que dramático. El Madrid era un oasis como el cine de los sábados. Por eso sus incondicionales somos capaces de aguantar las derrotas, pero no a un equipo que se parezca a los otros o sea mecánico o albergue temores, porque a estas alturas de la vida las traiciones no se soportan. De la vida propia y de la vida más larga del Real Madrid.

El estilo y los nombres

El fútbol es en tantas cosas semejante al cine que quizá por eso su mundo se ha llevado rara vez a la pantalla: parecería una redundancia. Siendo un deporte de equipo, es el más generoso con sus jugadores, pues permite que se los recuerde individualmente, a pesar de los uniformes, con la misma nitidez con que uno es capaz de representarse los rostros, las figuras, los andares y nombres de los actores de cine, principales o secundarios. Cualquier buen aficionado cinematográfico *ve* a John Carradine o a Dan Duryea, a Jack Elam o a Strother Martin con tanta claridad como a Gary Cooper o a Henry Fonda, y cualquier aficionado al fútbol, aunque conserve en lugar preferente de su retina unos cuantos goles magistrales con la estampa de sus genios, también sabe visualizar al instante, al mero conjuro del nombre, las facciones, la carrera y la planta de cualquier oscuro defensa o sacrificado medio al que haya visto pisar un campo unas cuantas veces. El nombre trae la imagen como un fogonazo, o la imagen el nombre, algunos de estos tan azarosamente admirables que cualquier novelista habría pagado por inventarlos para sus personajes: Griffa, Gensana, Marcaida, Kopa, Lesmes, Xirau, Molowny, Bettega, Glaría, Vierchowod, Rial o Strachan. Hay jugadores literariamente obligados a resumirse en un apellido de cuatro o más sílabas para estar a la altura de su leyenda, como si lo hubieran elegido a la manera de las antiguas estrellas de cine, luchando contra el olvido: no hay más resonancia en Olivia de Havilland o en Yvonne de Carlo o en Montgomery Clift que en Beckenbauer, Maradona, Butragueño, Batistuta, Achúcarro, Antognoni, Zubizarreta o Di Stéfano. A aquel maravilloso argentino, Babington, le falta una sílaba, pero la compensa lo esdrújulo de su nombre.

Pero no es sólo eso, sino también una cuestión de estilo: los hombres de los equipos cambian cada pocos años, como cambian los actores cuando se hacen viejos. Y sin embargo parece que en cada club hubiera una mano invisible de un director que hiciera siempre reconocible a cada formación distinta, como resultan inconfundibles las películas de Ford o Lubitsch o Hitchcock. Y así como éstos utilizaban intérpretes diferentes pero que les eran afines (nunca John Wayne, por ejemplo, en obra de Billy Wilder), habrá jugadores que parecerán nacidos para un equipo o que nunca tendrían cabida en otro. Así, el Atlético de Madrid, cuyo estilo presagió y recuerda al de Sergio Leone (mucho tiroteo, pero al final todo se hunde estrepitosamente), está especializado en el jugador-macarra: Futre había de ser suyo y podían haber contratado a Keegan; no es raro que el fallecido Juanito procediera de sus filas, y Gárate, un noble, fue la excepción a la regla. El Barcelona, influido por las angustias vitales de Antonioni y Bergman hasta haber optado últimamente por la euforia mortal de Rambo, tuvo elencos dubitativos y en permanente crisis, como el suicida Kocsis, Marcial, Rexach y Martí Filosía. En cuanto al Real Madrid, recuerda a Hitchcock, cuyas películas se ven con el alma en un hilo pero suelen terminar bien: al Madrid, en Europa, le ha gustado a menudo tener tres goles en contra, para remontarlos; y en la

Liga atraía mucho ese rumor de inquietud que antaño provocaba el Athletic de Bilbao cuando se adelantaba en el marcador. Y no se olvide que, también como Hitchcock, ha tenido preferencia siempre por las heroínas rubias: Di Stéfano, Kopa, Netzer, Velázquez, Pardeza, Prosinecki y sobre todo Butragueño siguen siendo lo más parecido que se ha visto nunca en un campo de fútbol a Grace Kelly amenazada, pero con tijeras.

Cuello de marinerito

Se dice que los madridistas no sabemos perder, y nada más cierto, no estamos acostumbrados a ello. Se puede ser de un equipo por muchos motivos (yo lo soy porque soy madrileño y no iba a ser del Atleti, qué ofensa; por Di Stéfano y por una niñera que me mentía de niño diciéndome que era novia de Gento, lo cual me lo hacía como de la familia), pero una vez decidida la preferencia eso marca y no hay quien la cambie, uno se acostumbra a ver el fútbol desde un estado de ánimo determinado, y el de los madridistas era un estado de confianza con una expectativa de lujo y derroche: no sólo se ganaría, sino que cabría el adorno y sobrarían algunos goles. Era uno de los pocos equipos del mundo cuyos forofos no temían a sus jugadores.

En los últimos años, sin embargo, uno ve los partidos con la misma zozobra con que una madre asiste a la representación del colegio en la que por vez primera intervienen sus hijos: temiendo que vayan a equivocarse, que den un traspié, que olviden la frase o que luzcan muy feos disfrazados de pastorcillos. A los jugadores del Madrid les han puesto esta temporada un cuello azul en el uniforme que les da un aire de marineritos dominicales: mejor esa innovación que la del Barcelona, unas franjas blancuzcas que manchan sus tradicionales colores de la bandera de Liechtenstein o de no sé qué cantón suizo o quizá de Basilea, origen foráneo y minúsculo de lo *blaugrana*. Pero sus jugadores parecen seguros por no decir infalibles, mientras que uno se pasa hora y media temiendo que nuestro Buyo pierda el juicio y Nando arrolle contrarios; que Prosinecki regatee varias veces al poste en vez de chutar a puerta y Rocha remate a la propia escuadra; que se nuble Butragueño por no ver ningún arte y se ensombrezca Martín Vázquez por acordarse de Italia (no sé cómo los defensas rivales no han recurrido ya a la treta de hablarle toscano para desquiciarlo). Este papel de madre aprensiva resulta de lo más deprimente, y los señores Mendoza y Núñez deberían tener conciencia de que a ciertas edades es inhumano pedirle a uno que varíe el carácter. Yo he visto a *culés* ensayando con dificultades sonrisas ante el espejo para estar a tono con la obtención de títulos importantes. Y desde hace unos años me veo a mí mismo desconocido, lanzando suspiros de alivio porque Sanchis ha hecho falta y aplaudiendo a rabiar goles de penalty o de churro que en mi infancia me habrían hecho pedir disculpas. Todo esto es muy raro y no sé si ofrece ninguna ventaja: el *colchonero* García Hortelano solía decirme que el triunfo infrecuente era mucho más sabroso. No lo creo, y menos mal que aún no sabemos perder. Pero que empiece a parecer milagroso ver goles como el de Zamorano el sábado y ganar en Chamartín al Barça le hace sentirse a uno como un noble arruinado. Esperemos que la cosa se quede en eso, porque ya sabemos que a los nobles el escalón siguiente suele llevarlos a la guillotina. Este año tenemos aún cuello, aunque sea azul de marinerito.

¿Por qué no nos odian?

La principal necesidad de los odiadores es creer que ellos son igualmente odiados por aquellos que odian: con idénticas intensidad y obsesión, con idéntica destilación de espuma. Pero eso rara vez sucede, del mismo modo que casi nunca dos se aman a la plena satisfacción del otro. Así, tanto los barceloneses como los *culés* llevan siglos (los primeros) o decenios (los segundos) intentando por todos los medios ser odiados en igualdad de condiciones por los madrileños y los *merengues*, últimamente llamados *vikingos*. Aún les queda mucho camino por recorrer. No es que caigan demasiado bien en general, hay que reconocerlo, pero siempre me pareció exageradamente malévolo el célebre chiste de Borges. «Los catalanes, pobres», dijo con su inconfundible acento; «en España nadie los quiere, y en Francia los toman por impostores».

Lo que tanto los barceloneses como los *culés* no suelen tener en cuenta es que el odio de los madrileños y *merengues* está muy repartido y disperso, y casi siempre actúa por reacción. Por un lado, andamos bastante ocupados en zafarnos de la secular inquina de otras quince autonomías (así llamadas ridículamente hoy en día), que se empeñan en denostar y debilitar a la capital pero al mismo tiempo no ven la hora de que sus productos —trátese de políticos, mercancías, obras de arte, toreros, actores o equipos de fútbol— sean aquí recibidos y, a ser posible, aclamados. Por otro, como es bien sabido, la mitad de los madrileños concentra sus iras y fobias en la otra mitad (en lo que al fútbol se refiere, un acérrimo *vikingo* preferirá siempre que gane el Barça a que lo haga el Atleti, un verdadero *colchonero* que gane asimismo el Barça a que venza el Madrid): se trata de una ciudad insolidaria y enemistada, en la que es difícil atravesar la jornada sin participar en algún altercado; los taxistas son particularmente propicios, no sólo por sus ideas políticas habituales y sus malos modos generales, sino porque suelen llevar bien visible un banderín del equipo equivocado, sin duda para provocar al cliente. Y a falta de taxistas basta con los conductores, que constituyen la banda de delincuentes más numerosa y organizada de todo el país.

Así, resulta inimaginable en Madrid un espectáculo como el que están dando las masas barcelonistas esta temporada en que se ha cumplido el vigésimo aniversario del famoso 0-5 de Chamartín, con Cruyff como jugador. Chapas conmemorativas y cuatribarradas, barretinas coronadas por cinco dedos como cinco goles, variaciones en la letra del himno local *Els segadors* («Amb la sang dels merengons / hi farem tinta vermella», algo así), la televisión catalana pasando una y otra vez resúmenes de aquel partido honorable o bien el partido entero, el vídeo a la venta haciendo grandes recaudaciones. Todavía recuerdo cómo, diez años después de aquella gesta, la primera reacción de muchos barceloneses al saber mi origen madrileño era agitar la mano derecha extendida como si se despidieran. Tardé un poco en darme cuenta de que no se trataba de un ademán amistoso, sino del recordatorio manual y gráfico de

aquel 0-5 inconmensurable. (Supongo que este año me lo volverán a hacer cuando vaya por Barcelona, quizá con la mano izquierda, para indicar que la goleada esta vez ha sido en campo propio). La verdad es que todavía hay distancias: si los madridistas conservamos algún vídeo, es el del 7-3 al Eintracht de Francfort en la final de la quinta Copa de Europa. Aún tenemos enemigos por todo el continente.

Como se recordará, el árbitro Guruceta pitó una vez contra el Barça y a favor del Madrid un penalty que no lo era, y desde entonces su nombre pasó a ser un insulto comodín en el Camp Nou. Si no me equivoco, el susodicho Guruceta, hombre presuntuoso, se fue a la tumba cabizbajo sin volver a dirigirle un partido al equipo azulgrana. Hace dos temporadas, en la primera Liga que el Madrid tuvo a bien cederle al Barça a través de unos cuantos exmadridistas repudiados hasta Tenerife, el árbitro de ese último encuentro, con 1-2 en el marcador y ya en el segundo tiempo, anuló un gol absolutamente legal de Milla, que habría supuesto un 1-3 casi inapelable (el Madrid acabó derrotándose a sí mismo por 3-2 en un ataque de barcelonismo inexplicable). No sólo esa circunstancia no se mencionó apenas en su momento, sino que los madridistas ni siquiera nos acordamos ya de cómo se llamaba aquel árbitro. Y el Madrid nunca ha considerado apestados a los antiguos jugadores del Barça: además de fichar a Schuster y Milla en tiempos recientes, en el pasado no tuvo reparos en contratar a dos extremos diestros que rindieron muy buenos servicios, Tejada y Goywaerts, y al delantero Evaristo, mientras que me cuesta recordar a madridista alguno que haya pasado directamente a defender los colores del Barça (me señalan al francés Lucien Muller, triste caso). Hoy en día me encantaría tener en mi equipo a Guardiola y a Laudrup. No desespero.

Ahora el ensalzado Barcelona de las últimas temporadas, ganador de una Liga y angustiado beneficiario de otras dos, vencedor de la Copa de Europa en la prórroga ante un equipo italiano que viene a ser como aquí el Sporting de Gijón, parece haber entrado en crisis, y por eso, con divertida malevolencia que tampoco quiero defraudar, se me pide este artículo madrileño-madridista, como si fuera el reverso de Vázquez Montalbán, *culé* enceguecido. No se me solicitó tras el 0-1 del Lleida, ni tras el 0-1 del Betis, ni tras el 2-3 del Athletic de Bilbao, sino tras ese 6-3 de Zaragoza que ha dado pie a los primeros chistes futbolísticos oídos en Madrid en años (para llamar a Barcelona el prefijo ya no es 93, sino 63, etcétera). Supongo que se trata no sólo de la reiteración en el desastre, sino de la fuerza visual de un tanteador tenístico. Yo, la verdad, no sé si alegrarme. El Barcelona ha sido tradicionalmente un equipo exquisito y melancólico, con jugadores delicados y dados a la depresión: recuérdese al maravilloso Marcial y a Martí Filosía de tan frágil ánimo, al suicida Kocsis de los cromos de mi infancia, al donjuanesco y doliente Ramallets y a tantos otros grandes futbolistas con un elegante punto de inseguridad y zozobra y artisticidad en sus botas. Últimamente ese Barcelona inestable y apesadumbrado había desaparecido, y el triunfalismo no sienta bien a los colores azul y grana. De manera que, si la crisis durara, no podría dejar de celebrar cierto regreso

a las psiques atormentadas, al victimismo institucionalizado, a las lágrimas sinceras de Casaus, a las fraudulentas llantinas de Núñez y al hamletismo de una hinchada que sabe interpretar como ninguna el papel del vacilante y el derrotado. Sin embargo lamentaría que el Barça interrumpiera su afanosa progresión en busca del odio *merengue*. El odio del otro no se consigue tan fácilmente, como hemos visto: para ello, en el fútbol, hacen falta muchos años de victorias justas e injustas, muchos jugadores desdeñosos e incuestionablemente superiores, muchos agravios y muchas frustraciones de los rivales. El odio mayor es hacia lo excelente prolongado, sólo entonces es sublime como el de Salieri hacia Mozart. Hay que admitir que el Madrid del entrenador Floro —santo cielo, qué hombre más triste y soso, y qué mal habla: traigan de una vez a Maturana— se aleja a pasos muy rápidos de esa excelencia, quizá para hacer disminuir a su vez tanto odio padecido. Sus seguidores no podemos sacar pecho en una temporada teñida de patetismo. Pero también es cierto que al Barcelona todavía le faltan lustros de maravillar con su fútbol para que los madridistas nos deleitemos de veras con sus derrotas, cuando éstas llegan. Hoy por hoy un 6-3 como el del Zaragoza al Barça nos hace sentirnos tan sólo un poco más acompañados en nuestra melancolía, por quienes de verdad saben y disfrutan de ella.

GENTO

VIDAL

Corazones tan blancos

Nuestro corazón tan blanco ha conocido cosas peores en estos últimos años y aun así ha sobrevivido. Acostumbrados a ganar, hemos descubierto que perder no nos mataba, lo que tiene su misterio. Nunca pudimos suponer que entregaríamos en el partido final dos Ligas seguidas a nuestros rivales. Y en Tenerife. Tampoco que volveríamos a encajar un 5-0. Y sin Cruyff en el terreno de juego (estaba en la banda, dirigiendo). O que el destinado a ser nuevo Di Stéfano resultaría un chupón inseguro, un correcaminos croata, horizontal y frágil. Más grave que todo esto fue escuchar a un entrenador que tras perder campeonatos y eliminatorias decía con expresión pánfila: «Esto no tiene por qué afectarnos», mientras nuestro corazón se iba haciendo cada vez más negro y alguna zona se necrosaba: un hombre no ya sin sentido del espectáculo, sino sin algo mucho más importante en el fútbol: sentido del dramatismo. La primera lección de todo jugador y de todo entrenador debería ser esta: «En este juego, si no hay drama no hay nada». Si perder o ganar un partido no se vive como un asunto crucial y con argumento o historia, con desenlace o catástrofe, que afecta al pasado, al presente y al futuro, a la dignidad y a la decencia y por supuesto a la cara con que se levanta uno al día siguiente, entonces dejémoslo estar y miremos por televisión a los equipos de los otros con ecuanimidad y tibieza (pronto desertaríamos de programa tan insulso). El fútbol es el circo de nuestros días, pero también el teatro. Ha de ser emoción, temor y temblor, desolación o euforia. Nada de esto hemos tenido los madridistas en los últimos tiempos, ni siquiera desolación, porque según los responsables nada «tenía por qué afectarnos», qué herejía.

Ahora se añade una minúscula humillación: en las votaciones de los técnicos sobre el campeonato que acaba, el Madrid no figura en el palmarés de los mejores por ningún sitio. El Barcelona, a falta de sus encuentros decisivos que aún pueden dejarlo en subcampeón de todo, se lleva los elogios, quizá con merecimiento. Si Alfonso no se hubiera lesionado… No importa, no busquemos excusas: ¿acaso nuestros Zamorano y Dubovsky pueden competir hoy con Romario y Laudrup —será nuestro—, incluso con Latorre y Mijatovic? ¿El voluntarioso Hierro con el sagaz Guardiola o el voraz Guerrero? ¿El nada divino Morales con el titánico Sergi? Y qué decir de los entrenadores, ¿cómo puede compararse la sosería artera de Floro con la cándida vehemencia del deportivista Arsenio? El fútbol es una convención, como todo lo que se contempla. Pero además de riesgo y de cuanto ya he enumerado, esa convención exige ingenuidad, o lo que es lo mismo, creer que todo es posible, el desastre y la hazaña, el vuelco, la sorpresa infinita, y que el desastre *es* desastre y la hazaña hazaña cuando se dan, que el mundo se acaba en cada partido, aunque sepamos que hay otro al cabo de siete días. El Madrid hace tiempo que no es un equipo ingenuo, y por ello no merece ser destacado.

Pero nuestros corazones no serían tan blancos si no mantuviéramos un rasgo de

chulería («Madrid es saber meterse las manos en los bolsillos mejor que nadie», decía el *colchonero* García Hortelano parafraseando, creo, a Ramón Gómez de la Serna, buen *gato*). Y al fin y al cabo, ¿quiénes son esos técnicos para que su votación tenga importancia? Se trata de un grupo en el que todos menos cuatro o cinco fracasan al final de la temporada, todos menos el campeón de Liga, el de Copa, algún *uefo* inesperado y los dos que se salvan pese a tenerlo todo en contra. Así que vamos a ver, ¿quiénes son esa pandilla de fracasados para decirnos a nosotros nada? (No hace falta decir que en cuanto termine el artículo me meteré las manos en los bolsillos como bien sé hacerlo).

Leones en Chamberí

(Nota previa: este artículo es posiblemente antipatriótico. Y sin embargo lo escribo).

Seamos francos. ¿Ustedes creen que este año se puede ir con la selección española en el Mundial? Bueno, sin duda tendrá muchos seguidores entre aquellos que no suelen ver ni saben de fútbol pero a quienes gusta gritar «¡España!» en un tono tan salvaje que hace sonar el nombre como un titubeo indignado entre «Espada» y «Guadaña». Siempre han dado miedo y volverán a darlo. Pero entre los aficionados verdaderos lo veo difícil. Ya he oído a algunos pidiendo lo imposible: que gane la selección y pierda Clemente. A éstos les espera, hasta el comienzo del campeonato, la dura tarea de ponerse de acuerdo consigo mismos; no creo que lo consigan, irán cambiando de bando cada quince minutos de partido. Hay que reconocerle a Clemente cierto mérito: si la función política de la selección de fútbol es unir un poco al país durante unas semanas (recuérdese el Camp Nou entero gritando el titubeo violento en la final olímpica de hace dos años: algunos espectadores deben de estar aún tratándose de aquel brote esquizofrénico), es admirable que el seleccionador haya logrado una considerable labor de disgregación y desapego en no mucho tiempo. El equipo está lleno de vascos y de *blaugranas*, lo cual no va a permitir, sin embargo, que los habitantes de Vasconia y Blaugrania se sientan muy identificados con una camiseta roja a tantos miles de kilómetros. En Galicia no se ve con simpatía al conjunto porque no hay más que un jugador del Deportivo, y hace poco me preguntaban con rencor en Zaragoza qué me parecía que no hubiera ni uno del campeón de Copa y tercero en la Liga esta temporada. En cuanto a Madrid, qué decir: el seleccionador es antimadridista confeso y ha agraviado a la Quinta del Buitre, y si bien los atléticos lo consideran un poco suyo (por pasado en común y afinidad de caracteres: broncos ambos), no creo que les parezca bastante la presencia aislada de Caminero en el grupo escogido, sobre todo si además acaba fichándolo el Barça. No me digan que la cosa no tiene mérito.

De lo futbolístico mejor no hablar. Cuando muchos jugadores españoles han alcanzado por fin un excelente nivel técnico (nunca se distinguieron demasiado por eso), se admite a regañadientes a Guardiola y a Guerrero y se los rodea de compañeros peleones y toscos y trompicados, con fuerza pero sin pensamiento, con ímpetu pero sin ingenio, una especie de fuerza de choque semiaérea, cuando es justamente en el semiaire donde no sólo no se ganan, sino que ni siquiera se libran batallas. Clemente se ha pavoneado de haber «aguantado la avalancha nórdica» en un ensayo… ¡contra Finlandia! (Desafío a cualquiera a que me diga el nombre de un solo futbolista finlandés del pasado, presente o futuro que no sea Lítmanen. Bueno, a cualquiera menos a Graham Turner y a Julio Maldonado). En cuanto al aspecto estético, que tan importante es para el apoyo de las mujeres y los homosexuales varones y que tan bien ha explotado siempre la selección italiana, de nuevo las

excepciones son Guerrero y Guardiola, ídolos de las quinceañeras: el tono medio del resto se ve muy agravado, atención, por el corte de pelo de Camarasa (odiadísimo en Blaugrania, dicho sea de paso). Por último, el uniforme es el más amacarrado de cuantos hemos padecido a lo largo de los últimos decenios, y bien que ha habido competencia.

¿Qué hacer, si uno no es patriotero? ¿Cómo puede irse con una selección así? Yo solía inclinarme mucho por Italia en cuanto España quedaba eliminada (y aun antes), pero esto ya no lo veo posible desde que el país es Berlusconia. Francia, que tiene buen juego, e Inglaterra, que al menos lo inventó, no acuden, como tampoco la simpática y borracha Escocia. El atractivo de Colombia en mi caso está ya descartado, desde que resulta que la entrena un empleado del señor Gil Doble. Me siento demasiado europeo para apoyar a Brasil o Argentina, y no puedo ir con Alemania en el quincuagésimo aniversario del desembarco de Normandía. Suiza es tan neutral que no se puede tomar partido por ella. Y luego están Rumania, Bulgaria, Noruega, Bélgica. No quiero ofender, pero resulta algo difícil apasionarse con ellas. En lo que respecta a Rusia, si ya era malo que fuese el equipo de Yeltsin, más grave todavía es que sea también el de Solzhenitsin, ahora que ha vuelto con su sotabarba intacta. Sólo quedan los «leones indomables» del Camerún, que reúnen varias condiciones para suscitar simpatía: juegan bien, son alegres, son pobres y van teniendo tradición. Realmente rectifico: lo de Clemente tiene *enorme* mérito: vean si no lo que ha logrado en este caso (y estoy convencido de que no soy el único), él que es tan xenófobo: un vecino de Chamberí —el corazón del titubeo— tendrá que ver los partidos vestido con camiseta verde, pantalón rojo, piel de leopardo en los hombros y la cara embadurnada de negro. Voy a dar el espectáculo.

Felones

¿Por qué lo han hecho? Me pide este periódico que escriba sobre aspectos estéticos y estilísticos del Mundial y nuestros jugadores, al primer partido, se descuelgan con una perilla. Si todo me lo ponen así, no sólo iré con Camerún sino *contra* España, el Antipatriota por excelencia. Si se trata de uno de esos juegos capilares para atraer la suerte, podían haber escogido cualquier otro: bigote, melenas, coletas como las de Baggio o el suizo Sutter o el portero norteamericano Meola (parece salido de una película de Tarantino o de un vídeo de Madonna). Hasta patillas a lo Neeskens habrían sido más presentables.

No es sólo que yo tenga una idea arbitraria desde hace años, que me confirma sin cesar la experiencia, a saber: no se puede uno fiar de los hombres con perilla ni de los que calzan sandalias (tampoco de los de barba recortada, exceptuando a Fernando Savater); y si lucen ambas cosas entonces hay que ahuyentarlos sin miramientos: «¡Aparta de mí, especie de taimado fraile!», algo así conviene gritarles. No es sólo eso, ya digo, sino que la perilla pertenece objetivamente a los felones y a los malvados. Que no se invoque a los mosqueteros: lo que llevaban era *mosca* debajo del labio, era Richelieu el de la perilla; tampoco debe confundirse con la barba de chivo, alocada y simpática como la de un defensa norteamericano llamado Lalas que parece el General Custer trotando. Peor que la perilla sólo hay la sotabarba, y espero no dar a nuestros jugadores una idea con esto. Esa barbita relamida y artera que exhibieron Salinas, Caminero, Beguiristain, Goikoetxea, Abelardo, Guardiola, Lopetegui y no sé cuántos más ha convertido a España, sin duda, en el equipo más odiado del campeonato, aquel que todo el mundo estará ya deseando ver perder y eliminado. Los futbolistas no parecen darse cuenta de que hoy día son carne de pantalla; que las pantallas siguen siendo dominadas por el cine, con sus leyes; que en el cine cuenta mucho más el aspecto que en la vida real, ya que allí cualquier detalle está informando al espectador sobre los personajes; y que un sujeto con perilla es un villano o como mucho un psiquiatra.

Llevan ese aditamento los tahúres, los traidores, los cardenales, los piratas más sanguinarios, los diplomáticos amanerados, los artistas fatuos y Vincent Price cuando es más perverso. No mejora la cosa en otros campos: en pintura se ven en siniestros contemporáneos de Felipe II y en abominables cuadros de El Greco, así que en el mejor de los casos la imagen es oscurantista. En los últimos decenios, lo más bondadoso que se ha visto con perilla son aquellos cantantes, Peter, Paul & Mary, sobre todo Mary. En cuanto a la suerte, después del partido contra Corea yo correría a afeitarme.

Horrorizado por este espectáculo, miré a la banda deseando que Clemente hubiera aprendido del elegante Pat Riley o por lo menos de Valdano y Capello. El cambio de estilo fue total, hay que reconocerlo, pero no para bien, me temo: el seleccionador ha debido creer que en Estados Unidos están permitidos todos los atentados

indumentarios (y lo están muchos, pero no todos): aún me pregunto por qué eligió precisamente esos pantalones de longitud imposible (ni cortos ni bermudas ni tan siquiera bombachos) que sólo he visto ponerse en sus escenas más grotescas a Bob Hope y a Jerry Lewis.

Clemente sí habrá caído en la cuenta de que iba a salir en pantalla. Lo malo es que se confundió de género, porque él no tiene ninguna gracia.

La celebración

Una de las cosas más reveladoras del carácter y personalidad de un jugador (y de su equipo, por extensión) es su forma de gritar y celebrar un gol. Bien es verdad que en un Mundial casi todo invita al aspaviento y nos puede quedar la duda de si el goleador será siempre así —un histrión o un fanático— o si la trascendencia de la oportunidad le ha desinhibido las dotes escénicas. Y tampoco debe juzgarse de la misma manera la celebración de un gol brasileño, alemán o italiano que la de uno conseguido por Nigeria o Corea, para las que ya es un milagro poder participar. (Que el exministro Oliart o el matón concejal Matanzo se hubieran puesto a brincar por las calles cuando les tocó la lotería no habría sido de recibo; sí en el caso de casi cualquier otro mortal).

El jugador más elegante y sobrio a la hora de marcar goles fue curiosamente un *colchonero*, Gárate, que no los celebraba: no sólo no hacía cortes de manga ni daba puñetazos al aire ni huía como un poseso por todo el campo, sino que ni siquiera alzaba los brazos, lo cual es el gesto mínimo que el contacto del balón con la red pide al que lo ha logrado, como sabe todo el que ha jugado al fútbol alguna vez. Gárate no humillaba al rival con su exaltación, más bien parecía pedirle disculpas por el disgusto dado y por hacerle perder la prima.

De los actuales, quizá es Butragueño el menos ofensivo en su alegría: se limita a dar un saltito infantil y a ser aplastado luego por sus compañeros más pesados. Pero también hay celebraciones memorables por su histeria: Míchel tras su tercer gol a Corea hace cuatro años, cuando todos supimos leer en sus labios (¿para cuándo micrófonos e intérpretes?) que gritaba «¡Me lo merezco!», cosa bien original teniendo en cuenta que el mérito era sólo suyo indudablemente: fue un gol grande.

O bien la imagen de Tardelli en la final de Madrid en el 82, corriendo como un salvaje y agitando el puño, la más emblemática de aquel Mundial. En el de ahora, las efusiones no son excesivas aún: nada de muy mal gusto, como trepar a las verjas y sacudirlas simiescamente, o hacer la patética avioneta en la que incurre Romario a veces, ni penosos gestos toreros como los del deportivista Claudio. Pero estamos en la primera fase, cuando los goles no son tan vitales. En todo caso ya ha habido dos buenas imágenes disparatadas: el nigeriano Yekini entonando cánticos con los brazos a través de la red que acababa de perforar, como si fuera un preso anhelando la libertad más allá de las rejas (como nos descuidemos, Benetton nos hará un anuncio con eso).

La segunda ha sido la de Maradona tras su gol a Grecia: corrió como un loco furioso hacia la banda, o más bien —sentido de la orientación— hacia una cámara que lo vio venir con su piel tostada y su pendiente en la oreja izquierda como si fuera un pirata en pleno abordaje. Tras él corrían sonrientes Chamot, Simeone, Redondo, sonreían los compañeros. Él no, parecía llevar un sable entre los dientes, casi dio un cabezazo de ira a la cámara. ¿Por qué se lo tomaba así quien ha sido el mejor jugador

del mundo y ha metido goles de todos los colores en equipos campeones? Seguramente era su despedida, tras haber sido detenido, encarcelado, vilipendiado, cuestionado, esquilmado y engordado. Era la exaltación de un hombre agobiado que ya está yéndose. Quizá sea sólo eso: que los que se marchan acaban pareciéndose mucho a los principiantes, justamente a aquellos que les vienen a quitar el sitio.

Los himnos

La verdad es que varían enormemente según cómo sean interpretados y hoy en día apenas se oyen por la televisión o la radio: los más patrióticos locutores, los que dicen «manejamos bien la pelota» o —por supuesto— «hemos ganado», hablan sin parar, también durante los himnos, el propio y los ajenos, también durante los minutos de silencio. Ni siquiera el asesinato del pobre defensa colombiano Escobar les merece respeto, su verborrea está por encima de todo. El himno más bonito sigue siendo el alemán, no en balde lo compuso Haydn. Como tantas otras cosas, la música se la robaron a Austria. Contaba Juan Benet que cuando se rindió Alemania hace casi cincuenta años, la radio de Hamburgo se limitó a dar la noticia escueta y a continuación hizo sonar la versión original, el *Poco Adagio, Cantabile* del cuarteto de cuerdas llamado «Kaiserquartett». Es lo más melancólico y poco triunfalista que pueda oírse, pero las bandas militares lo han convertido en una perpetua fanfarria victoriosa, jactanciosa, ominosa. Como con las traducciones, uno se pregunta cómo una partitura puede ser tan distinta según el intérprete, y sin embargo *la misma*.

En este Mundial no suenan los otros dos más bonitos, el de Inglaterra, quizá compuesto por John Bull en el siglo XVII, y el de Francia, la mítica *Marsellesa* de Rouget de Lisle. Estos tres himnos, como la mayoría, tienen letras tradicionales que los jugadores cantan sin problemas. Del *God Save the King* hay unas maravillosas variaciones para piano y orquesta de Johann Christian Bach, de lo más alegre que puede escucharse. La existencia de estas versiones clásicas y civiles lo reconcilian a uno con esos himnos, hasta le permiten emocionarse sin remordimientos con el pretexto de estar recordando a Haydn, a Bull, a un hijo de Bach o la película *Casablanca*. Es una gran ventaja de la que carecemos los españoles, cuando nuestra *Marcha de Granaderos*, del XVIII, no está nada mal, tocada suave y lentamente —de manera derrotista, sólo la he oído así una vez—, llega a ser casi tan melancólica y poco ofensiva como la cuerda de Haydn cuando es sólo cuerda. Es difícil, sin embargo, que la pieza no resulte más bien odiosa, al menos para nuestra generación, que la oyó demasiadas veces en desfiles presididos por la mano floja que subía y bajaba como un paso a nivel, qué barrera.

La relación de los jugadores con sus países se nota en la manera en que escuchan estas músicas. Los hay ingenuamente patrióticos como los de México (la mano en el pecho) y aviesamente patrioteros como los de Alemania («Pues no faltaría más», parecen estar pensando). A algunos no les gusta su melodía pero es la suya, como ocurre con Brasil y Argentina; los italianos no saben bien qué hacer con su festivalero *Hermanos de Italia* o *Himno de Mameli*, es de prever que Berlusconi lo cambie pronto por alguna canción *confidenziale* o televisiva, por ejemplo *Volare*. Los hay que escuchan emocionados, los hay que escuchan deseando que la monserga acabe. Entre éstos me temo que están los españoles, que cantar no pueden. ¿Cómo podrían? La

única letra que yo le recuerdo a esa música es una burlesca de tiempos de Mano Floja, decía: «Franco, Franco, qué cara más fanática que tiene usted, parece un requeté; lleva la flecha en la mano y siempre va gritando “¡Viva, viva Cristo Rey!”». A ver si se le encarga una a algún escritor españolísimo como Umbral o Gala. Por lo menos nos reiríamos cada vez que oyéramos la cursilada cantada a voz en cuello por los muchachotes.

La gracia y el tiro

Ya sabemos que la vida es injusta y no siempre depende del mérito. Los miembros más clarividentes de la selección saben que su partido frente a Italia será recordado por la derrota y por un gol que sólo existió en su inminencia. Y quizá por alguna imagen suelta, no perteneciente al juego. Es curioso cómo algunos futbolistas caen en gracia y otros caen como un tiro (pero esto ocurre en todos los ámbitos de la injusta vida), y cómo una u otra cosa dependen en ocasiones de algo que hicieron una sola vez en el campo, ante millones de espectadores. En un instante, por una reacción más que por una jugada, el individuo puede quedar marcado ya para siempre, o hasta que un gesto contrario lo redima o condene. Lo más sorprendente es que el *mismo* gesto puede ser percibido de maneras distintas y aun opuestas, como si fuera propio de unos jugadores e impropio de otros, o acaso los matices, con ser tan sutiles, los acaba viendo todo el mundo. Hace cuatro años, en el Mundial de Italia, al inglés Gascoigne le mostraron tarjeta en una semifinal, lo cual suponía que, si Inglaterra ganaba el partido, él se perdería la final, sancionado. (No ganó, no fue tan grave). Al gordo Gascoigne, que más que un jugador parecía un *hooligan*, un tipo indisciplinado y duro, se le saltaron las lágrimas en el acto con espontaneidad impúdica, mientras se disponía a seguir atacando para que sus compañeros sí alcanzaran el partido sublime en el que él no estaría. Se ganó al público del mundo entero, desde entonces se le perdona todo. Hace unos días vimos llorar también al pobre Luis Enrique, a quien Tassotti partió la nariz de un codazo dentro del área. Y sin embargo no creo que esa imagen le gane muchas simpatías, estando la razón de su parte: quizá fue demasiado chillona (el madridista se tiró al suelo, su llanto tuvo demasiada vehemencia y puerilidad, le gritó a su agresor «Hijoputa, hijoputa»). Sobre todo duró demasiado, no fue una imagen furtiva sino exhibida. La duración lo es todo en lo que respecta a las emociones, éstas se desvanecen si se insiste en ellas.

Hace ya muchos años el Real Madrid perdió una Liga ante la Real Sociedad en el último minuto, y el fallecido Juanito Gómez se revolcó por la hierba hecho una ménade (lo que en el colegio se llamaba «un nena»). Parecía no tanto que sufriera cuanto que deseaba que viéramos cuánto sufría, no creo que esa imagen lo beneficiara, como tampoco aquella otra en la que pateó la cara del alemán Matthäus caído en el suelo, no hay quien la olvide. En cambio no salió tan mal parado el italiano Gentile cuando en 1982 le desgarró la camiseta a Maradona, se la dejó hecha un harapo. La acción no podía ser más cobarde y flagrante, pero Gentile supo poner la expresión cínica de inocente de tal manera que se le pasó por alto, por buen actor, supongo. En este Mundial Bebeto, Romario y Mazinho han logrado con el gesto de mecer en sus brazos a un niño más simpatías para Brasil que con sus goles asépticos: me recordaron a John Wayne y sus compinches —Pedro Armendáriz y Harry Carey Jr— en aquella emotiva película de John Ford, *Tres padrinos*, en la que unos forajidos recorrían el desierto con un bebé recién nacido al que cantaban *Streets of*

Laredo. El fútbol tiene mucho que ver con el cine, y cada vez más, cuanto más se muestra en las pantallas. El portero sueco Ravelli resultó antipático tras parar dos penaltis a Rumania, no sé explicar el porqué, tal vez dio demasiados puñetazos al aire alguien cuyo físico no se presta a la chulería. Y es una pena que el francés Cantona no esté en el campeonato: es adorado en su equipo, el Manchester United, por su cara de chico malo, por su aire de exiliado y —misterio— porque lleva el cuello de la camiseta subido. El fútbol es tan incomprensible como la vida: en ambos se cae en gracia o se cae como un tiro.

Oh, ah, Cantona

Cuando estas líneas vean la luz, es posible que la carrera del futbolista francés Eric Cantona (pronúnciese Cantoná) haya tocado a su fin. En todo caso estará muy maltrecha, ya que su club, el Manchester United, lo ha apartado del equipo por lo que resta de temporada. También el seleccionador de su país lo ha repudiado, y aún le pueden caer sanciones mayores por parte de los organismos deportivos. El motivo es haberle propinado un acrobático puntapié a un hincha del Crystal Palace cuando, expulsado por el árbitro tras haberle hecho una fuerte entrada a un rival, Cantona se retiraba hacia el vestuario. Al parecer el hincha le estaba diciendo todo tipo de barbaridades, como suele ser costumbre de los hinchas del mundo entero. La acción de Cantona ha sido inmediatamente condenada por dirigentes, entrenadores y periodistas, y se lo ha acusado de caprichoso e incorregible, ya que no es la primera vez que este genio muestra su rebeldía, su impaciencia o su sangre caliente. Lleva a cuestas una larga lista de incidentes, y además lee a Baudelaire y a Montesquieu, lo cual —pese a Valdano, Guardiola, Pardeza, Marcial y alguna otra excepción— no está aún muy bien visto en el ambiente futbolístico (leer, quiero decir). Escribe poesías y pinta cuadros. Es medio español de origen y los aficionados de sus ya numerosos equipos lo adoran, a él y a su juego. Siempre lleva el cuello de la camiseta subido, como si fuera el de una gabardina, y su concepción y ejecución del fútbol es una de las más imaginativas, voraces e inesperadas —a la vez artística y aguerrida— de los últimos tiempos. Los niños ingleses le cantan en los recreos: «*Oh, ah, Cantona, ran away with the teacher's bra*» («… salió corriendo con el sostén de la profesora»).

Al hincha agredido por Cantona, un tal Matthew Simmons, de veinte años, se le prohibirá el acceso al estadio de su equipo, ese será su leve castigo. Parece un buen elemento pese a su corta edad: tiene antecedentes penales por robo a mano armada en una gasolinera y es conocido por sus ideas racistas. Es probable que se mereciera la patada y quizá algo más. Aun así, Cantona no debió dársela y es normal que lo sancionen. Lo que es más discutible es su condena moralista general. Sobre él llueven los insultos y las censuras, cuando lo que ha hecho, desde mi punto de vista, ha sido *también* un acto de coraje e insumisión.

Se da por descontado que el público es respetable cuando hace mucho que dejó de serlo. Quien ha pisado alguna vez un estadio o una plaza de toros ha visto a individuos cobardes que, amparándose en la distancia y el anonimato, se atreven a gritarles a los futbolistas o toreros cosas que no serían capaces de murmurarle a nadie que estuviera a dos pasos, gente que no saldría ni en defensa de un niño al que vapulearan cuatro adultos. Se atreven a insultar y humillar en tanto que masa, confundidos con otros de su misma especie, jaleándose y envalentonándose mutuamente. Se sienten impunes porque en esos lugares es casi imposible que sean individualizados, percibidos como lo que son, individuos. Pocas cosas hay en el

mundo más repugnantes que un linchamiento, material o verbal: que ese grupo de individuos que dejan de serlo durante un rato para descargarse de responsabilidad y entonces matar o pegar o insultar, y que luego pretenden volver a su individualidad cuando todo ha pasado y pueden pensar: «Yo no he sido, fueron más los otros». Enfrentarse o revolverse contra esa masa de linchadores es algo casi imposible, y ante tal situación el agredido piensa: «Si pudiera encontrarme con ellos, uno a uno». Eso es lo que ha hecho el gran Cantona: individualizar a alguien dentro de esa masa, señalarlo con el pie (más que con el dedo), sacarlo de su cómodo anonimato y darle su merecido. Sobre Cantona podían haber caído en el acto cien gamberros como Simmons que lo habrían matado allí mismo, otra vez constituidos en multitud impune. El jugador corrió su riesgo y le echó valor.

Si esta situación la hubiéramos visto en el cine, no habríamos tenido dudas acerca de la reacción del héroe, la habríamos aplaudido seguramente. A veces me pregunto por qué no sabemos interpretar la vida real con la misma nitidez, con la misma ecuanimidad que una película o una novela. Y pienso que más nos valiera intentar verla así siempre, como una representación ficticia, fiándonos sobre todo de nuestro instinto de espectadores o lectores, que falla mucho menos que nuestro discernimiento de ciudadanos.

El ambiente mortal

Cuando esto vea la luz se sabrá quién ha ganado el campeonato de Liga de fútbol, si mi equipo favorito, el Real Madrid (qué quieren, siendo de Chamberí),[1] o bien el Deportivo de La Coruña, que lleva años mereciéndolo. Yo aún no me atrevo a cantar victoria al teclear estas líneas, todavía bajo el efecto de las pancartas agresivas y los pitos y los insultos de que fue objeto el jugador Michael Laudrup cuando visitó por primera vez con su nuevo uniforme, el del Madrid, el campo del Barcelona en el que cosechó tantos triunfos, amores, agradecimientos y ovaciones durante cuatro o cinco temporadas.

Hace unos meses hablé de la Masa y de sus peligros a propósito de otro jugador, el francés Eric Cantona, que milita en el Manchester United. Si ustedes recuerdan, cuando salía del terreno individualizó a un hincha que lo insultaba y le propinó un puntapié en el pecho, por lo que fue castigado a no jugar más en lo que restaba de campeonato y con otras sanciones.

La reacción de Laudrup en el Camp Nou fue muy distinta. Se lo vio afectado, no fue capaz de concentrarse en el partido, jugó muy mal y acabó siendo sustituido en la segunda mitad. Luego ha declarado su decepción y amargura, revelando su ingenuidad, e incluso ha tenido palabras de revancha, cosa extrañísima en alguien tan pacífico y educado, que ni siquiera habló mal de su entrenador Cruyff cuando éste se enfrentó con él y al parecer le hizo la vida tan desagradable como para obligarlo a abandonar el club, en el que ya no podía estar contento. La afición *culé* estuvo más bien de su parte y lamentó su marcha, hasta culpó al culpable, en silencio. Ahora Laudrup iba a jugar con su nuevo equipo, el más odiado, contra sus antiguos compañeros, lo cual explica los silbidos cada vez que tocaba el balón e incluso alguna pancarta: «Laudrup traidor». Menos explicable era «Laudrup Judas», ya que este gran jugador danés no vendió a nadie por dinero ni se fue seducido por él, sino impelido por el mal trato y los celos de su entrenador. Más insultante aún era «Laudrup escoria», pero la peor de todas fue una que rezaba: «Fernando Martín, Petrovic, Juanito: tú eres el siguiente, Laudrup», haciendo referencia a exjugadores del Real Madrid muertos en accidente en tiempos cercanos. Parece que este rótulo permaneció pocos minutos en el estadio y que tal vez fue retirado a instancias del propio F C Barcelona, lo cual sería de elogiar, como lo fue hace un par de temporadas la actitud del entonces entrenador del Valencia, Guus Hiddink, quien se negó a que diera comienzo un encuentro mientras no se retiraran unas banderas nazis que ondeaban entre la multitud. En todo caso la pancarta mortífera duró lo bastante para que Laudrup la viera y se sintiera desconsolado por ella.

Yo me pregunto hasta qué punto los personajes públicos —y en concreto los deportistas y toreros, que actúan ante masas— están obligados a hacer caso omiso, a no tener en cuenta lo que se les chilla o arroja desde la impunidad. Cuando

reaccionan mal, como Cantona, se los culpa a ellos, se supone que las afrentas y los escupitajos son parte de su tarea y que tienen el deber de aguantar lo que sea, impertérritos, haciendo oídos sordos y la vista gorda. La curiosa pretensión es un imposible, como cuando en los juicios de las películas el juez declara improcedente una pregunta y pide al jurado que no la tome en consideración. ¿Cómo es posible no tomar en consideración lo que en todo caso ha sido dicho y oído, sólo porque lo ordene un juez? ¿Cómo es posible que un deportista no oiga y no vea lo que cien mil personas quieren que vea y oiga, sólo porque está dictaminado que no debe reaccionar?

Pero lo más grave de todo este asunto menor no es esa efímera pancarta de pésimo gusto, no sólo para Laudrup sino sobre todo para los allegados de aquellos muertos. Al fin y al cabo, fue cosa de pocos. Lo más grave fue que todo el estadio abucheara al buen Laudrup. Tengo amigos barcelonistas que se pusieron de su lado en el contencioso con Cruyff; que le tienen gratitud y admiración y respeto y ninguna animadversión, y sin embargo le silbaron también. Al preguntarles yo por qué lo habían hecho me contestaron: «Lo pedía el ambiente». Estos amigos son gente razonable y civilizada y un partido de fútbol es algo sin mucha trascendencia, pero su respuesta me pareció alarmante. Trasládenla ustedes a otra situación y quizá comprendamos mejor por qué toda Alemania apoyó al nazismo y toda Italia al fascismo y casi toda España al franquismo. Y quizá comprendamos también por qué de vez en cuando se lincha a alguien, el acto más infame de todos. Nunca hagan nada porque lo pida el ambiente, es sólo un ruego personal.

Grupos salvajes

En aquel mítico *western* de hace bastantes años, *Grupo salvaje* de Sam Peckinpah, el actor Robert Ryan, viejo amigo y compinche pasado al bando de la ley, perseguía con sus mercenarios a William Holden, Ernest Borgnine, Warren Oates y Ben Johnson a lo largo de dos horas de película. Lo que teñía de turbiedad y melancolía a los personajes era sobre todo aquella antigua amistad no depuesta del todo, que les infundía respeto hacia el adversario a la vez que unas ansias extraordinarias no tanto de venganza cuanto de ser mejores. Si hubiera sido lo primero tan sólo, cualquier método habría valido: la emboscada, la trampa, la vileza de los esbirros contra la que Ryan se revolvía una y otra vez. (Me pareció de lo más adecuado que en Chamartín el público cantara a ratos con música de un himno de *western*, *When Willie Comes Marching Home*).

Entre el Real Madrid y el Barcelona no hay por supuesto ninguna amistad, pero en los últimos tiempos hay unas dosis de parentesco desconcertantes e impensables hace muy pocos años: a lo largo de la historia se contaban con los dedos de una mano los trasvases de un club a otro. Desde que yo tengo memoria futbolística, el delantero Evaristo y Tejada y Goywaerts, dos extremos, del Barça al Madrid; en el otro sentido, sólo el medio Muller, un francés. Luego vino el flagrante caso de Schuster, casi como si Kubala se hubiera vestido de blanco en sus tiempos. Y el sábado estaban en el campo Milla y Laudrup impolutos, pasados de un bando a otro sin transición. Y también Hagi, aunque tras limpiarse el *merengue* (y pagar por él) durante su purgatorio en Brescia. Y estaba Valdano, exjugador madridista que como entrenador del Tenerife le había arrebatado dos títulos de Liga al Madrid para brindárselos precisamente al Barcelona, con las consiguientes loas y agradecimientos por parte *culé*. Al término del partido había un parentesco más, éste en goles: del 0-5 y el 5-0 logrados por Cruyff como jugador y entrenador hace veinte años y un año, respectivamente, se había pasado a otro 5-0, ahora encajado por él y los suyos.

Se dice mucho que el fútbol es cruel y benigno a la vez porque es sólo presente y no tiene memoria: el triunfo de ayer no sirve de nada ante la derrota de hoy, que se olvidará igualmente con otro triunfo mañana. Los mismos jugadores que salen cabizbajos un sábado se abrazarán de alegría al siguiente, y viceversa. Esto es cierto en lo cotidiano, en lo superficial. Pero hay ocasiones en las que el fútbol, por el contrario, se empapa de pasado y recuerdo; entonces se adensa y se tensa, los sentimientos que inspira no son puros ni elementales, no son sin mezcla, el mero anhelo de victoria, o de venganza, ambos son simples y lisos; en tales ocasiones el deseo es más tortuoso, más rugoso, quebrado, impuro y también melancólico como lo eran Ryan y Holden mientras perseguían y huían, el primero con una parte de su personalidad resistiéndose a dar alcance, el segundo con un elemento suicida en su proceder, como si dijera: ya que tanto ansías verme muerto, voy a dejarme matar por otros.

La frustración del Barça tras las cinco Ligas del Madrid era tanta que los madridistas tuvimos un poco la sensación de que el equipo se entregaba después, se dejaba alcanzar y matar como William Holden y su grupo salvaje. Algunos barcelonistas ramplones y groseros han llegado a creerse que el problema del Madrid era el Barcelona o que éste era efectivamente mejor; y habrá madridistas que después del sábado creerán haber devuelto una afrenta sin más. La cosa es mucho más compleja porque anteayer intervenían la memoria y el parentesco. Si ver caer los goles de nuestro lado nos provocaba tanta euforia era porque nos acordábamos también de los de hace un año, todos en contra; y los *culés* menos zafios empezaban a comprender cómo pudimos sentirnos entonces, una especie de piedad retrospectiva. Como la que Robert Ryan manifestaba, sentado durante horas contra una tapia, satisfecho pero con la cabeza gacha, tras haber visto los cadáveres de sus enemigos, antiguos amigos, al final de la película. No me extrañaría que Laudrup, tras mostrarse ayer inconmensurable, estuviera todavía hoy sentado contra esa tapia.

El héroe musical

Una de las peores cosas de la vida es no saber casi nunca cuándo es la última vez de nada, o cuándo algo que nos entusiasma se acerca a su fin. No supimos en su momento que aquella era la última novela de Bernhard o de Benet, o aquella la película postrera de Hitchcock, Ford, Welles o Buñuel. Demasiado a menudo lo último resulta serlo y no lo previmos, y al llegar al término tenemos la sensación de que lo que hubo no basta, y de que no disfrutamos a conciencia las ocasiones finales: si hubiéramos sabido que ya no iba a haber más…

Ahora resulta que esta ha sido la última temporada de Emilio Butragueño en el Real Madrid y que apenas lo hemos visto jugar; no tenemos nítido en la retina su último gol (¿cuál fue?), ni siquiera su última alineación. Recuerdo que uno de los mayores disgustos de mi infancia fue enterarme de que había tenido lugar, sin que yo lo supiera, la despedida de Alfredo Di Stéfano de nuestro equipo. Algunos niños de entonces seguimos durante un par de temporadas con inusitada zozobra la trayectoria del Español (!), deseando en nuestra ingenuidad que Di Stéfano jugara allí tan bien que el Madrid no tuviera más remedio que recuperarlo. Ahora es lo mismo: será difícil interesarse por un absurdo club japonés de nombre mitad operístico y mitad motociclista, al que dicen que Butragueño se va.

Los futbolistas no tienen edad para los aficionados: quien lo es desde chico los ve ya siempre como mayores que uno mismo porque los ve con admiración. Son, simplemente, «nuestros jugadores», y aunque uno vaya cumpliendo años no percibe de manera distinta a Gento, Velázquez, Santillana, Valdano o incluso Raúl. El caso de Butragueño ha sido excepcional también en este sentido. Se lo ha llamado «el Buitre», pero también «el Niño» («¡Gol del Niño!», gritaban los locutores). No creo que esto se deba sólo a su aspecto infantil o a que se lo haya visto crecer sobre el césped de Chamartín, sino más bien a que en su juego había algo de desinteresado e inocente, de imposible o sobrenatural. La afición *merengue* lo percibió siempre un poco como cuentan las Escrituras que se percibió a Jesús entre los doctores, o como el pobre Leopold Mozart debió de sentir a su hijo Wolfgang Amadeus, ambos *pueri aeterni* de vida corta. También la vida del Buitre ha sido corta como jugador si miramos su edad, y resulta aún más corta hoy, cuando al acabarse ya tiene su número: tantos partidos, tantos goles. Parece increíble que no vaya a haber más. Menos mal que existe el vídeo, y si se hace uno del Niño yo sin duda lo compraré.

Pero aunque no fuera así. La memoria futbolística es confusa pero muy selectiva, y lo que escoge lo ve con claridad para siempre. Esa memoria verá a Butragueño andando por el campo con un defensa a su lado; iniciando una carrera sin balón, que interrumpirá; luego, en la esquina del área, con el balón parado como si no fuera suyo y estuviera al alcance de cualquier rival. Se ha dicho que entonces Butragueño pensaba más rápido que los demás, y yo no lo creo así: la sensación que siempre he tenido ante sus mejores jugadas es que él no pensaba (sólo esperaba) y los otros sí, y

que por eso no podían seguirlo ni frenarlo ni anticiparse. Su fútbol prescindía hasta del pensamiento y por tanto carecía de significado. El de nuestro héroe actual, Laudrup, sí es pensado, es literario, tiene significación. El de Butragueño, que ya no veremos, era en cambio musical y carece de letra y de explicación. Como la música, sólo puede tararearse, nada más.

Jekyll, Hyde y Frankenstein

Esta Liga que empieza será sin duda la más monstruosa. Tiene un aspecto elefantiásico, con veintidós equipos inmerecidos para el aficionado, que deberá soportar muchos Albacete-Valladolid y Salamanca-Celta, dicho sea sin ánimo de ofender a nadie. Será larga hasta rozar lo interminable, y puede ocurrir que si el campeón se define pronto, resulte tan tediosa que el público acabe huyendo de los estadios y las pantallas, lo nunca visto; si, por el contrario, la incertidumbre y la angustia duran hasta el final, es posible que medio país perezca de infartos que no habrán tenido nada que ver con el tabaco. Luego, y a tenor de lo sucedido durante el verano con los presidentes de los clubs, sus reuniones y declaraciones obscenas, me temo que a estos sujetos ya no habrá quien los frene ni los encarrile hacia ninguna de las variadas formas de civilización que se dan en el mundo: el señor Gil Al Cuadrado, cada vez más cúbico, está contagiando al resto sus modales de veraneante perpetuo y sus razonamientos de insuperable bolonio, así que podemos pasarnos la temporada oyendo brutalidades alternadas con sandeces en las cuatro lenguas del Estado, en todas pueden decirse las mismas majaderías y por tanto no son tan distintas como se pretende. A continuación nos encontramos con que los equipos principales se han llenado de extranjeros, cuatro o cinco cada uno, de modo que asistiremos a envenenadas rencillas entre guiris, bien azuzadas siempre por los sanguinarios locutores de radio (unos se limitan a derramar la sangre, otros además la chupan como vampiros aún lactantes y pelmazos). En penúltimo lugar, y dado que las diferentes regiones de España están cada vez más picadas y ofendidas entre sí —sea por el agua, por unos papelajos de archivo o por la submodalidad de cráneo—, veremos seguramente cómo los hinchas de los diferentes equipos tomarán cada encuentro como ocasión perfecta para humillar a enemigos imaginarios y, si pueden, dar bien de navajazos y palos a los forofos contrarios.

Por último, está lo estrictamente futbolístico. Todos los años se desea que disputen el título cinco o seis aspirantes, pero eso nunca sucede y tampoco sucederá este año. El Valencia saldrá con ínfulas y se desinfulará para Nochevieja; el Zaragoza se dará cuenta de que se sufre menos en los terrenos continentales y se dedicará con alivio a ellos; el Tenerife pondrá tanto entusiasmo que aún le faltará resabio para aspirar a algo; el Sevilla se resentirá demasiado de su crudo verano y se verá afectado psíquicamente por los previsibles gritos de «¡A Segunda B!» que oirá en todos los campos; el Atlético de Madrid, cambiando tanto de curso en curso, obrará una vez más el milagro de ser pese a todo igual a sí mismo, un caos de ruido y furia, marbellí para mayor inri. Quizá el Betis, que tiene a Alfonso, pueda fingir durante un buen rato que amenaza a los tres grandes.

Y aquí viene el postrer capítulo de lo monstruoso. El Deportivo es como el Doctor Jekyll, decente, pulcro, inteligente, timorato, lleva a cabo correctamente sus experimentos pero no los saca adelante: para ser campeón hay que lograr dar un paso

más que está al alcance de pocos, hay que convertirse en Mr Hyde en los momentos precisos. Mr Hyde es hoy por hoy el Madrid, no sólo porque consiguió sus propósitos la primavera pasada, sino porque —ahora que ya no está Butragueño— tiene la suficiente mezcla de bondad y maldad en sus técnicos y jugadores: Zamorano es capaz de arrancarse la camiseta al marcar un gol decisivo y Esnáider aportará el toque pendenciero y voraz de vez en cuando: será un ídolo de masas. También lo será Rincón si le dejan, y ya oigo un nuevo grito de guerra en Chamartín («¡Freeeddy, Freeeddy!», como si fuera Kruger), para escarnio de los repugnantes racistas que le han hecho pintadas. En cuanto al Barcelona, a la hora del arranque es como Frankenstein, es decir, un equipo fabricado con trozos y retazos ajenos, de muy variada procedencia. Se lo identificó demasiado con Koeman, Romario, Stoichkov y Laudrup para que la simultánea falta de los cuatro no invite a pensar en una banda de impostores. Más aún si tenemos en cuenta que dos de los extranjeros actuales, Prosinecki y Hagi, vistieron la camiseta *merengue* con más pena que gloria y además uno de ellos —no lo nieguen— tiene el físico de un Frankenstein jovencito y rubio. Y ahora que lo recuerdo, hubo una película que mostró a ese personaje. Y ay Señor, la película era de risa.

Carácter y cromos

Lo peor que le puede pasar a un equipo es perder su carácter. No me refiero al «espíritu ganador o perdedor», porque en el fondo todos tienen el primero, más o menos desarrollado. Se trata del carácter desde el cual se proyecta ese espíritu, del estilo y el ánimo con que se aspira a triunfar, que en cada caso son distintos. Perder ese carácter es, por otra parte, muy difícil en clubs que tienen alrededor de un siglo de vida. Han de transcurrir muchos años durante los cuales se lo torpedee sistemáticamente para que ocurra tal disparate, en realidad es una tarea poco menos que imposible y de ello se quejan a menudo los entrenadores y los presidentes, que quisieran equipos más aguerridos, o más «asesinos», o más broncos, o más ufanos, o incluso más clementinos. Así, el carácter del Barcelona ha sido siempre artístico y frágil y, como se ve esta temporada, ni siquiera varios años con un duro como Cruyff al frente han logrado despojarlo de sus atributos tradicionales. El Valencia es a la vez fanfarrón y cohibido, es decir, se cohíbe demasiado en cuanto la fanfarria se calla (y no hay ninguna que dure todo un campeonato). El Athletic de Bilbao es temerario y terco y un poquito atormentado, como si jugara su propia Liga contra el pasado; la Real es noble e ingenua, parece sorprenderse siempre de sus victorias. La Juventus es muy fina y se cree aristocrática, el Bayern Múnich es arrogante y despectivo, el Ajax optimista y confiado y por eso improvisa, el Liverpool es voraz y despiadado.

El Madrid es heroico y altanero y también artístico (le gustan reto y desplante), y podría haber cambiado el carácter si en su banquillo se hubiera eternizado alguien tan burocrático y soso como Floro. Por suerte Valdano y Cappa no sólo entienden a la perfección su historia, sino que la fomentan, y si duran en sus cargos, los madridistas tendremos afianzado ese estilo para por lo menos dos lustros más, venga quien venga luego. El Atlético de Madrid, en cambio, ha perdido el suyo y de ahí todos sus males. Desde que yo lo recuerdo, en tiempos de Griffa y Rivilla, Peiró, Collar y Mendonça (qué gran jugador, y era muy difícil que saliera en los cromos), se trataba de un equipo irresponsable y travieso. Lo primero porque carecía de responsabilidades externas, lo segundo porque lo que más le divertía era derrotar al Madrid en una final de Copa (1-3, lo vi en el estadio, empezó marcando Puskas de córner directo) y perder con el colista; estar ganándole una Copa de Europa al Bayern despreciativo y dejarse empatar por un defensa (Schwarzenbeck) en el minuto postrero. También ha sido siempre un equipo marrullero y bastante acanallado, pero tenía su gracia y se permitía empatar en Glasgow con ocho jugadores sobre el campo, cosas así, a mitad de camino entre la reyerta y la epopeya. Se lo sigue llamando El Pupas cuando hace mucho que ese apodo no le cuadra porque sus desgracias no son casuales ni se deben a la mala suerte.

Hace ya ocho años, creo, se adueñó de él un presidente que jamás lo ha entendido y que lo ha convertido en un equipo histeriquizado, le ha trastornado el carácter. Donde había irresponsabilidad hay ahora atenazamiento y pánico; donde había

travesura hay ahora fanfarronería valenciana; la ironía ante los reveses ha sido sustituida por la pataleta continua y las acusaciones fanáticas; todo el mundo en ese club está nublado, el ceño fruncido, apretados los dientes y la lengua mordida (hecha estropajo) para no contestar al tirano. Ya no quedan ni ánimos para la marrullería, pese a los defensas Tomás y López y a que eso sí lo fomenta el señor Gil Doble: los hombres del Madrid tocaron catorce veces la pelota en el primer gol del sábado sin que ningún atlético fuera capaz de cortar el mareo, ni por las bravas. El Atleti acabará bajando a Segunda un año de estos y los madridistas no sentiremos apenas melancolía, porque el que conocimos y nos enrabietaba y nos divertía a veces hace tiempo que desapareció del mapa, y no creo que a los niños de ahora les importe mucho que sus jugadores les salgan o no en los cromos, si es que aún hay cromos.

Letras de fútbol

Hace dos semanas participé en el acto de presentación de un libro insólito titulado *Cuentos de fútbol*, seleccionados por el entrenador del Real Madrid (espero que siga siéndolo cuando salgan estas líneas), Jorge Valdano. En ese grueso volumen de casi cuatrocientas páginas hay veinticuatro relatos de autores vivos y muertos, viejos y jóvenes y maduros, españoles y argentinos, uruguayos y peruanos, mexicanos y paraguayos. Hay nombres bien conocidos, como Delibes, Benedetti, Sampedro, Roa Bastos o García Hortelano. Entre los de mi generación se alinean el vasco Atxaga, el andaluz Navarro, los gallegos Casares y Rivas, el leonés Llamazares y yo mismo, madrileño. Una sola mujer, la catalana Rosa Regàs. Quizá fuera este dato el único que aún nos hizo ver algo raro en el fútbol durante la tertulia que varios de los cuentistas celebramos ante una sala abarrotada de un público no sé si tan literario como futbolero. Tal vez sí, pues los dos adjetivos no tienen por qué ir reñidos, como se demostró sobradamente durante la charla. Y si entre los antologados sólo había una mujer, no puede decirse lo mismo de ese público, en el que me pareció ver más rostros femeninos que masculinos. Al fin y al cabo, ya en la anticuadísima y divertida letra del himno del Real Madrid se habla de «las mocitas madrileñas» que se encaminan los domingos hacia Chamartín.

Lo mejor de ese encuentro fue que, pese a estar el estrado lleno de escritores, ninguno se puso a hacer sociología barata, ni a interpretar el juego desde perspectivas psicoanalíticas, ni a buscar burdos paralelismos entre los futbolistas y los novelistas. No hubo pedantería, ni coartadas para justificar una afición. Cómo ha cambiado todo, pensé. Hace sólo veinte años no había intelectual que se atreviera a confesar públicamente que le gustaba el fútbol, algo mal visto, «de derechas» si no franquista, una especie de opio laico del pueblo con el que se lo engañaba y se lo apartaba de la lucha social. Recuerdo una anécdota que lo ilustra bien: vino la Real Sociedad a jugar en Chamartín, y allí coincidieron, cada uno por su cuenta y medio disfrazados para que nadie los reconociera, el rico empresario Querejeta, el novelista Juan García Hortelano, el novelista Juan Benet y el editor Javier Pradera. Al irse descubriendo unos a otros, todavía se sintieron obligados a darse explicaciones: que si el rico empresario había jugado de joven en la Real, que si Pradera era de San Sebastián, que si Benet vivía al lado del estadio y pasaba por allí… Lo contaba Hortelano, el único que no renegaba de su pasión.

Pero todos los participantes en el coloquio fuimos sacando más precedentes de los imaginables. Vladimir Nabokov había jugado de portero en su exilio inglés, y Albert Camus también se había colocado bajo los palos en su Argelia natal. Ese puesto lo habían ocupado asimismo de chicos Benedetti y Sampedro, quienes confesaron haberse retirado por sendos balonazos recibidos en el estómago, con desmayo incluido del sudamericano. Llamazares reclamó para su equipo, la Cultural Deportiva Leonesa, el honor pionero de haber conciliado en su nombre dos cosas con fama de

opuestas. Yo, como zurdo que soy, había jugado de extremo izquierdo, y varios de los presentes habían sufrido lesiones que tal vez truncaron carreras más brillantes que las literarias adoptadas, quién sabe si con resignación. Unos éramos del Madrid y otros del Atlético, del Celta o del Deportivo, del Sporting y del Barça, Benedetti reconoció ser del Nacional de Montevideo y estar muy contento porque habían ganado recientemente al Peñarol, su rival máximo. Yo conté que hace un mes recibí un catálogo inglés de libros antiguos y raros, lleno de exquisitas ediciones primeras de Virginia Woolf, Joyce o Kipling. En medio de tanta literatura de muy altos vuelos aparecía la autobiografía del gran Ferenc Puskas, titulada *Capitán de Hungría* y a un precio que rondaba al cambio las diez mil pesetas. Dado que Puskas fue de mi equipo y me dio mucha emoción y alegría en mi infancia, y dado que por fin no compré —como quizá recuerden ustedes— aquella pitillera de Sherlock Holmes el pasado verano en loca subasta, llamé a pedir el capricho. Les aseguro que esos catálogos sólo los reciben grandes aficionados a la literatura. Pues bien, el librero londinense me dijo que no sólo la historia de Pancho Puskas ya estaba vendida, sino que era el libro para el que estaban llegando más peticiones. «Si vuelvo a hacerme con un ejemplar», anunció para mi dolor, «me temo que le doblaré o triplicaré el precio». Está visto que últimamente no tengo suerte con los caprichos.

Dignidad y decoro

Durante bastantes años de mi infancia, mi familia veraneaba en Soria. Mis padres habían ido allí por vez primera atraídos por la poesía de Machado, el románico de la zona y la fresca temperatura de la estación. Eran veraneos de tres meses, y mis hermanos y yo nos trasladábamos con la sensación de irnos a vivir a otro sitio —es decir, llevándonos todas nuestras pertenencias—, tanto dura el tiempo cuando se es niño. Comparada con Madrid, donde pasábamos el resto del año, Soria era un lugar diminuto y pulcro en el que no había distancia que se resistiera al andar y que permitía la sensación de abarcarlo entero. Íbamos a bañarnos al río Duero, que allí nace y en el que también remábamos; jugábamos en el parque conocido como la Dehesa, mientras los mayores tomaban algo en la terraza de quien llamaban El Reglero; en ese parque había un Árbol de la Música, en torno a cuyo gigantesco tronco crecía una escalera metálica de caracol por la cual ascendían uniformados los músicos de la banda para tocar los domingos sobre una tarima instalada en la copa; había cuatro paseos clásicos al atardecer: al Castillo, a las Eras, al Mirón y a San Saturio. Desde el Mirón se divisaba el río, atravesado por un puente ferroviario de vigas entrecruzadas desde el que se había arrojado algún amante sin suerte; San Saturio era una escarpada ermita donde vivió ese ermitaño, patrón de la ciudad, que si mal no recuerdo había caído una vez desde gran altura y había aterrizado sano y salvo sobre las rocas.[2]

En ese lugar he conocido a alguna de la mejor gente que he conocido nunca, sobre todo a don Heliodoro Carpintero y sus hermanas, Carmen y Mercedes, que vivían en una encantadora casa en la que yo me inicié verdaderamente en la lectura y escribí mi primerísima novela, a los quince años, bajo la mirada bondadosa de don Heliodoro que fumaba su pipa. Las hermanas Liso llevaban una exquisita pastelería en la que mis hermanos y yo pasamos muchos ratos distraídos aprendiendo a doblar los envoltorios de sus estupendas mantecadas. Había una puericultora simpatiquísima y alocada, doña Felisa, que junto con su hermana Antoñita revoloteaba en torno a los críos, con ellas ningún mal parecía grave y todo era ligero. La familia Pastor, la familia Ruiz, los Sáenz, los Páramo, don Teógenes y don Oreste —un músico italiano allí caído quién sabe por qué motivo y que daba clases a mi hermano Álvaro—, todos ellos eran personas encantadoras, con tiempo para regalarlo y un altísimo nivel de dignidad y decoro en sus modestas vidas provinciales. Gente sonriente y nada ceñuda, alejada del tópico del castellano adusto, gente sobria pero bienhumorada y con guasa, como la joven Celia de ojos claros y muchas pecas que vivía con los Carpintero o el paciente señor Vicen Vila que vendía discos o el profesor de matemáticas que me soportó algún año en que me habían cateado, don Victorino. Había tres cines y uno de ellos se convertía en teatro ocasionalmente, y recuerdo haber jugado y haberme pegado numerosas veces con quienes eran mis amigos del

verano y de los que no sé nada desde hace siglos: los hermanos Casalduero, los Mazariegos, los Villuendas y Ochotorena.

Todavía allí la mayor parte de septiembre, íbamos a los primeros partidos de Liga del equipo local, el Numancia. Tengo unas fotos hechas en aquel campo de tierra en 1961, y por detrás se lee el resultado: «Numancia 2-Logroñés 0». En mi recuerdo aquel estadio con una sola tribuna lateral se llamaba San Juan, o quizá San Andrés. Ahora leo que se llama Santa Ana y se lo conoce por Los Pajaritos. No sé si será el mismo, pero sea como sea se ha hecho famoso en las últimas semanas. Desde la infancia tengo la costumbre de mirar los lunes en el periódico qué ha hecho el Numancia en su campeonato de Tercera División o Segunda B ahora, costumbre que me divirtió descubrir que comparto con otro escritor, el austriaco Peter Handke, quien hace lo mismo esté donde esté cuando puede comprar prensa española, según confesó en una entrevista a propósito de su libro *Ensayo sobre el jukebox*.

Así que el Numancia es un equipo bastante literario, sobre todo ahora que sus hazañas en la Copa del Rey están siendo cantadas por todas las plumas. Cuando salgan estas líneas su eliminatoria contra el Barcelona habrá concluido, pero pase lo que pase en el partido de vuelta en un estadio en el que cabría tres veces toda la población de Soria, ese equipo habrá quedado a la altura de mis recuerdos de infancia de la ciudad que lo alberga: un lugar aseado y humilde, en el que el mundo parece estar en orden, con sus días de frío limpio y sus maravillosos paisajes callados o en verso de las afueras, un lugar que no protesta ni se queja de su secular olvido, lleno de gentileza, y dignidad, y decoro.

BARCELONA
C.F.
C de F.B.
RAMALLETS
C.D. BARCELONA
MEDRANO
C.F. BARCELONA
OLIVELLA
C.D. BARCELONA
RODRI
C.D. BARCELONA
GRACIA
C.D. BARCELONA
LOAYZA
C.D. BARCELONA
SEGARRA
C.D. BARCELONA
GENSANA
C.D. BARCELONA

Más para qué

Ser aficionado al fútbol y a algún que otro deporte no me impide darme cuenta del carácter enfermizo y perverso que afecta y rige a ese mundo, que tal vez refleja mejor que ningún otro el descabezado espíritu competitivo que domina cada vez más nuestras sociedades.

Hace dos semanas concluyeron los Juegos Olímpicos de Atlanta, y durante otras dos los periódicos, las televisiones y las radios de todo el globo prestaron una atención obsesiva a las pruebas que allí se celebraban. No sé cuál es ya la cantidad exacta de éstas, pero en todo caso es excesiva. Se descubren deportes absurdos de los que sólo han oído hablar quienes los practican, especialidades sin cuento dentro de cada uno de ellos, bien troceados: individual y por equipos, masculino y femenino, peso gallo y peso mosca y peso hipopótamo y peso tábano y minielefante, K-2 y K-4 y K-28 y K-825 o como quiera que se llamen los piragüistas, gimnasia rítmica y arrítmica y con aparatos y con cintas y con aros y con globos terráqueos y con maracas, esgrimistas y judokas y arqueros inimaginables, trampolines y palancas y baptisterios, toda clase de artilugios. La mayor parte de la gente o espectadores jamás se ha interesado ni ha contemplado una sola competición de estas proezas. Antes de unos Juegos Olímpicos nadie conoce el nombre de un solo jugador de waterpolo o balón-volea, de un solo remero o saltador de rana, de un solo regatista de la clase Huck ni de la clase Finn, de la clase Sawyer ni de la Tom, exceptuando a los cuatro devotos de cada una de estas actividades raras. De pronto, el país entero se apresta a mirar un partido de waterpolo porque nuestro equipo se ha plantado en la final y puede hacerse con el oro. No interesa el deporte ni tan siquiera el encuentro, solamente el resultado. ¿Y para qué el resultado? Pues lo han dejado bien claro todos los comentaristas, que nunca parecían satisfechos cada vez que un español obtenía una medalla. «Es la décima», decían, «vamos ahora por la undécima en alguna otra cosa». Y si ésta llegaba, la impaciencia por conseguir la decimosegunda les impedía disfrutar ni un minuto de la undécima antes ansiada. No hace falta añadir que a nadie le importaba nada el espectáculo de la destreza o la velocidad o la fuerza de un equipo o un atleta que no fueran nuestros. Ha desaparecido casi por completo la capacidad de admiración, incluso de mero goce ante una hazaña, también la de emocionarse por la incertidumbre o por la disputa de una primacía. En el fondo todas las pruebas se veían como trámites a la espera de su resultado. Y a su vez los resultados se veían como meros sumandos para lo que se llama «medallero», una estúpida lista de países ordenados por sus logros de oro, plata y bronce.

Con todo, lo más grave y preocupante no es esto, sino el hecho de que ni siquiera ese medallero satisfará los anhelos de nadie. España consiguió no sé si diecisiete medallas, pero las de bronce no contentan porque pudieron ser de plata, y las de plata tampoco porque pudieron ser oro. Y las de oro no colman porque pudieron ser más de las que fueron, siempre más, infinitamente más, que es lo que amargará a su vez al

país que más obtuvo, los Estados Unidos. Fueron unas cuarenta, pero podían haber sido cincuenta o sesenta o setenta, hasta un máximo aproximado de doscientas cincuenta, el número de competiciones dirimidas. En realidad los Estados Unidos *sólo* ganaron un 16% de las pruebas, lo cual es un pobre balance puesto que aspiraban al triunfo en todas.

En el mundo del deporte todo es poco y nada basta, nada dura y en realidad sólo hay frustración y desengaño. El Atlético de Madrid llevaba medio siglo sin ganar la Liga. La ganó este año, con la Copa de propina, y ya le sirve de bien poco, es pasado nada más haber ocurrido. Acaba de coronar con éxito un esfuerzo de nueve meses y ya está preparándose para el siguiente, que es el que cuenta. En el deporte no se trata de vencer, sino de vencer siempre, una vez tras otra sin respiro y sin que nada sea suficiente. ¿Que un equipo ha sido tres años seguidos campeón de Europa? No importa nada, deberá serlo también al cuarto y al quinto y al sexto, y así hasta el fin del infierno. La cosa no es nueva, está inventada con Sísifo desde los griegos, sólo que ellos la concibieron como maldición y tormento. Lo peor del asunto es que esa perpetua insatisfacción deportiva o competitiva va invadiendo todos los demás ámbitos de la vida. ¿O acaso no es la máxima de casi todos «Más, más y más», en lo que quiera que hagamos?

Aspirantes a usurpadores

Antiguamente los creadores ni siquiera firmaban sus obras a veces. Las catedrales románicas y góticas no suelen ser de ningún arquitecto concreto, no sólo porque se construyeran a lo largo de decenios o centurias y bajo la dirección de diferentes maestros, sino sobre todo porque se consideraban un proyecto común y compartido, en el que lo menos importante era lo que hoy entendemos por autoría. Lo mismo ocurrió durante bastantes años con el cine, un arte de nuestro siglo, como ya señalara el incomparable crítico de arte Erwin Panofsky. Las películas no eran de los actores, ni del director, menos aún del productor; y si no eran anónimas, sí se veían como colectivas. Los pintores medievales rara vez firmaban sus cuadros, y de ahí que desconozcamos sus nombres y los llamemos «El Maestro de Flémalle», por ejemplo. Hasta los escritores, cuyo arte es probablemente el más individual de todos y el que menos precisa de apoyos técnicos ajenos, acostumbraban a hacerse a un lado, y así no tenemos certeza sobre el autor del *Mío Cid* ni sobre el del *Lazarillo*.

Las cosas cambiaron, pero todavía hace cien años se consideraba que lo principal de un libro era el texto y no su responsable, de un cuadro la pintura misma y no quien hubiera sostenido el pincel, de una pieza musical la música interpretada y no el compositor. Hace ya mucho, sin embargo, que los autores han pasado a ser esenciales, hasta el punto de que las escasas obras que hoy se presentan anónima o pseudónimamente suelen tener mala carrera comercial, como si a los consumidores sólo les interesara algo que pueden identificar con *alguien*. Alguien con rostro y biografía, y de ahí que los escritores pasemos casi más tiempo contestando preguntas y retratándonos que componiendo novelas o poemas o ensayos.

Lo que para mí es un error y hasta una perversión parece seducir, no obstante, a quienes ni siquiera son creadores ni artistas, y en los últimos tiempos, y en todos los ámbitos, cada vez se va más produciendo una sistemática usurpación de la autoría, por fortuna no siempre lograda. Es fácil verlo en el fútbol: cuando yo era niño no había más ídolos que Di Stéfano, Kubala, Puskas, Suárez o Gento, y se ignoraba quién era el entrenador de un equipo, no digamos el presidente de un club. Hoy, en cambio, los técnicos y los dirigentes salen en la prensa tanto como los mayores astros del balón y mucho más, desde luego, que los jugadores secundarios, y al fin y al cabo no sé de nadie que pagase por oír perorar a Clemente ni a Capello, y más bien creo que muchos sí pagarían por no tener que escuchar a Gil de Marbella o a Núñez de Josep Lluís. En el campo de la moda, hasta hace poco los conocidos eran Balenciaga o Dior o Armani, y las modelos, aunque dignas de aprecio, eran no sólo efímeras, sino por lo general anónimas e intercambiables. Hoy parece que el éxito de los diseñadores dependa de los rostros famosos de unas cuantas jóvenes mudas.

Pero donde se ve aún más el mundo al revés es en las actividades en verdad artísticas. Muchos productores de cine —vulgares y aprovechados empresarios la mayoría, al fin y al cabo— van reivindicando la autoría suprema de las películas que

financian; vienen a decir que también las conciben, las organizan, las supervisan, las controlan; en suma, las crean, y lo afirman con gran desfachatez, como si no hubiera habido nunca estudios sobre el estilo de los directores, quienes han dejado su huella en mayor proporción que ningún otro participante en la confección de películas, independientemente de quiénes las produjeran o las interpretaran. Y hasta hay editores —a lo largo de mi vida he conocido a más de uno, pero sobre todo, garrafalmente, a uno— que en su loco afán de protagonismo llegan a creerse —y lo que es más demente, a intentar convencer de ello a los escritores— que son ellos los verdaderos fautores de los libros que editan; y que si éstos triunfan es debido a la marca de su empresa, sin importarles contradecirse cuando en cambio echan al autor la culpa del posible fracaso. Sostienen tonterías megalomanoides como «Mi novela es mi catálogo», y llegan a pensar —inocentes fatuos— que los lectores compran los libros no por el texto sino por el envoltorio que ellos le ponen. Los más presuntuosos suelen ser, casualmente, aquellos galeristas, productores y editores —pues también los hay excelentes— que más disimulan, pero más tienen de meros marchantes, manufactureros, porteadores o fiambreros, según prefieran.

Lo inmutable

Hace años comentó Vázquez Montalbán con acierto que los individuos cambiábamos ya de todo menos de una cosa. La ideología, la religión, la mujer o el marido, el partido político, el voto, las amistades, las enemistades, la casa, el coche, los gustos literarios, cinematográficos o gastronómicos, las costumbres, las aficiones, los horarios, todo está sujeto a cambio y aun a varios, que se suceden con rapidez en nuestros acelerados tiempos. Lo único que no parece negociable es el equipo de fútbol por el que se *tifa* —como dicen en italiano— desde la infancia. Quitando a algunos chaqueteros impenitentes a los que en realidad no gusta ese deporte —ya saben, los que se ponen frente a la televisión sólo el día de la final del Mundial, para no quedarse fuera de las conversaciones—, nadie sustituye por otro al club de sus escalofríos. Se puede tener mayor o menor simpatía secundaria o momentánea por un equipo u otro, uno puede admirar a unos cuantos jugadores ajenos, y codiciarlos; pero en lo que se refiere a vibrar, padecer y saltar de alegría, no hay suplantación posible.

Yo lo he vivido en mi propia carne. Siendo aún niño, el Real Madrid echó a Alfredo Di Stéfano tras una derrota en la final de la Copa de Europa contra el Inter de Milán. Di Stéfano era tan emblemático que inicialmente resultaba inconcebible nuestro equipo sin él, sobre todo si, como fue el caso, no se retiraba sino que seguía en activo: fichó por el Español de Barcelona, en el que militó unos años, y luego creo que por el Elche —un absurdo, aquella franja verde—. Pues bien, fue tal mi indignación y la de mis compañeros *merengues* que decidimos hacernos del club barcelonés, o más bien ser de Di Stéfano y no tanto del Madrid. Durante algunas jornadas seguimos los resultados de su nuevo equipo con atención, vimos que don Alfredo marcaba goles a pares y la rabia nos invadía aún más. Hasta que llegó el enfrentamiento Madrid-Español, y entonces nuestros propósitos se vinieron abajo. Enfadados como estábamos con el Madrid, ese día no logramos ir contra él ni a favor del ídolo injustamente expulsado.

En una noche más reciente, el Milán de Van Basten le metió al Madrid cinco goles y además lo borró del campo, jugando de maravilla. No pude por menos de admirar tanta inspiración y aquellos goles, pero sólo al cabo de meses. Mientras veía el partido no era capaz de ecuanimidad ninguna: cada gol me hundía más en la butaca y acabé detestando a todos y a cada uno de los extraordinarios futbolistas de aquel Milán casi invencible y a la ciudad entera, incluido el Duomo.

Ahora tenemos una Liga abarrotada de extranjeros. Han llegado demasiados de golpe y no ha habido la transición habitual, en la que unos jugadores se retiran o son traspasados pero quedan otros ya conocidos que recogen el testigo de la identificación inmediata. Le ha pasado al Barcelona, al Madrid, al Valencia, al Deportivo más que a ninguno. Y uno se pregunta si puede *tifare* de la misma manera que antaño por equipos en los que hay un par de catalanes, o tres madrileños, o un mísero y aislado gallego. Como será sabido, yo estoy muy en contra de mirarle el

carnet o el pasaporte a nadie en cualquier ámbito de la vida, pero si uno va con un equipo de fútbol suele ser porque lleva el nombre de la ciudad en que uno nació o vive y porque piensa que podría haber sido uno de sus jugadores; y se siente representado por ellos, en un terreno inofensivo y simbólico. Así que al iniciarse esta temporada me costaba ver al Madrid como al Madrid de siempre, o al Barça como al inmemorial adversario. Ahora que se ha cumplido un tercio del campeonato, observo, sin embargo, que aunque llegue el día en que los once sean extranjeros y sólo puedan sentirse madridistas circunstanciales, mi equipo seguirá siendo mi equipo siempre. No se debe al uniforme ni al estadio, sino al estilo, pues éste lo dictan los aficionados y se lo acaban imponiendo y contagiando a los jugadores, hasta a los recién llegados y más ajenos. No es fácil de explicar, pero los *tifosi* me entenderán, seguro.

Sólo preveo un caso en el que dudo de mi fidelidad a ultranza, y si lo menciono es porque estuvo a punto de darse y le vi las orejas al lobo. Hace años concurrió a las elecciones a la presidencia de mi club un gomoso caricato llamado Ussía, y —la verdad— no creo que hubiera soportado ser de un equipo presidido por un escritor tan zafio. Es lo que me hace incomprensible que algunos amigos míos —gente de bien y civilizada— sigan siendo del Atlético con el propietario mamporrero que tienen desde hace diez años.

BARCELONA
C.F.
C de F.B.
TEJADA
C.D. BARCELONA
VILLAVERDE
C.D. BARCELONA
LOAYZA
C.D. BARCELONA
EVARISTO
C.D. BARCELONA
KUBALA
C.D. BARCELONA
MARTINEZ
C.D. BARCELONA
SUAREZ
C.D. BARCELONA
CZIBOR
C.D. BARCELONA
KOCSIS
C.D. BARCELONA
MGDRANT
KOCSIS
PREFERIDO

Memoria personal y viva

En el mundo del fútbol están ocurriendo cosas muy extrañas, y no es la más rara la proliferación de jugadores extranjeros o semiforasteros en los equipos de toda la vida, aunque esa circunstancia presenta algunos inconvenientes notables, además de las evidentes ventajas. Si yo fuera presidente o entrenador de un club (el Señor no lo permita), no alinearía nunca, por muy buenos que fuesen, a más de cinco jugadores foráneos al mismo tiempo, por una razón que nada tiene que ver con el patriotismo ni tan siquiera con el deseo de fomentar la cantera nacional, sino con la continuidad y la historia.

Lo normal es que el aficionado al fútbol lo sea desde pequeño, y por eso reaparecen en él rasgos enteramente infantiles durante la contemplación de un partido: el temor, la zozobra, la alegría, el bochorno, la rabia, hasta las lágrimas. Hay individuos que en el resto de sus actividades jamás permiten aflorar al niño que fueron y que sin embargo en el fútbol dan rienda suelta sin sonrojo a sus reacciones más pueriles. Esto significa que desde muy temprano han sabido distinguir las rivalidades, el sentido de ciertas victorias y de ciertas derrotas, el orgullo de ganar con limpieza y la humillación de perder sin lucha o con injusticia. Y lo mismo ocurre con los jugadores aquí criados: desde niños han asistido a una tradición; guardan en la retina imágenes del pasado, goles decisivos, regates, remontadas, proezas, fallos estrepitosos y genialidades de quienes fueron sus ídolos o sus adversarios vicarios. En tres palabras, tienen cuentas que zanjar, claman venganza o necesitan hundir una vez más a un contrario, han almacenado emociones. Un futbolista extranjero, por mucho que intente trasladar las rivalidades de su país al nuestro, por mucho que se le explique que un *colchonero* desea más que su bien el mal del Madrid, o que un bético aspira por encima de todo a que —como ocurre este año— el Sevilla esté en Segunda, no podrá tener nunca memoria personal y viva de la trayectoria de los equipos.

Con sólo profesionalidad y técnica no se puede jugar a algo tan pasional como el fútbol. He visto hace poco al Deportivo de La Coruña (también yo escribiré siempre esa forma en castellano, y aviso a un lector: los nombres de las personas no se traducen, los de las ciudades sí. De nada, Arturito), y, tan lleno como está de talentos brasileños, resultaba un equipo blando, sensato, sin ambición, sin cuentas pendientes y sin memoria, un desastre. Muchos más equipos con tan alto porcentaje de extranjeros, y el juego se hará aburrido, por bien que le peguen a la pelota. Cuanto digo salta a la vista en los jugadores de la región de sus clubs sobre todo, pero también en los de otras zonas, que han seguido muchos campeonatos en todo caso: hay afán en Raúl, en Guardiola, en Guti, en Sergi, en Alfonso, en Hierro, en el Athletic de Bilbao en pleno. El fútbol no es ni será sólo calidad y pizarra, porque en él están también los sentimientos que rigen la vida: hay coraje, hay solidaridad, hay vergüenza, hay revancha, hay nobleza y hay encono. Quítenle todo eso y se habrá

acabado la gallina de los huevos de oro televisivo.

Claro que todo puede esperarse de sus dirigentes. Ese es justamente el fenómeno más raro: cuanto menos brutos y elementales son los futbolistas y los entrenadores, cuanto más cultos y educados y elegantes y razonables, más bestiales son a menudo los directivos. No sé qué perverso proceso lleva a que se erijan en presidentes de clubs individuos malcarados, groseros, chuscos y despóticos. Suelen ser gente con dinero, tanto que algunos se han hecho dueños de sus sociedades, pero tampoco acabo de ver la relación obligada entre la posesión de una fortuna y la zafiedad de espíritu y de maneras (uno de Valencia contestó hace poco a la pregunta de qué tipo de entrenador quería: «Europeo y con cojones»; supongo que se los mirará antes de contratarlo). Los hay toscos y chulescos en estado puro, los hay además sibilinos, los hay beatos y con cara de iluminados. Lo peor es que son de una antipatía arrolladora. Debería llevar yo más cuidado, porque luego viene un crítico literario algo chalán a denunciar que en mis artículos insulto a angelitos probos como ellos, será que se siente el crítico de la misma calaña. Pero es posible que la gallina de los huevos de oro empiece a petrificarse antes de lo que imaginamos: si para seguir el fútbol hay que ver a menudo a estos sujetos broncos, será cuestión de ir pensando en quitarse.

No son nada

Se están viendo en el fútbol como en pocas cosas las ilegítimas tentativas de apropiación indebida del protagonismo por parte de quienes tienen máximo interés en que el dinero quede como el valor supremo de la sociedad, por encima incluso del talento. Hace unas semanas el magnífico jugador del Barcelona Pep Guardiola hizo unas valerosas y pertinentes declaraciones al respecto, en las que pidió a los dirigentes de los clubs que hablen menos, sobre todo si es para lo acostumbrado: soltar bravuconadas, meter el dedo en el ojo ajeno y de vez en cuando insultar sin rodeos a los árbitros, a los rivales, a sus propias plantillas, a la Federación o a quien se tercie. Guardiola acabó diciendo lo que esos dirigentes bien saben pero se esfuerzan como insensatos en que se olvide: «Ellos sin nosotros no son nada». Tienen o administran el dinero, cierto, pero si existen públicamente es sólo por el cargo que ocupan; y si ser presidente del Madrid, del Barça o del Valencia tiene importancia social, no es gracias a las fascinantes personalidades de quienes están en el sillón transitoriamente ni de sus predecesores, sino a las numerosas tardes de emoción y placer que los jugadores de esos equipos han brindado a los espectadores desde hace cerca de un siglo.

Por su parte, el entrenador del Real Madrid, el alemán Jupp Heynckes, que parece un hombre honrado, pidió respetuosamente a los miembros de su directiva que fueran más prudentes a la hora de hacer declaraciones beligerantes y gratuitas que sólo servían para enrarecer el ambiente en que se desenvuelven sus pupilos y distraer a éstos de su concentración competitiva. En vez de tomar nota, su presidente lo llamó a capítulo y le dijo más o menos que se callara la boca y que la «política de declaraciones» la llevaba él solo. Ni siquiera a la hora de rajar quieren algunos presidentes que se les haga sombra, lo cual es lógico, dado que esa parece ser su principal función o lo único para lo que sirven.

Hace un poco más de tiempo, el jugador brasileño Romario, hoy en el Valencia, anunció desafiante y tranquilo sus intenciones de seguir haciendo lo que se le antojara en su vida privada y de salir por tanto, cuantas noches le apeteciera, a bailar hasta las mil y gallo. Y explicó, muy razonablemente, que era amigo de la noche y que sólo si la disfrutaba era feliz y luego metía goles en los partidos. Le han llovido las censuras: se lo ha acusado de insolidario, de reclamar favoritismos, de señorito y por supuesto de cabeza loca. La contradicción es fantástica: por un lado se desea contar con un jugador imprevisible, genial, anárquico pero mortífero y que, como suele decirse en la jerga, «marque la diferencia»; por otro, los generales anhelos de uniformización de los individuos y algunas grotescas apelaciones a la disciplina —como si todo fuera el Ejército— inducen a la mayoría a olvidar que si un futbolista se sale de la norma en el campo es muy probable que deba ser también «diferente» en su vida y sus costumbres. Y así, vivimos en una sociedad que busca desesperadamente e idolatra a los singulares, que son quienes hacen algo más felices a las gentes y dan dinero a sus

jefes, y a la vez intenta por todos los medios que esos singulares dejen de serlo porque en el fondo eso molesta y subraya la medianía no ya de sus compañeros (a los que de hecho ayudan a brillar a menudo), sino de sus patrones celosos.

Lo incuestionable es que los niños llevan la camiseta de Guardiola o Romario y coleccionan cromos con sus efigies, no con las de Núñez ni Gaspart ni ese Roig tan malcarado que ya ha contagiado su obsesión por los cojones al entrenador romano que se ha traído. Los jóvenes llevan pegadas en sus carpetas fotos de actores y actrices, y los más cinéfilos siguen la trayectoria de los directores, no precisamente de los productores. El público abarrota las salas en que intervienen los escritores, los editores le traen sin cuidado; y acude en masa a los conciertos de los cantantes y no a extasiarse con los empresarios discográficos. En las vidas cada vez más trazadas de nuestro mundo no son muchas las sorpresas ni las alegrías, y la gente las agradece. A nadie le importa si Romario es una peonza noctámbula mientras meta maravillosos goles, o si Almodóvar es caprichoso mientras haga películas como *Carne trémula*, ni si un escritor es a ratos un cabeza loca o un cantante fuma porros antes de salir a escena, con nada de eso hacen daño. Son algunos presidentes de clubs, empresarios cinematográficos, editoriales o discográficos quienes parecen estar tan locos como para creer que pueden dictar los comportamientos de los artistas que no sólo los hacen ricos, sino que además les permiten ser alguien.

Real Madrid Republicano

Mi buen amigo y mejor colega Guillermo Cabrera Infante detesta el fútbol, como he contado en alguna otra ocasión, y cada vez que me oye hablar de él con naturalidad o ve que le dedico un artículo me mira con su mirada más dinamitera y no se priva de afearme el mal gusto y la conducta irresponsable.

Ahora el club de mis amores de infancia ha hecho el ridículo ante Europa entera. Unos mulos derribaron una portería, y no sólo no había ninguna de repuesto en Chamartín, sino que se tardó una hora y cuarto en hacer venir otra, de forma chapucera y atolondrada. La prensa alemana se ha cebado (el rival era el Borussia Dortmund), la europea neutral se ha mofado, la barcelonesa ha echado sal en la herida sin escrúpulos ni disimulo. Bien está, todo más o menos merecido. Que el club de mis amores de infancia lo siga siendo de mi edad adulta no significa que yo sea ciego a sus defectos: la actual junta directiva no me inspira confianza, por decirlo suave; el actual entrenador, Heynckes, me parece carente de perspicacia; y un buen número de sus seguidores son lo peor de nuestra sociedad, con sus cánticos y símbolos racistas y nazis y sus banderas franquistas, que no españolas. Deberían saber estos iletrados, por cierto, que han metido la pata hasta el fondo al hacerse hinchas del Real Madrid. Como es sabido por los que tienen memoria y ha recordado hace poco un resabiado periodista que se las da mucho de «rojo», la gente de izquierdas y la republicana, los derrotados de la Guerra Civil, preferían al Madrid sobre el Atlético, pese al adjetivo «Real» aparentemente contradictorio. El Madrid llevaba en su nombre el de la ciudad asediada y bombardeada, mientras que el Atlético Aviación (como se llamaba en sus orígenes el Atleti) era el equipo de los pilotos franquistas, justamente de los que se habían dedicado a bombardear la capital con saña. Entre nuestros jugadores ha habido no pocos «rojillos», como Del Bosque o el portero Miguel Ángel o Breitner el abisinio o Pardeza o Valdano, y sólo los triunfos europeos de los años cincuenta y sesenta hicieron que el régimen dictatorial, con su oportunismo, se aproximara a él, no a la inversa. Que lo sepan así pues los ultras: apoyan al equipo que fue de los perdedores bélicos, más vale que se inscriban todos en el Frente Atlético.

Pero a lo que iba: todo el mundo se ha hecho cruces por la portería pero nadie ha señalado lo milagroso y admirable de que los casi cien mil espectadores reunidos en el estadio, la mayoría en estado de alta tensión como lo estaba yo en mi casa ante la pantalla al ir a iniciarse una semifinal de Copa de Europa, obligados a esperar durante setenta y cinco minutos, muchos miles de ellos de pie, sin tener certeza de que fuera a celebrarse por fin el partido, en jornada laborable, con el cabreo y la frustración lógicos ante semejante anticlímax; lo admirable, digo, es que entre esas cien mil personas no se produjera ningún incidente en tan largo y oneroso tiempo; que la gente no se peleara ni fuera por los *ultras sur* culpables para darles una paliza o expulsarlos de Chamartín para siempre; que aguardara pacientemente limitándose a algún

abucheo contra ese fondo sur y contra la incompetente directiva. En suma, que no sucediera ninguna desgracia como la de Heysel y tantos otros lugares. Porque lo que yo suelo contestarle a Cabrera es que el peligro no es el fútbol, sino la masa encerrada, se trate del espectáculo que sea. Tendemos a señalar lo peor de nosotros, y en esta ocasión no había poco. Pero también hubo algo bueno, y a día de hoy todavía no he leído un comentario como el que ahora yo hago, que se felicitara por el alto grado de serenidad y civilidad mostrado por la mayoría de los aficionados del equipo de mis más constantes amores.

De algo pueden servir los libros

Procuro no escribir muy seguido sobre un mismo tema, y soy consciente de que hace unas semanas hablé de fútbol y del Real Madrid. Pero claro, cuando ustedes lean esto faltarán tres días para que mi equipo se proclame campeón de la Copa de Europa por séptima vez (y la sexta fue hace treinta y dos años). No crean que no me ha temblado el pulso al hacer esta afirmación. Es más, se me ha caído la máquina al suelo del tembleque y además he tocado siete maderas, he cruzado siete veces los dedos y le he rezado siete jaculatorias a San Di Stéfano. Pero al fin y al cabo llevo un año de faroles con este asunto y no me ha ido mal hasta ahora.

Un buen amigo y mejor librero, Antonio Méndez (del que una vez les hizo semblanza Arturo Pérez-Reverte), es casi tan madridista como yo, y si digo *casi* es sólo porque le llevo unos años y la veteranía ya se sabe. Es de izquierdas, comprende bien el espíritu del Madrid más allá de las difamaciones provinciales y se avergüenza por tanto de las actitudes poco caballerosas de algunos miembros de la directiva y de los ultras más bestiales. Estaba yo en su librería el día que jugaba el equipo aquí contra el Bayer Leverkusen en cuartos de final, y andaba el hombre tan nervioso que cada vez que pasaba un grupo de hinchas rivales por delante de su tienda de la Calle Mayor, se revolvía inquieto y lanzaba maldiciones entre dientes (creo, porque no le entendía), temeroso y descontento como estamos todos del juego del Madrid esta temporada. Y entonces le dije, con más aplomo que convicción: «No te preocupes, hoy ganamos. ¿No ves que son alemanes y en Alemania se me lee mucho y se me trata muy bien? Todos esos que ves ahí, y los que verás en el estadio con gorros, bufandas, pitos, trompetas y matasuegras, todos, seguro, lectores míos. Así que nada que temer, todos gente civilizada que no nos va a dar un disgusto». Ya pueden imaginar que las carcajadas de Méndez y de su socio Alberto fueron de tal calibre que ahuyentaron sin querer a un par de clientes que por allí rondaban. Pero no lo lamentaron, pues aquella noche: tres a cero.

Tocó en semifinales otro equipo alemán, el campeón del pasado año, Borussia Dortmund. Y aunque en la ida, y tras el bochorno de la portería desaparecida, había ganado el Madrid dos a cero, ningún *merengue* las tenía todas consigo, el equipo arrastrándose por la Liga y eliminado de la Copa del Rey por un segunda división. Así que volví a tranquilizar a Méndez: «No hay cuidado», le dije. «Aún más fácil que contra el Leverkusen, porque ahora los hinchas no sólo siguen siendo alemanes y por lo tanto todos, seguro, gente de buen gusto y apacible espíritu, todos lectores míos; sino que además son de Dortmund». «¿Y? Sólo sé que allí hay buena cerveza, lo cual encenderá a la hinchada todavía más». Él no tenía por qué acordarse. «El pasado diciembre», le contesté, «me concedieron un premio en Alemania, el Nelly Sachs, ¿te suena?». Asintió. «Pues ese premio era de la ciudad de Dortmund, oh Casualidad. Allí hube de ir para la ceremonia de entrega, el alcalde me soltó un estupendo cartapacio. Hasta corbata me mandaron de regalo al hotel, por si no me había llevado

una. Así que esos hinchas que verás por la tele, vestidos de amarillo y negro y a cuadros, con narices postizas y esgrimiendo jarras, no te fíes de las apariencias. Todos cultísimos, no sólo lectores míos, sino que además me han dado *su* premio». Antonio y Alberto tuvieron más cuidado con las risotadas, pero como resultado estuvieron a punto de ahogarse y dejarnos a sus clientes sin dos de los mejores libreros de Madrid.

Si el próximo miércoles pasará lo que pasará, es porque ganamos a los *dortmunders* tan refinados y llegamos a la final. En ella nos espera la terrorífica Juventus de Turín, que gana año tras año el Scudetto de su país y ha sido finalista de la Copa de Europa las últimas tres temporadas (sólo una campeón, esta desde luego no va a serlo). «¿Y ahora qué?», me han dicho en Méndez. «Estos no son alemanes ni te han dado premios, que sepamos». Los faroles, como sabe todo jugador de póquer, han de llegar hasta el fin. «Tranquilos», les respondí ayer. «No va a ser fácil. Puede haber prórroga y hasta penaltis, porque en Italia aún me han traducido poco. Pero acabaremos ganando, porque la editorial que me publica, Einaudi, no es de Roma ni de Milán, donde están la mayoría, sino de…». Y fueron ellos quienes completaron la frase con alivio y ya sin risas: «¡Turín!». «Así que: todos lectores míos, también los *tifosi*. Sufriremos, pero preparad el *champagne*».

Como el Madrid no gane… Encima de la depresión que me sobrevendría, tendría que buscarme librero nuevo. San Di Stéfano, por favor.

ARAQUISTAIN

AMANCIO

DI STEFANO

Jamás de todos

La verdad es que la selección española nunca ha levantado grandes pasiones en su país, lo cual es a la postre una señal de salud y algo por lo que dar gracias al Señor del Fútbol (aquí Alfredo Di Stéfano, nuestro jugador más mítico y por suerte un extranjero, oriundo de la Argentina). Sería sin embargo demasiado ingenuo u optimista pensar que esa falta de entusiasmo se debe sólo a que los españoles han sabido desterrar el patriotismo y el nacionalismo, esas plagas antiguas y modernas, como lo prueban hoy en día, por trasnochados y contemporáneos, el Frente Nacional de Le Pen y el frente nacionalista terrorista conocido como ETA. Más bien hay que achacar parte del mérito al hecho de que la selección española no haya alcanzado casi nunca grandes metas a lo largo de su historia: un Campeonato de Europa en 1962, un título olímpico en 1992, creo que eso fue todo, y en ambas ocasiones jugando en casa. Ni siquiera vencer a la Unión Soviética en la final de Madrid hace treinta y seis años, en pleno franquismo, consiguió enardecer de veras más que a los propios franquistas de entonces. Hace seis años, no obstante, se dio la preocupante circunstancia de que los cien mil espectadores del Camp Nou de Barcelona, donde «España» como idea no está muy bien vista, corearan ese nombre para animar a unos futbolistas muy jóvenes que hoy forman la columna vertebral de la selección absoluta. Así que está por ver qué ocurriría si ese equipo nacional, tradicionalmente errático y titubeante y sin ni siquiera un estilo y un carácter definidos que más o menos hayan perdurado a lo largo de las generaciones, se convirtiera un día en Campeón del Mundo. No creo que corramos ese peligro en 1998, en todo caso.

Las pasiones las han despertado siempre los equipos de las ciudades. Ahí sí hay una larguísima tradición de triunfos, con el legendario Real Madrid a la cabeza, seis veces Campeón de la Copa de Europa y, cuando esto escribo, candidato a serlo por séptima vez frente a la Juventus de Turín. Y a continuación su enemigo mortal, el Barcelona, que si sólo ha sido campeón europeo una vez, es el único club que jamás ha dejado de participar, ni en una sola edición, en una u otra competición continental.

Lo cierto es que la gente se alegra mucho más de las victorias de los respectivos clubs de sus amores que de los triunfos —siempre parciales— de la selección. Uno de los ingredientes principales de este deporte o quizá espectáculo es la memoria, o lo que es lo mismo, la tradición o dramaticidad. Los hinchas del Atlético de Madrid, por ejemplo, son, más que eso, odiadores del Real Madrid, hasta el punto de que a veces prefieren perder ellos con tal de que pierda también su máximo rival, antes que ver ganar a ambos equipos. A los *culés* o fanáticos del Barcelona les pasa algo parecido, aunque en menor medida, como a los del Español respecto al propio Barça, adversarios de su ciudad, o a los del Betis respecto al Sevilla. Estas furias no serían comprensibles sin una prolongada trayectoria común de humillaciones y agravios y desplantes y envidias, de goleadas vejatorias y derrotas en el último minuto, de superioridades sentidas como atropellos y frustraciones que a veces han durado

décadas. Y además, en España, ha habido —aún hay, tal vez— un componente político que ha contribuido lo suyo a los ardores. Es curioso —e injusto, no en balde soy de este equipo desde mi más tierna infancia— que el Real Madrid haya sido tan difamado. Durante mucho tiempo se lo consideró emblema del régimen franquista, cuando más bien lo que hubo fue un aprovechamiento oportunista, por parte de la dictadura, de sus grandes éxitos europeos de los años cincuenta y sesenta. Lo gracioso es que inmediatamente después de la Guerra Civil, el Real Madrid, pese a su monárquico nombre, era paradójicamente el equipo preferido de los derrotados republicanos madrileños, porque al menos llevaba el nombre de la ciudad que había sido salvajemente asediada y bombardeada durante tres años, la última en rendirse, la más resistente y valerosa ante Franco, que luego la castigó por ello.

Luego vino el Real Madrid de mi infancia, con aquella delantera formada por el francés Kopa, el uruguayo Rial, el argentino Di Stéfano, el húngaro Puskas y el español Gento, un elenco nada patriotero como puede verse. Tampoco lo era en eso el Barcelona de la época, con la magnífica legión húngara constituida por Kubala, Czibor y Kocsis, un jugador muy melancólico este último que acabó suicidándose tras su retirada. A la hora de albergar futbolistas buenos, el único equipo que se ha mantenido «puro» —casi con «limpieza de sangre»— ha sido el Athletic de Bilbao hoy entrenado por el franco-español Luis Fernández, que no sólo no ha admitido jamás a un extranjero, sino ni siquiera a nadie no nacido en el País Vasco o en Navarra. Mérito tiene que nunca hayan descendido a la Segunda División, sin ayudas foráneas ni forasteras, pero uno no puede evitar ver un elemento algo racista en esa orgullosa política de contratación.

La selección española carece de todo esto: en ella no hay recuerdos imborrables ni enemigos acérrimos, no hay grandes gestas ni remontadas extraordinarias, no hay épica, hay poca lírica y casi no hay drama, el elemento fundamental del fútbol, lo que puede convertirlo en algo más cercano al teatro que al deporte en general. Algunas debacles sí ha habido, pero éstas se olvidan pronto si la ciudadanía no pone mucho el orgullo en quienes las han padecido. Este año, no se sabe por qué, la prensa ha decidido que se debe optar al título de Campeón del Mundo y no a otra cosa: nada de «iremos partido a partido», «intentaremos llegar lo más lejos posible». No sé. El seleccionador, Clemente, formado en el Athletic de Bilbao y supuesto prototipo de lo vasco, es precisamente el prototipo perfecto del peor español: antipático, chulesco, soberbio, malhablado, fanfarrón, xenófobo. La derecha lo adora, la izquierda desconfía de él hasta el punto —es la verdad— de que los más enconados se alegran de las derrotas de esta selección. Menos mal que los jugadores caen mejor. Pero vean ustedes: entre los seleccionados hay esta vez ocho del Barcelona y sólo tres del Real Madrid, equipo al que Clemente profesa una declarada animadversión. Así que mucho me temo que los hinchas *merengues* vayamos a tener la sensación de que esta «España» no nos representa; o aún peor, la de estar animando y aplaudiendo —si lo hiciéramos— al Barça disfrazado de rojo y azul, al fin y al cabo los colores de su

propio uniforme, aunque con otra distribución. Y eso sería demasiado pedir. Así que, sea como sea, me parece que tampoco este año será «España» el equipo de todos los españoles. Y bueno, menos mal, lo contrario sería preocupante, faltaría más.

Hoy no sólo hoy

Hoy no es solamente hoy. Es también, por ejemplo, el 18 de mayo de 1960. Tengo ocho años y mi madre ha preguntado a los vecinos, que ya tienen televisión, si mi hermano Fernando y yo podemos pasar a ver el partido del Madrid, la final de la V Copa de Europa, contra el Eintracht de Francfort. Los benditos Quesada —quizá ese era el nombre— han dicho que sí. El Madrid encaja un gol y además se va la retransmisión; pero mi hermano y yo sabemos, más por fe que por experiencia, que va a volver a ganar esa copa por quinta vez consecutiva. Puskas cuatro tantos y Di Stéfano tres, en total 7-3. Cuando hace unas temporadas una emisora recuperó las imágenes y las ofreció comentadas por la Saeta Rubia, el locutor le preguntó qué podía estarle diciendo a Puskas mientras los dos regresaban a su campo juntos tras marcar éste el 3-1. «Seguramente que ya teníamos la prima», contestó el viejo Di Stéfano. Contaba ya treinta y cuatro años en 1960 y aún era el mejor jugador del mundo. Pero no desdeñaba las primas, ni la diversión. «Había partidos», contó, «en que Gento y yo decidíamos hacernos sólo pases de tacón, por juego y por broma». «¿Partidos oficiales?», preguntó el estupefacto locutor. «Sí, claro, y el público…» «Se enfadaba», apostilló el periodista joven. «No, qué va, disfrutaba, lo único es que perdíamos muchos balones. Pero bueno, los recuperábamos después». Un equipo así tenía siempre que ganar, porque estaba hecho para los niños, un equipo de prestidigitación, aunque jugara con los pies.

Hoy es también otro día de mayo o junio, creo que del 62, en que el Madrid disputó su sexta final y perdió una por primera vez. 5-3 del Benfica de Eusebio, Colunna, Torres y Simões. Pero hasta el último minuto mi hermano Fernando y yo, como casi todos nuestros compañeros, seguimos sabiendo que el Madrid iba a ganar, como lo supimos igualmente otro día que también es hoy, quizá del 63, en que el equipo volvió a perder la final, contra el Inter de Facchetti y Mazzola y Suárez, 3-1, y lo que fue más grave, se culpó de la derrota a Di Stéfano y se lo hizo abandonar el club, para indignación y vergüenza de todos los niños que acaso éramos más del Di Stéfano Club que del propio Real Madrid. Pero aún quedaban Puskas y Gento y no sé si Del Sol, y los equipos se salvan de ser otros de los que eran gracias a los supervivientes, a quienes no se puede traicionar. Hoy es también un día de 1966, en que Gento vuelve a ganar esa Copa capitaneando a otra generación, 2-1 al Partizán de Belgrado. E incluso es una noche de 1981 con futbolistas menos memorables, 1-0 del Liverpool, fue la última final.

Las cosas más remotas se hacen cercanas si estuvieron arraigadas y de pronto regresan, aunque sea como fantasmagoría o parodia o burla o imitación. Uno sabe de golpe qué autobús debe tomar en una ciudad que no ha pisado en veinticinco años, al pisarla por fin otra vez. El día anterior ni siquiera habría sido capaz de balbucear el nombre de la calle en que se alojó todo un año. El tiempo se comprime y hoy es hoy y es ayer y anteayer, no hay distancia, como bien mostró en la novela el señor Marcel

Proust. Así que el Madrid de 1998 está hecho una pena y un flan tras su papelón en esta Liga; no cuenta con ningún jugador que contagie a los demás para bien, como San Di Stéfano, o el beato Pirri, o Santillana el arcángel o hasta Míchel el serafín… Nuestro Gento de ahora es Sanchis, un doble eslabón, luego el Madrid es aún el Madrid. La Juventus parece imbatible, una maquinaria. Pero sé que el Madrid le va a ganar, como lo supe siempre en las finales vividas de «nuestra» Copa, incluso cuando las perdió. Créanme, va a ganar: se lo dice un adulto cuarentón que lleva toda la temporada, una eliminatoria tras otra, echándose faroles que le han salido bien. Pero también se lo dice un niño de ocho años que ha nacido en Chamberí, y a esas edades y en ese barrio se sabe mejor que nunca —y que en casi cualquier lugar— que los faroles hay que aguantarlos hasta el final. Perder hasta la camisa no importa, una camisa no es nada al lado de la zozobra y certeza, y más zozobra y emoción.

Las veloces eternidades

Los futboleros tenemos una forma adicional de medir el tiempo de la que a buen seguro carecen los demás individuos: la celebración del Campeonato del Mundo de selecciones cada cuatro años. Recuerdo cómo desde niño solía calcular al término de uno de ellos la edad que ya habría cumplido al comenzar el siguiente, y cómo ambas cosas, la edad y el acontecimiento, me parecían remotos y hasta improbables. De los diez a los catorce años hay un mundo, como de los catorce a los dieciocho, se es por fuerza casi una persona distinta, tantos son los cambios que se operan en la infancia y adolescencia. Y en cuanto al Mundial en sí, cada vez que la selección española fracasaba y quedaba eliminada, tenía la impresión de que habría de transcurrir una eternidad hasta que se presentara la nueva oportunidad de ganarlo.

Esa eternidad ha pasado, en efecto, sin que España ganara nada ni alcanzara una final siquiera, y uno se acostumbra a las desilusiones hasta el punto de cercenar de raíz las ilusiones, como medio más eficaz de protegerse. También es cierto que con el tiempo uno se da cuenta de que si tiene algo a favor de los representantes de su país es más por fidelidad a los jugadores de su propio equipo que entre ellos figuran —a muerte, mientras no nos traicionen yéndose a otro— que por sentimientos patrióticos demasiado abstractos y simples para ser aceptados por una mente mínimamente crítica. Recuerdo que en el último Mundial, además, tan poco me gustaba nuestra selección, y tantos inconvenientes veía a las de los países que me son más simpáticos o próximos, que acabé apoyando a los «leones» del Camerún; los cuales, para fastidiarme, hicieron un campeonato mediocre y cedieron la brillantez a los «leopardos» de Nigeria.

No han cambiado mucho las cosas desde el 94 al 98, y ese es uno de los elementos o datos que le permiten comprobar a uno que cuatro años pasan veloces en las edades adultas, y los Mundiales parecen sucederse más bien cada par de temporadas. También descubre que todo es ya más previsible, y que en la imaginación predomina siempre lo previsto, aun cuando no se cumpla a la postre: Brasil jugará muy bien y será eliminada en semifinales, o bien lo hará aburridamente y se alzará con la Copa; Alemania será poco imaginativa y ruda, pero no habrá manera de deshacerse de ella hasta el último instante, y desde luego no lo logrará Inglaterra, que, lo haga regular o fatal, se irá a casa antes de tiempo; Italia andará con demasiados nervios para no ser un desastre en conjunto, gane o pierda; Francia será divertida e ineficaz, no llegará muy lejos pese a actuar en sus campos; España agonizará en cada partido y dejará escasa huella en la memoria; y Argentina será marrullera o vistosa (seguramente lo primero, con el actual seleccionador Passarella), y ni lo uno ni lo otro nos dejará del todo satisfechos. En el fondo uno piensa que ya nadie merece conquistar el título, o sólo los *outsiders* más despreocupados y alegres, como Dinamarca o Nigeria, Escocia con su reputación borracha u Holanda con la suya promiscua, tal vez una Yugoslavia anárquica.

En el fútbol actual hay cada vez menos épica y menos deslumbramiento, y sobre todo menos dramaticidad, cuando lo que hace a este deporte tan idolatrado es su carácter de representación, con su intransferible historia en cada partido y sus personajes inequívocos. Hoy en día esas historias son con frecuencia intercambiables e indistinguibles, y por eso rara vez dejan lo más importante, sea en un libro, en una película, en una obra de teatro o en una pieza musical, a saber: eco, resonancia, memoria. ¿Quién recuerda con nitidez la final del Mundial pasado? Yo no, desde luego, y en cambio me resulta imborrable el 3-2 de Italia a Brasil en el 82 en Barcelona, por poner un solo ejemplo que no fue una final siquiera. De España no recuerdo un solo encuentro de igual manera, en tan ya larga historia. Así que lo único que pido y espero esta vez es que caiga eliminado el equipo por 5-4 o 3-2, a pies del adversario que el timorato Clemente prefiera, a ver si así al menos nos queda alguna imagen en la retina y alguna emoción o incertidumbre en el cuerpo más o menos perdurables. Porque lo más insoportable de todo, a mi edad de ahora, es que los Mundiales pasen tan monótona e inadvertidamente como cuatro años transcurren a veces en la plena vida adulta.

VERGES
BARCELONA
C de F.B.

BENITEZ
BARCELONA
C de F.B.

KUBALA
BARCELONA
C de F.B.

Cuatro córners zurdos

1) Se ven en este Mundial equipos sin tradición o modestos que resultan aseados: Camerún, Marruecos, Jamaica, Irán, hasta Estados Unidos mueven bien el balón, cumplen con sus apoyos, llegan al área con trabazón y peligro. En cambio, no saben chutar a puerta. Es asombroso, pero no del todo extraño. Hace ya tiempo que incluso en los grandes equipos como el Madrid, el Milán, la Juve o el Barça, hay unos cuantos jugadores que adolecen del mismo defecto. Antiguamente, chutar, lo que se dice chutar, sabían hacerlo todos, desde el 2 hasta el 11. Unos mejor y otros peor, pero todos decentemente cuando la ocasión se lo exigía. En cierto sentido era la base previa a lo básico del juego. Hasta en el patio del colegio: alguien que mandaba la pelota siempre por encima de la tapia —una pelota salía cara—, simplemente no jugaba. Tan absurda evolución sólo puede deberse a una cosa: a que los entrenadores acotan ya tanto las funciones y la especialización de cada hombre, que no ven inconveniente en que seis o siete de los suyos no tengan la menor idea de disparar a puerta; como si descartaran que fueran a hacerlo o hasta se lo tuvieran prohibido a unos cuantos. Eso explicaría acaso las demasiadas veces en que, en el fútbol de hoy, un jugador en magnífica situación para chutar a gol no tira, sino que apura la suerte y le pasa el balón a otro, no siempre mejor colocado, concediendo en todo caso unos segundos más para la recomposición de la defensa contraria o la reacción del portero. Son centenares los goles así fallados, por esperar, por miedo a tirar, quién sabe si no habrá defensas que al hacerlo estarán contraviniendo órdenes, si no se llevarían una bronca, aunque metieran gol, por desobedientes. Lo veo como un síntoma más de la degradación del juego. O quizá es una más de las nefastas influencias del baloncesto en el fútbol. Si a un centro o pase ya lo llaman «asistencia», no sería raro que al gol lo llamaran pronto «canasta». Me quitaré ese día.

2) No sé si es que llevo ya muchos Mundiales, pero, aún en la primera fase, tengo la sensación de haber visto la película. A España le reprochamos siempre no poseer a estas alturas un estilo reconocible y definido. Pero acaso sea más irritante la mímesis vacua o remedo de los estilos tradicionales, es decir, el tópico. Alemania juega como Alemania (aburrida pero tenaz) e Inglaterra como Inglaterra (tosca pero con pegada, a la postre insuficiente); Francia como Francia (animada pero sin mandíbula) e Italia como Italia (coriácea, astuta, buscando suerte y no riesgo); Argentina como Argentina (con suficiencia y miedo, a la vez ambas cosas) y Brasil como Brasil (adornada y algo hueca). Lo mismo pasa con las menos célebres: Escocia (ruda y con un talento, en su día Strachan, ahora Burley) o Austria (anodina y olvidable) u Holanda (mucha fe y escasa suerte) o Bélgica (puro bostezo). Hasta Camerún, más reciente, se parece en exceso al Camerún primero. Lamento echar sal en la herida tras nuestra derrota, pero creo que la única que aún no me ha cansado es Nigeria. Lástima que no pudieran divertirme del todo sus tres goles hasta la fecha, ni las danzas subsiguientes.

3) Así como basta con oírle a alguien el elogio de determinados escritores para saber que ese alguien presume, pero no entiende nada de literatura, basta con oír a la gente que se extasía con Brasil por principio para comprender que es gente ignorante en fútbol. Hay comentaristas que si ven a Cafú parar un balón intrascendente en el centro del campo, como es su obligación, se derriten al instante: «Hay que ver qué control, qué maravilla». Sería hora de relevar de sus puestos a los engañabobos.

4) Francia no ganará su Mundial. ¿Por qué lo sé, tan pronto? Porque nunca ganará un equipo con portero de aspecto innoble o amanerado. Aquel gordezuelo saltarín, Jongbloed, no estaba a la altura de la Holanda de Cruyff, que perdió dos finales. Ni era presentable aquel histérico sueco, Ravelli. No hablemos del mexicano Campos, vestido de Superratón, ni del paraguayo Chilavert, con su cabeza de matón en la otra puerta, ni de aquel Higuita colombiano salido de *Los tres mosqueteros*. Los jugadores pueden tener la pinta que quieran, salvo el portero. Es importante que su figura resulte digna, no sólo para imponer respeto, sino para que su mirada de reproche al delantero que lo bate pueda hacer mella en éste efectivamente, hacerle sentir que ha cometido una injusticia con aquel hombre digno que no se lo merecía. Por el contrario, nada tan apetecible como golear a un fantoche. Ramallets, Iríbar, Zubizarreta, Yashin o Zoff eran muy dignos de presencia: el elemento, así, es condición necesaria pero no suficiente. El actual portero francés, Barthez, invita a vejarlo. Y lo peor no es su calva estudiada, ni su perilla milimetrada, ni su estilo aspaventoso. Lo peor es ese jersey de manga corta y volátil que se gasta. Parece un existencialista de verano y chiste, bufón o esbirro de aquel ente de invierno, Beauvoir-Sartre.

Cinco golpes francos zurdos

1) Al frente de la FIFA (no poca cosa: del fútbol mundial), hay un tonto demagógico llamado Blatter, probable hombre de paja de otro tonto demagógico, su antecesor eterno, Havelange. El Mundial transcurría sin grandes escándalos ni calamidades hasta que el títere Blatter vio que una entrada común y corriente a Ronaldo quedaba sin amonestación. Al día siguiente dijo a sus árbitros: «Quiero más expulsados». Y los siervos, obedientes y sin criterio, han hecho casi imposible a partir de entonces que un partido termine con veintidós jugadores, esto es, que haya partidos sin adulterar. En cualquier encuentro, pero aún más en los importantes, debería ocurrir algo gravísimo para que se echara a un futbolista. Así se concebía antes. La expulsión era la excepción, lo raro, lo anómalo, lo llamativo, y tenía que haber una razón de peso, a la que nadie objetara. Ahora el muñecón exige que se convierta en la regla, y que si no hay motivo, se invente. Está claro que es alguien que no entiende de fútbol. No comprende que once contra diez, o contra nueve, ya no es nunca un partido, sino un asedio o un arrasamiento, escenas que la gente no está muy interesada en ver. El pelele, muy ufano, se ha permitido elogiar su propia orden: «Con estos criterios Van Basten no se habría retirado antes de tiempo». Los demagogos recurren siempre a los sofismas tontos. Una entrada dura puede lesionar a un jugador de por vida o darle tan sólo un susto. Pisar mal el césped sin el balón en juego puede tener idénticas consecuencias. Quién puede saber si Van Basten, al siguiente partido del último que jugó, no habría pisado mal el césped.

2) Con estas medidas, y por si no bastara lo natural, se castiga a los equipos modestos. Jamaica, Túnez, Camerún, tendrán que defenderse si se enfrentan a Argentina, Alemania o Brasil. Al defender —y no poseer el balón— hay más probabilidades de cometer falta que al atacar —y poseer el balón—. Esos equipos quedan condenados a sufrir expulsiones, como así ha sucedido. Si en el fútbol cabía siempre la mayor sorpresa, ahora casi dejarán de existir, un paso más para acabar con él, por parte de quienes le sacan más provecho. (No hay que olvidar que un gran jugador lo es hasta para esquivar las entradas: ni Di Stéfano ni Pelé ni Matthews ni Cruyff ni Puskas ni Charlton ni Beckenbauer ni Seeler padecían apenas lesiones. Y no era porque los adversarios los respetaran.)

3) Camerún nunca acaba con once y le anulan goles. A Marruecos lo elimina un penalty que nunca se habría pitado contra Brasil en un partido de trascendencia para Brasil. Jamaica y Japón aguantan el cero a cero, hasta que los dejan en inferioridad. Al organizador Francia le toca un grupo sin el menor peligro y ahora le vendrá Paraguay, qué alivio. Alemania pisotea yugoslavos, pero las nuevas reglas no van con los ricos. Los pobres agachan la cabeza, aceptan su sino, se van. Piensan que ya es mucho que los hayan invitado al aperitivo. España ni siquiera ha aprendido a hacer rentable el gesto del rico.

4) El gran Raymond Kopa, antiguo extremo francés del Madrid, lo ha dicho con claridad: «Ronaldo debería trabajar su estrategia; yo la encuentro a veces un poco borrica». Ronaldo no es un grande, pese a la brutal campaña de su promoción universal. Tras tres partidos, ha marcado un solo gol, como Raúl, sólo que el de éste fue más espectacular. Ronaldo no ha deslumbrado ninguna vez. Es potente y veloz, chuta mucho y no siempre bien, pero sí lo bastante a menudo para marcar con facilidad, en pocas ocasiones con genialidad. También le salen partidos horribles, no se le tienen en cuenta. El principal motivo por el que no es un grande lo ha señalado Kopa: no es inteligente; o quizá no piensa, sólo actúa, y sin saber esperar. Sólo los papanatas lo pueden comparar con Di Stéfano, Pelé, Cruyff o Maradona. O con Van Basten. O hasta con Romario. O hasta con Bettega, fíjense bien, que casi nadie recuerda ya. Con los años, y sin tanta velocidad, podría acabar pareciéndose más a Juanito. A Juanito Gómez, sí, pero en más alto.

5) De todos los disparates soltados por Clemente, tras la eliminación de España, a su hipócrita y cizañero amigo radiofónico que lo metió una hora entera en un jardín, aprovechándose de su anonadamiento y sin dejarle ni secarse el sudor, el más iluso y demencial —y los hubo para

avisar al loquero— fue el siguiente: «No acepto la palabra fracaso. No fracasan quienes han trabajado tanto». Si el fútbol no es un arte, se le parece mucho. Y en el arte nada cuentan el esfuerzo ni la buena voluntad. A Mozart le salían obras geniales sin molestarse apenas. A muchos aplicados les salen patatas. El éxito y el fracaso no dependen del denuedo, ni de la honradez, ni de la insistencia, ni de la tarea. Cuando alguien pone todo eso para hacer una película o escribir un libro, y le sale muy mal, otro alguien debería decirle a ese autor: «No pierdas el tiempo. A los que triunfan también se les tiene manía, ese no es el motivo. Anda, prueba a dedicarte a otra cosa».

Seis regates zurdos

1) El enorme cabreo por la eliminación del equipo nacional no nacionalista ha impedido apreciar o señalar algunos de los mejores detalles de su actuación, no sólo pertenecientes al juego, sino también a los gestos, cada vez más importantes en la medida en que más se ven. Al terminar el último encuentro, Zubizarreta, que no volverá a jugar, se fundió en un abrazo lento y sentido con Hierro, lo bastante veterano ya para ser sensible a las despedidas. Ver abrazarse a los futbolistas es tan frecuente que para los espectadores menos acostumbrados resulta hasta obsceno. Hoy, además, las efusiones se han convertido a menudo en una especie de aplastamiento del goleador (por eso muchos huyen hacia la banda so pretexto de dedicar la hazaña a un amigo suplente o al del agua, quitándose a manotazos a los compañeros que lo van a apalear). Así que el abrazo entre Zubizarreta y Hierro fue de lo más insólito: en él no había euforia sino gran tristeza, por la derrota y por el adiós de uno de ellos; había también una serena búsqueda del consuelo mutuo, y algo de definitivo armisticio, pues el portero y el defensa han militado siempre en equipos rivales. El fútbol es tan cinematográfico que me vino a la memoria *Los duelistas*, aquella película basada en un relato de Conrad en que dos oficiales napoleónicos se batían interminablemente a lo largo de los años, para comprender —bastante antes del final— que la muerte o la retirada o la rendición de uno sería a buen seguro la derrota de los dos. Ambos, el uno al otro, se habrían defendido ante un tercer rival, con el que jamás ninguno se habría aliado ni habría hecho causa común. A los enemigos antiguos hay que cuidarlos casi tanto como a los amigos. Bueno, sólo a los que lucharon de frente, sin esbirros ni sicarios. Pocos quedan hoy así.

2) Uno de los mejores goles del Mundial pasó inadvertido y fue el menos festejado de todos: el sexto de España a Bulgaria, marcado por Kiko con tanta frialdad e indiferencia que resultó de una elegancia genial. Tampoco estuvo mal su inmediato gesto, como si se negara a celebrar lo superfluo, ni siquiera a título personal.

3) A través de los gestos no se conoce a un jugador, pero sí a un personaje. Luis Enrique se exaspera y se crispa con su mal perder. El joven inglés Owen, tras marcar su penalty contra Argentina, pese a no resolver aún nada y ser el momento de máxima tensión, salió corriendo tan contento como si ya hubieran vencido: tiene aún inocencia e ilusión por el menor logro o detalle. El futbolista más desagradable parece el francés Dugarry, que por suerte chupa banquillo: se comportó como un mamarracho al conseguir su gol, sacando la lengua y haciendo hélices con los brazos; me acordé de otro rasgo intolerable suyo: saltó al campo, con el Barça, que perdía tres a cero, riéndose sarcásticamente, como si aquello no fuera con él; de haber sido yo *culé*, habría exigido su expulsión del club. El jugador que no entiende o asume la carga simbólica de su profesión no merece estar en ella. Con un 3-0 en contra nadie debe jamás reír.

4) Lo de las expulsiones clama al cielo. El Inglaterra-Argentina fue tan emotivo en su primera mitad que parecía salido de otro Mundial, alegre, desaforado, arriesgado, como todos los partidos habrían de ser. El siervo de Blatter no podía permitir tales lujos, que dejaban en evidencia a los otros cincuenta y cinco encuentros celebrados. Así que aprovechó una tontería de Beckham para dejar a Inglaterra con diez y convertir segundo tiempo y prórroga en algo propio —áspero y denodado— de este Mundial.

¿Debería no haberlo echado, si vio cómo Beckham le acariciaba la pantorrilla al duro Simeone? En efecto, creo que no debería haberlo expulsado, como también debió seguir en el campo el holandés Kluivert, en su primera aparición, que tuvo un simple mal gesto hacia un rival. A cualquier cosa la llaman hoy «agresión» los que hablan de fútbol sin haber jugado jamás a él.

5) Qué poco se habla de la nueva mano argentina, que otra vez trajo la eliminación de Inglaterra. Chamot, creo, despejó con el puño en el área, y el siervo de Blatter se hizo el loco. Se estaba en la prórroga. Gracias a eso nos quedamos con un equipo coriáceo y trompicado y perdemos a una Inglaterra que, por vez primera en mucho tiempo, alineaba a cuatro jugadores que vale la pena ver: Anderton, Owen, Scholes y el tonto de Beckham, que tendrá por eso muy difícil nuestro perdón.

6) Un último gesto: el seleccionador Passarella revolcándose por el césped al acabar el partido ganado *in extremis*. Con su chaqueta y su corbata. No puede permitirse eso quien ha rechazado a Redondo por llevar el pelo largo. Confío en que Argentina no gane más, sobre todo por no tener que contemplar de nuevo los revolcones histéricos (pedía a gritos un exorcista) de quien se pretende hombre de hierro. Menudo flan.

Tres goles en propia meta (zurdos)

1) Cuando era jovencito y aún creía que un objetivo de la prensa era ayudar a mejorar las cosas, escribí a un programa deportivo de radio y les pedí una campaña contra la larga costumbre española de hacer prevalecer en la Liga, en caso de empate a puntos, el mejor coeficiente de goles, entonces llamado *goal-average* y en español «golaveraje». Eso, dije, primaba el juego defensivo, ya que traía más cuenta encajar pocos goles que meter muchos. Era más sensato que prevaleciera la mera diferencia de goles a favor y en contra. Durante unos días escuché el programa, a ver si se hacían eco de mi modesta proposición. Pero ni caso. Lo que ahora cuenta, sin embargo, es lo que yo sugería entonces, así que me atrevo hoy con otra propuesta. Si a nadie satisface la eliminación por penaltis (menos aún que así se decida un título, como en el 94), pero se prefiere al sorteo porque al menos intervienen varios jugadores en esas tandas y el penalty es un lance del juego, tal vez no sería del todo estúpido que los empates se deshicieran mejor con golpes francos directos. Al ser la frecuencia del gol mucho menor en este lance, debería bastar con que un equipo fallase y el otro no para proclamar vencedor a éste. Habría algo más de emoción y de merecimiento; los veintidós jugadores estarían en el campo, participando de algún modo en la jugada; sería un momento más colectivo, esto es, más futbolístico. (Ya sé que no se me hará caso. Al tiempo.)

2) El Mundial está a punto de concluir y me veo en un brete personal. En el primer artículo de esta serie zurda vaticiné que Francia no ganaría por su portero Barthez, de perilla y mangas tan innobles que invitaría a los contrarios a intentar y desear humillarlo. De momento sólo ha recibido dos goles, y uno de ellos de penalty. Su equipo está a un paso del título, y si lo alcanza, mis dotes pronosticadoras, en alza tras profetizar que el Madrid vencería a la Juventus en la final de la Copa de Europa, sufrirán gran desprestigio. El rival es Brasil, cuyo juego no me ha gustado y aún menos la actitud suficiente y levemente desdeñosa de sus estrellas. Pero no se puede ser imparcial en una final, eso va contra las leyes del fútbol, y contra la diversión también. En principio prefiero a los europeos, por eso, por europeos. Pero el existencialista Barthez y mi vaticinio… Ojalá jugase Lama, el guardameta suplente.

3) Con mayor o menor grado de atención debo de haber visto el ochenta por ciento de los partidos de este Mundial. Sólo ha habido para mí tres de veras emocionantes: el España-Nigeria (quizá por motivos espúreos), el Argentina-Inglaterra y el Brasil-Dinamarca. Tres de setenta, los que se llevan disputados. El fútbol, santo cielo, empieza a ser como los toros, al menos para los entendidos. Uno de éstos, mi amigo Alberto González Troyano, peregrina de una plaza a otra dominado por el escepticismo. He visto cómo la tarde en que el público sacaba en hombros a un diestro o aun a dos diestros, él se la pasaba bostezando o mirando las piernas a las mujeres. Al término, y al yo preguntarle qué tal, me contestaba siempre: «Nada». Y si hacía concesiones, la respuesta era esta: «Cositas. Hubo un momento en que Antoñete caminó bien hacia el toro». O bien: «El capote de Rincón flotó un instante con el mismo vuelo que el de Ordóñez. Nada, un segundito». Detalles. Será que me voy haciendo viejo, pero empiezo a conformarme en el fútbol con un regate, con un pase inesperado, con un gol excelente como los de Owen, Bergkamp y Kiko. Antaño podía uno sentirse satisfecho del conjunto, del partido entero, y eran tantos los detalles a veces que no se hacía el recuento, ni se atesoraban. Aun así, como los taurinos corridas, no dejo de ver partidos. No creo que la culpa sea sólo mía, de mi exigencia. Tampoco de una atención escasa por parte de los medios ni de los espectadores, nunca el fútbol fue tan mimado. Ni del dinero, jamás se ha gastado tanto ni tanto ha producido este juego. ¿De quién es la culpa entonces, de esta escasez tan taurina? ¿Quién empuña el cuentagotas? Cada vez es más estrecho.

RODRI
BARCELONA
C. de F.B.

SEGARRA
BARCELONA
C. de F.B.

GENSANA
BARCELONA
C. de F.B.

Trasvase o estafa

Cuando dentro de unos meses los gemelos De Boer puedan dejar su equipo, el Ajax de Amsterdam, para fichar por el Barcelona que los ansía,[3] una probable alineación de este extra-club, tradicional emblema del nacionalismo catalán, rezaría así: Hesp (holandés); Bogarde (holandés), De Boer I (holandés), Giovanni (brasileño), Reiziger (holandés); De Boer II (holandés), Rivaldo (brasileño), Cocu (holandés), Zenden (holandés); Anderson (brasileño) y Kluivert (holandés). En el banquillo podrían estar Baia (portugués), Pellegrino (argentino), Figo (portugués), Amunike (nigeriano) y, si me apuran, Sergi y Guardiola (españoles o catalanes, como prefieran, no me vengan con monsergas por un quítame allí unas franjas o unas barras, rojigualdas todas). Entre los titulares tendríamos a ocho holandeses y a tres brasileños, y de los primeros no sé cuántos —pero la mayoría— procedentes del mismo club, el mencionado Ajax. Habría que recordar que de allí vino también el entrenador Van Gaal (holandés), y que su ayudante es Koeman (holandés). Si Cruyff fuera el presidente de la entidad —y ojalá, por otra parte—, quizá el Barça acabaría jugando en la Liga de los Países Bajos.

Creo ser una de las personas menos nacionalistas o patrióticas que conozco; me da lo mismo de dónde sea la gente para admirarla, quererla, ofrecerle mi amistad y mi lealtad e incluso —he ido mucho con mujeres guiris— mi amor eterno. Nunca me ha convencido del todo la política de contrataciones del Athletic de Bilbao, sobre todo últimamente, al haberla teñido de nacionalismo y racismo algunos aprovechados, cuando antes no se la percibía de ese modo y era sólo admirable. Habría sido una pena para nuestro fútbol no haber gozado de Di Stéfano, Kempes y Maradona (argentinos), de Puskas, Kubala, Kocsis y Czibor (húngaros), de Mendonça (que no sé de dónde era, pero no de aquí, desde luego), del alemán Netzer o su compatriota Schuster, de Cruyff por supuesto. Y estoy a favor de la Ley Bosman, la que ha permitido que cualquier jugador de la Unión Europea pueda ser contratado por cualquier club de ese territorio sin más trabas de las puestas a un ejecutivo o a un profesor o a un experto en lo que sea.

Pero que las cosas *puedan* hacerse no significa siempre que *deban* hacerse; que sean posibles no las convierte en obligatorias; que sean legales no las hace en el acto aconsejables, ni siquiera legítimas. Habría incontables ejemplos de cómo se confunde en nuestra época lo permitido con su práctica forzosa, en nuestro país sobre todo. Habrá que dejarlos para otro día, hoy hablaba del fútbol, al inicio de esta temporada en que los aficionados andamos perplejos y tibios. Sé de muchos barcelonistas que están más bien cabreados. Una cosa es reforzar los equipos con buenos jugadores, sean de donde sean, que se van integrando poco a poco, a los que la afición va haciendo suyos individualmente, sobre todo porque los recién y gradualmente llegados se van mezclando con los que ya estaban, los van «heredando». Que la base

deba ser del propio país no es cuestión de patriotismo, sino de conveniencia y aun de necesidad, para que el juego siga vivo y no se traicione a sí mismo. El éxito de este deporte se debe al elemento de sentimentalidad que es su núcleo, y resulta difícil encariñarse con diez u once mercenarios netos. El jugador que ha vivido desde niño las rivalidades Madrid-Barça, o Athletic-Real, o Sevilla-Betis, afronta esos partidos con un espíritu vedado a los extranjeros. No es que mi equipo dé mucho mejor ejemplo de astucia, pero al menos su grupo de foráneos (Roberto Carlos, Seedorf, Mijatovic, Suker, Karembeu, Panucci, Illgner, Savio) se ha juntado en él *por primera vez*, y cabe imaginar que ellos, con Sanchis, Hierro, Raúl, Morientes, Guti, todavía sean el Real Madrid. Lo que no cabe es que el Ajax en pleno se enfunde la camiseta azulgrana y pase por eso a ser el Barça. Me pregunto qué aporta entonces Van Gaal, en qué consiste su trabajo, si lo que ha dicho es: «Tráiganme al equipo con el que fui campeón. Sólo así podrán serlo ustedes». Si la maniobra fracasa, podría solicitar el trasvase del Liverpool, o de la Juventus. Si yo fuera *culé* estaría deprimido y furioso. Ya lo estoy siendo *merengue*, porque en la Liga quiero ganar no al Ajax ni al Palmeiras, sino al Barça. Empezamos a sentirnos estafados todos. Y mientras nos roban el vestigio mayor de la infancia, cínicos como Núñez declaran que la culpa de que jueguen tantos extranjeros la tiene el Gobierno. Si no lo leyeron, no me pregunten por su argumentación, porque da vergüenza hasta contarla. Piensen, piensen cuál pudo ser, a ver si logran ponerse en la hueca y despiadada cabeza de semejante bribonzuelo. No es nada fácil, se lo aseguro.

El equipo más dramático

Durante años yo jugué con el Barcelona, y además no fueron anodinos años sino los de mi infancia entera, entendiendo que ésta terminaba precisamente, para los chicos de mi generación, cuando dejábamos de jugar a las chapas y nos pasábamos al billar y al flipper.

Mi hermano Fernando, casi dos años mayor que yo y hoy historiador del arte, tenía una habilidad manual de la que yo he carecido siempre, así que para los Campeonatos de Liga que disputábamos cada temporada con nuestras chapas, a razón de casi un partido diario a la vuelta del colegio, tuvo la paciencia de construir unas magníficas porterías con sus tres palos de madera unidos por diminutos clavos que también sujetaban una red hecha con gasa. Compramos telas de diferentes colores y a las que lo requerían les pintamos las pertinentes rayas. Cortábamos cuadrados pequeños y con ellos forrábamos las chapas, prensando la tela por abajo con el corcho correspondiente, que antes habíamos sacado con cuidado para que saliera entero. Sobre la tela pegábamos las caras de los jugadores, recortadas a su vez de cromos. Fue idea de mi hermano abandonar el garbanzo crudo y saltarín que servía de balón incontrolable, en favor de un botón blanco de proporcional tamaño, pelota mucho más manejable al ser plana y no botar tanto. Supongo que hoy es inimaginable tanta tarea; lo cierto es que así llegamos a disponer de las plantillas completas de ocho o diez equipos de Primera División. Ambos éramos y somos del Real Madrid, pero nunca cupo duda de que mi hermano jugaría con las chapas de nuestro favorito, por ser mayor y por ser el inventor del asunto y el fabricante y dueño de las porterías.

No es difícil imaginar que a mí me tocó por tanto jugar con el Barça: habría sido un contrasentido excesivo que el mismo niño hubiera puesto su destreza al servicio de semejantes rivales. Recuerdo que él eligió el Español a continuación, por aquello de conservar a Di Stéfano tras su expulsión del Madrid y su extravagante aterrizaje en Sarrià. Yo hube de quedarme con el Atlético de Madrid, al que profesaba la natural antipatía, y con el Valencia, el Betis… Nuestra Liga era peculiar, pues mis equipos no se enfrentaban jamás entre sí ni los de mi hermano tampoco, de modo que ni siquiera pude jugar con las chapas del Madrid ocasionalmente: nunca las tuve a mis órdenes, como no salieron nunca de mis manos las del Barcelona.

Fue más o menos como si me hubiera tocado siempre hacer el papel de malo al jugar a vaqueros e indios, policías y ladrones, aliados y nazis, romanos y cristianos o cualesquiera otras divisiones clásicas en bandos, al menos por aquel entonces. Por suerte distinguía ya bien la realidad de la ficción —o del fingimiento—, y sin demasiado quebranto me resultaba posible ser del Madrid durante todo el día y alegrarme con sus victorias, y ser en cambio del Barça durante la media hora o tres cuartos que duraba cada partido de chapas sobre el suelo de madera. Kubala, Eulogio Martínez, Re, Evaristo, Suárez, Gensana, Vergés, Segarra, Ramallets, Olivella, Gràcia, Garay, Kocsis, Czibor, Villaverde (uno de los pocos que lucía bigote, como

en el Madrid Lesmes), Fusté, Zaldúa, Zaballa, Reina, el negro Benítez que murió de repente, aquel Pujol olvidado que marcaba tantos goles, Rifé, Rexach, Marcial, Sadurní, el gran Mendonça (por cuyo difícil cromo, cuando aún era del Atleti, di una vez a cambio una foto de mi joven tía Tina), Pereda, Tejada, Eladio, Pesudo, Foncho, Szalay, Cubilla, todos ellos fueron *mis* jugadores en distintas temporadas, y así, supongo, los veneraba en mis chapas y los veía como enemigos en el campo y en el No-Do. Y en las pocas ocasiones en que un futbolista del Barça fichaba por el Madrid (Tejada, Evaristo, Goywaerts), debí de experimentar sinsabores, al verme obligado a arrancar sus rostros de la tela azulgrana para entregárselos a mi hermano, que los pegaba ufano sobre la tela blanca. Y desde luego, en la mímesis, más me satisfacía ganar llevando al Barça o al Atleti que al Valencia o al Betis (uno adquiere pronto el sentido de las jerarquías), aunque fueran el Atleti y el Barça los equipos cuyas derrotas reales más me aliviaban y alegraban. ¿Tanto en verdad me alegraban? A estas alturas de mis edades prefiero no profundizar en el asunto, pero quizá la capacidad de sentimiento escindido, con ser muy considerable, no es ilimitada en los niños.

Seguramente por estas servidumbres fraternas, no llegué a tenerle aversión al Barça —y aún— hasta que sus dirigentes —los que ahí siguen, como Pujol el que no mete goles— no acentuaron demagógicamente su antimadridismo y sus forofos no se estrenaron en el triunfalismo. Si algo podía hacer simpático al Barça a ojos de un chamberilero era su «moral frágil», como se decía antes, su carácter indeciso y atormentado, su tendencia a la depresión y su torcido sino, su temor al triunfo. Todo esto lo convertía en un equipo quizá más dramático y complejo que el Real Madrid, más hamletiano y macbethiano a un tiempo (el Madrid sería más otélico), en cierto sentido más atractivo para aquellos aficionados que, como todos, anhelamos la victoria de nuestro equipo, pero no por encima de todas las cosas, no a cualquier precio. No era lo mismo ver ganar a Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento, o a la Quinta del Buitre, que asistir al triunfo casi molesto del defensa Benito o el extremo Juanito, por ejemplo, jugadores que por carácter desentonaban en Chamartín y habrían hecho en cambio las delicias del Metropolitano y el Manzanares. Era más grato ver ganar al portero Miguel Ángel, a Del Bosque, a Valdano o a Breitner, todos buenos izquierdistas, que a los (pocos) jugadores *merengues* que han hecho equivocarse a los *ultras sur*, induciéndolos a creer que el Madrid era casi fascista —los republicanos madrileños lo preferían al Atlético Aviación, verdadero nombre del actual club de Marbella, por mucha corona que aquél llevase en su escudo y pese al monárquico nombre—. En este sentido el Barcelona ha contado a menudo con jugadores envidiables, que uno hubiera dado la hucha por ver pasar a la tela blanca: Marcial fue genial y lo es Guardiola, y ambos son grandes lectores. Cruyff era tan inteligente, dentro y fuera del campo, que ni siquiera nuestro distinguido Netzer pudo en su época consolarnos. Czibor y Kocsis, aquellos húngaros melancólicos y golfos, eran almas tan artísticas que quizá por eso el segundo de ellos acabó suicidándose al

cabo del tiempo y ya retirado. «Cabecita de Oro» creo que se lo llamaba, por sus remates perfeccionados. Y Ramallets era tan digno portero que cuando sufrió un revés personal de los que aprovechan los contrarios zafios para burlarse y sacar al rival de quicio, no hubo futbolista, según se cuenta, que le dijera nada sobre el césped para sacar ventaja de su zozobra o su tristeza. También ha habido jugadores odiosos enfundados en azulgrana, mejor será no recordarlos en el centenario, y sí además, por ejemplo, al simpático *Lobo* Carrasco, el mejor regateador de banderines de córner y de postes, o al excelente pero quebradizo Martí Filosía, que se hundía al primer fallo como si procediera del Actor's Studio.

Ha habido unos años recientes en que el Madrid tomó de pronto el papel tradicional del Barça, y viceversa: éste —menciono sólo los defectos nuestros, no las muchas virtudes— se tornó fanfarrón, confiado, levemente chulesco y muy afortunado, y aquél en cambio vacilante, torturado, huidizo, deprimido, y así perdió inverosímilmente dos Ligas seguidas en el último partido de Tenerife, en beneficio del Barça. En la primera ocasión el árbitro nos anuló un gol legal que habría sido el 1-3 (acabamos perdiendo 3-2) y ni siquiera protestamos, cautivos de un fatalismo de lo más barcelonista. Mientras, el Camp Nou en pleno se exaltaba y se mofaba, lo más bajo en que caen las aficiones, lo que la rival nunca perdona. He de confesar que no me desagradó del todo aquella inversión de papeles. En contra de la elemental idea hoy dominante en todas partes (lo único que importa es vencer), me atreveré a decir —y lo dice quien se inició en el fútbol admirando al Madrid de Di Stéfano y de las cinco Copas de Europa seguidas— que la victoria continuada que se exige en el deporte, resulta menos atractiva y mucho más plana que cierta alternancia con la derrota. Ésta, a no dudar, ofrece más pliegues y rugosidades, más complejidad y más conflicto —podríamos decir que es más adulta en un mundo que consiste en la recuperación semanal de la infancia—, más elegante, más memorable. El Barça ha poseído eso históricamente, la percepción de la derrota, de su amenaza, su comprensión por tanto. Valiente consuelo, maldita la gracia, responderían los *culés*, hasta los más líricos o noveleros. Y sin embargo estoy casi seguro de que esos *culés*, hasta los más prosaicos, guardan más vivo el recuerdo de la final de la Copa de Europa que su equipo perdió ante el Steaua Bucarest en Sevilla por culpa de un parapenaltis, que de la ganada en la prórroga años más tarde frente a la Sampdoria en Wembley. Por no hablar de la perdida (3-2) ante el Benfica en Berna, hace más de tres decenios, que sin duda tendrán aún clavada en el *blau* como en el *grana* quienes alcanzaran a deplorarla en su tiempo.

Ahora el Madrid y el Barça se parecen peligrosamente, confiemos en que no duren mucho las semejanzas. Se cumple en todo caso un siglo de rivalidades varias (o bueno, lo cumple el Barça), y la más auténtica de todas ellas, la menos impostada y manipulada y la única emocionante es la que se ventila sobre la hierba en hora y media, la misma que se dirimía sobre madera en mi casa, interpretada por dos niños que jugaban a las chapas. Es al menos la única que a mí me interesa, y lamentaría

mucho que un día militara el Barça en una triste Liga catalana (todo sería aún más como Holanda) y se quebrara la historia de los enfrentamientos. Porque para el aficionado español al fútbol, nada hay comparable a ver saltar a los dos equipos, siempre con sus primeros uniformes, a Chamartín o al Camp Nou; y en cuanto el balón se pone en juego, tenerle pavor al otro cada vez que avanza, y sentir a los contrarios peligrosos y malvados, y disfrutar también con ese miedo, con la amenaza de la humillación y el desastre, tanto como con la promesa de triunfos inolvidables. Qué sería de nosotros sin ese castigo y ese premio posibles, sin esa horrible incertidumbre. Así pues, y lo digo de veras porque lo digo con puerilidad y egoísmo: larga, larga vida al Barça.

Si lo osado es el pasado

No soy el único aficionado que esta temporada está bastante desinteresado del fútbol, quizá por primera vez desde que le presté atención, a los siete años, e hice mi inaugural colección de cromos, perdida luego y por conseguir la cual ahora, completa, daría no poco. Los chicos la conocíamos como «los cabezones», porque la cabeza de los jugadores, pintada a partir de una foto, era mucho más grande que el cuerpo, un dibujo cómico, como de chiste, con defensas caídos y burlados al lado de cada ídolo. De aquella colección recuerdo alineaciones enteras (la del Madrid, la del Barça, la del Athletic de Bilbao, que aquí reproduzco para que se vea que no presumo en vano ni miento: Carmelo; Orúe, Garay, Canito; Mauri, Maguregui; Arteche, Marcaida, Arieta, Uribe y Gaínza), y también lo difícil que era conseguir al delantero centro del Atlético de Madrid, Mendonça —en toda colección hay algún hueso—, hasta el punto de que para tenerlo hube de entregar a cambio, en el patio-zócalo del colegio, no un montón de «repes» que de nada sirvieron, sino una pequeña foto de mi tía Tina, monísima por entonces y bastante más joven que mi madre, o que las madres. (Ella nunca lo supo; no sé si me perdonará ahora que la canjeara por un pelotero mozambiqueño).

Tal vez por eso, por el aburrimiento de la actual temporada, invité hace poco a un amigo alemán que ha vivido en Francfort, Paul Ingendaay, a ver en vídeo la quinta final de la Copa de Europa, en la que el Real Madrid le endosó un 7-3 al Eintracht de Francfort, un tanteo inolvidable. Ingendaay es más joven, así que nunca había visto a Di Stéfano, Puskas ni Gento, y se llevó más de una sorpresa. La primera fue comprobar (pese al blanco y negro, esa final es del 60) que la distancia entre el juego de entonces y el de ahora era mucho menor de lo que imaginaba; quizá los equipos se concedían más espacio, se encimaban menos, eso era todo. La segunda fue descubrir que, no estando en la época permitidas las sustituciones, los veintidós jugadores alcanzaron los noventa minutos sin aparente cansancio, y por tanto sin aflojar el ritmo pese a estar bien definido el vencedor. La tercera fue ver cuán pocas interrupciones se producían: apenas cayó nadie, no ya lesionado sino ni siquiera al suelo (el árbitro pitó un penalty a favor del Madrid por un empujón tan leve a Di Stéfano que éste se desequilibró nada más, sin tirarse ni ser derribado); nadie buscaba las pérdidas de tiempo, en los fueras de banda el balón se ponía al instante de nuevo en juego. La cuarta fue la escasez de faltas y la ausencia de protestas y discusiones: ni tras el penalty injusto la armaron los francfortianos. La quinta fue ver un estadio, el de Glasgow, abarrotado con ciento treinta mil personas que no causaron el menor problema ni altercado, sin necesidad de vallas ni de fosos ni de cocodrilos. La sexta fue ver cómo en una final de Copa de Europa los jugadores se habían dejado en el vestuario la especulación y el miedo, los nervios y —como se dice ahora— la presión que aprieta: pues no sólo se lanzaban sin reserva al ataque ambos equipos, dando por sentado que el juego consistía en intentar meter goles, más que el contrario, sino que

lo hacían divirtiéndose. Di Stéfano, que comentaba las imágenes que yo había grabado, ante la profusión de pases de tacón y rabonas que se veían, confesó: «El entrenador se ponía nervioso a veces y me recomendaba no jugar de tacón, porque contagiaba a los compañeros; y que diera yo los taconazos, pues pase, decía, pero si se ponía el equipo entero era suicida; pero en fin, también teníamos que divertirnos, ¿no?». La séptima sorpresa fue ver cómo hasta los supuestamente rudos y expeditivos defensas de entonces —antes de la invención del líbero, antes de Beckenbauer— poseían una técnica extraordinaria que envidiarían casi todos los actuales, por los que a veces se pagan millonadas. Marquitos, el lateral derecho, fue capaz de despejar a córner de tacón un balón peligrosísimo a un metro de su portería.

Hoy su entrenador lo habría castigado por eso; y a los demás amigos de los taconazos, Di Stéfano incluido; a Puskas, por no haber corrido más, pese a sus cuatro goles; a Gento, por prodigar sombreros, caños y rabonas arriesgando la posesión; a todos por atacar tanto y no fingir gran daño en las faltas recibidas; por desgastarse corriendo y exponerse a lesiones con el partido resuelto; a Di Stéfano también por no revolcarse en el penalty; y, por supuesto, al equipo entero por querer ganar sin disimulo, olvidando la máxima actual que dice: «Para ganar, primero hay que no perder». Lo sueltan nuestros entrenadores y se quedan tan anchos. No sé cómo lo aguantan los jugadores y no contestan: «Vaya hombre, no me diga».

Un problema metafísico

Si hace un año escribí de excelente humor sobre el Real Madrid tras verlo ganar la Copa de Europa por séptima vez (no sé si recuerdan que con mi inestimable ayuda libresco-talismánica), sería interesado y esquivo si no lo hiciera ahora, con la temporada acabada y cuando me dispongo a concederles vacaciones a ustedes, sobre la espantosa metamorfosis padecida por mi equipo, brutal versión futbolística del mito de Jekyll y Hyde.

Habrá que averiguar quién preparó la pócima, pero ha resultado doloroso, cruel e indignante asistir a la transformación de un grupo de hombres entusiasmados en una cuadrilla de abúlicos desesperados. No es que la temporada pasada el Madrid enamorase, pero aquel título esperado durante más de tres decenios valió por todo, y los jugadores deberían haber abordado esta campaña, si no eufóricos, sí muy serenos, tras haber alcanzado la obsesionante meta. En cambio, por los campos se ha visto a un conjunto desquiciado y desmadejado. Se rumoreaba que además eran una banda de disolutos, pero no seré yo quien critique eso —de ser cierto—, pues ha habido infinidad de futbolistas noctámbulos o aun muy golfos que luego, cada domingo, deslumbraban con su clarividencia, quizá mayor que si se hubieran pasado la semana entre el entrenamiento y la mesa-camilla. Y tampoco seré yo quien ataque nunca mucho a los que saltan al césped, pues son los más inofensivos de todo ese mundo y los únicos que se divierten de veras con su oficio. Dudo que lo hagan directivos y entrenadores.

Otra cosa es que haya jugadores que no pueden estar en el Real Madrid, por ejemplo un defensa llamado Iván Campo que ha venido a unirse a una larga lista de defensas que jamás deberían haber pisado Chamartín como locales: Metgod, Bonet, Spasic, Mino… A casi nadie dirán nada estos nombres, y la verdad, es lo merecido y justo. Y Villarroya, a quien trajo un entrenador que tuvimos, John Benjamin Toshack, que lo alineaba siempre contra viento y marea. No duró aquel Toshack, pese a ganar una Liga con Butragueño y Míchel y compañía. ¿Por qué sería que no durase, si además el equipo batió el aún no superado récord de goles, ciento siete?

La respuesta nos ha llegado ahora. Porque, raro como suena, ese mismo Toshack, que languidecía olvidado en Turquía, ha sido el nuevo entrenador del Madrid esta campaña, esto es, el responsable del campeón de Europa aún vigente en su desembarco. No sé si el individuo permanecerá en el puesto, pero ya se ha ganado un lugar de honor en la historia tétrica de mi club favorito. Nunca olvidaremos a quien demostró ser tan obtuso como para no entender nada de esa institución, ni de su carácter, ni de su sentimiento. Yo ya sabía lo que iba a ocurrir, cuando contestó a aquella pregunta funesta, justo antes de la semifinal de Copa contra el Valencia: «Entre ganar ese título y quedar subcampeón en la Liga, ¿qué elegiría?». Cualquier empleado del Madrid, cualquier niño *merengue*, hasta el aficionado más brutal y romo saben que a eso sólo había una respuesta: «No tengo por qué elegir. Para el

Madrid no hay triunfos incompatibles, lo queremos todo». Pero no: el muy ignorante dijo que la Copa a la basura y que le interesaba sólo el siguiente partido de Liga. Ahora todo el mundo sabe y recordará el resultado: Valencia, 6 - Real Madrid, 0. De un tanteo tenístico en contra no teníamos memoria los *vikingos*. Sí de algún 5-0 (del Milán de Van Basten, del Barça de Cruyff o de Laudrup, adversarios inconmensurables, y el Valencia no ha ganado un título en dieciocho años). Luego, se perdió también el partido de Liga, la tarea de Toshack fue redonda. Finalmente, se ha permitido burlarse de las despedidas del público a jugadores que por última vez vestían la camiseta blanca, sin entender de nuevo que, en el fútbol, sin sentimiento no hay nada. Me pregunto qué hace aún en nuestro banquillo, y si el presidente Sanz y los directivos actuales entienden a su vez nada del club que encarnan. Y eso me lleva a un problema metafísico (lo nunca visto en fútbol): si una entidad no se entiende ya a sí misma, ¿es aún la misma o ha perdido su identidad? Y aún más grave: ¿puedo seguir siendo yo del Madrid, en el segundo caso?

Menos mal que mientras las veo venir y lo dilucido, tengo otro equipo, cuyos resultados y clasificaciones he buscado desde la infancia en la minúscula letra de la Tercera División: el Numancia ha ascendido a Primera. Ya lo conté aquí hace tiempo, titulé la pieza «Dignidad y decoro». Es un lema que sigue vigente, para el Numancia y para Soria, ellos son todavía entendidos, mi mayor enhorabuena.

Algo más fuerte y sentimental

Escribía ayer Vázquez Montalbán aquí que cada vez reconoce menos a su Barça de antaño y más le cuesta pronunciar su nombre con vehemencia y credulidad. Estamos en las mismas, sólo que en el caso del Real Madrid hay un par de factores que aún dificultan más la vieja pasión *merengue*. Uno es anecdótico: nuestro himno no lo canta nadie por trasnochado («Caballero del honor», «las mocitas madrileñas», «a triunfar en buena lid»; resulta tan simpático e irrepetible como una película de Tony Leblanc; pero no se puede cambiar). Los *culés*, por el contrario, entonan sin ningún pudor, y acaso con excesiva ingenuidad, *Som la gent blaugrana* o como quiera que se titule ese cántico coral.

El otro es más decisivo, porque atenta contra la identidad y la historia del club. Si los futboleros brindamos a nuestro equipo una fidelidad vitalicia, desobedeciendo el espíritu de estos tiempos desleales y oportunistas, lo único que pedimos a cambio es que quienes rigen y representan a ese equipo hagan lo mismo desde sus cargos y declaraciones. Ni siquiera retiramos nuestro apoyo por las derrotas o el mal juego, ni siquiera por el ridículo. Sólo necesitamos que nuestra lealtad tenga sentido, que no se convierta en un movimiento del ánimo hueco y sin objeto, que no nos descubramos adorando a una esfinge o a un mero vocablo. Y lo cierto es que desde hace años el Madrid trata de usurpar el papel clásico del Barcelona, a saber: el del pesimista, el desmoralizado, la víctima. Anoche, en consonancia, nos presentamos en el Camp Nou en cuadro: denegada la libertad provisional de Hierro y Roberto Carlos, nuestro jugador más perspicaz (McManaman) lesionado, Guti y Anelka renqueantes, Toshack castigado lejos del césped (mejor sería así siempre, para que no interrumpa con sus altercados el ritmo de nuestro juego). Llegamos, por si no bastara, con el baldón de no haber podido marcar un solo gol en las seis últimas visitas ligueras. Y, para que no hubiera dudas, en el primer tiempo estrellamos un balón en la cruceta y al árbitro le pareció normal que Sergi despejara con la mano sin vestir el uniforme de portero. Así que no nos falta ni un elemento para seguir probando a desempeñar el tradicional papel del Barça, el del quejica, como se apresuraron a corroborar nuestros directivos nada más oír el pitido final.

Pero el Barça, que desde la era Cruyff se iba apoderando a su vez de la figura madridista (seguridad, denuedo, un punto de chulería), se ve que no acaba de consentir en la inversión absoluta, y se resiste a dejarse arrebatar la condición de condenado injusto. Sólo de este modo se explica que las gradas clamaran «Así, así gana el Madrid» cuando éste iba perdiendo y ya había sufrido los entuertos y reveses mencionados.

Y es que quizá haya pese a todo en el fútbol algo más fuerte que las infinitas traiciones a que hoy se ve sometido. Algo más fuerte y más sentimental que los dirigentes aprovechados y los entrenadores egocéntricos. No sé si ese *algo* durará mucho más. Pero al menos aún pervive en esta generación de futbolistas. En el Barça

se llama Guardiola, en el Madrid Raúl. El primero todavía es capaz de dar órdenes vehementes y abroncar a Kluivert por hacer mal uso de su castellano aprendido; el segundo, de hacer entrar con suspense y llorando el balón del 2-2 en la red y mandar callar con el índice sobre los labios a cien mil personas en su propia casa. Que duren esos jugadores, que duren si no queremos perder para siempre el dramatismo, la emoción y la sentimentalidad.

La memoria del alma

Sólo un futbolista italiano, que antes fue obligadamente aficionado, sabe de veras lo que es un Milán-Juventus; sólo uno alemán comprende cabalmente un Bayern Múnich-Borussia Mönchengladbach; sólo uno argentino entenderá un River-Boca; sólo uno inglés se emocionará como es debido ante un Liverpool-Manchester. Y sólo uno español guardará en la retina, desde niño, las cien o las mil imágenes de un Madrid-Barça, y se ilusionará y se asustará convenientemente cuando se ponga el balón en juego entre estos dos equipos.

Hoy se dan mucho dos tipos de idiotas: por una parte, los entrenadores que ignoran lo anterior o hacen caso omiso; por otra, los malos aficionados —abundan más entre los *culés*, con su vampírico vicepresidente Gaspart al frente— que preferirían ver al Gran Enemigo en Segunda o desaparecido antes que seguir con la fiesta de enfrentarse a él un par de veces al año e intentar y desear derrotarlo. El primer idiota es más dañino a la corta, porque su capacidad de decisión puede escamotearnos el mejor combate. Van Gaal cumple con los requisitos para inscribirse en la categoría, porque a estas alturas, con su castellano de vodevil —pero lo habla—, ya no puede aducir desconocimiento, y debería saber que en un Madrid-Barça resulta mucho más imprescindible Guardiola que el mismísimo Rivaldo, no digamos que De Boer o De Boer, Zenden, Kluivert o Bogarde. Quizá estos últimos fueran estupendos para un Ajax-Feyenoord, y acaso el primero para un Corinthians-Flamengo, pero en un Madrid-Barça hasta ese «Balón de Oro» es secundario. Anoche, en Chamartín, pareció un *globetrotter* desconcertado al no verse rodeado de amistosos tailandeses ni de admirativos vallisoletanos que no iban a aguarle los malabarismos.

El Madrid ha hecho esta temporada un fútbol tan espantoso que hasta los más encendidos *merengues* —pero más auténticos: tenemos un fuerte sentido del merecimiento— veríamos como una injusticia que acabara ganando algo. Que el principal culpable fue Toshack resulta innegable: desde que se fue, se ve a los jugadores centrados. Hay que agradecerle eso a Del Bosque —las cámaras no lo buscan: es sobrio—, así como su conformidad con la penuria reciente, que lo ha llevado a alinear al Real Madrid B con refuerzos en más de un encuentro horrible pero no histérico, ya fue algo. Ayer sacó de entrada a siete futbolistas que podían entender plenamente el carácter del partido (el Barça, sólo a cuatro, y no era ninguno Guardiola). Siguió apostando por un porterillo casi menor de edad, Iker Casillas, que ya ha dado a su equipo un montón de puntos y mucho sosiego, y que empieza a recordar a Arconada, no en balde nació donostiarra; y también por Guti, tan de la casa que en algún momento trae a la memoria a Velázquez, aquel maravilloso *10* no lo bastante celebrado. Puso a Raúl pese a su precario estado, imprescindible ayer como Guardiola. Está recuperando a Karanka, mima a Hierro, con Salgado es paciente y premia a Morientes. Acabó sacando a Sanchis, que hoy es ya como el tótem de la tribu. Y al invisible Anelka logró que lo viéramos, debió de saber inculcarle el

espíritu de un Madrid-Barça, quizá le contó historias de remontadas y arbitrajes, de goleadas y humillaciones, de alegrías y burlas. Si ese fue el caso, no le tuvo que resultar difícil, habida cuenta de que Del Bosque jugó como interior de gran toque muchísimos Madrid-Barça, y su retina estará llena de imágenes para él inolvidables. Van Gaal no estoy seguro, siquiera, de que haya participado en un Ajax-Feyenoord en su vida. Pobre hombre, la verdad es que, poco intuitivo como demuestra ser cada semana, tenía imposible inculcarles nada de emoción, sentimiento, orgullo, rabia, temor y temblor o drama a sus muchachos *orange* y a su *globetrotter* brasileño. Y lo primero que ha de saber cualquiera, desde el presidente de un club hasta el hincha más pequeño, es que hay partidos que se juegan mucho mejor con todo eso que con libreta o pizarra. A Van Gaal no le perdonaré nunca que anoche no nos permitiera ganarle por tres a cero al Barça, sino a su remedo sin alma. Sólo lo primero nos satisface de veras a los *merengues*.

Chulería y temeridad

Escribo esto el día de San Isidro, perezoso patrón de mi ciudad, y ustedes lo leerán el 28 de mayo, cuando lo que yo todavía ignoro será noticia ya vieja. Hoy falta una jornada para que concluya la Liga de esta temporada, y nueve fechas para que el equipo de mis vitalicios amores, el Real Madrid, se proclame campeón de la Copa de Europa por octava vez, sumando con ello tres títulos más que el siguiente club continental en la lista, el Milán, que lleva cinco.

Pero vayamos por partes, porque mi intención principal es hacer un somero repaso de lo que ha sido el fútbol en esta temporada nefasta, pese al triunfalismo patriotero de los medios de comunicación, que no dejan de perfumarse un día sí y otro también porque tres equipos españoles hayan llegado a semifinales y dos vayan a disputar la final de esa mítica Copa de Europa en París. Lo más nefasto para mí ha sido que «mis» jugadores —brillante colofón aparte— hayan ofrecido tan altísima cantidad de partidos insufribles. Y lo mismo han hecho todos los demás: nadie merecería en realidad ganar esta Liga. Lo más probable es que, cuando se lea esto, el vencedor haya sido el Deportivo de La Coruña, lo cual resultará más bien lamentable, dado su permanente juego medroso, arrastrado y carente de ambición, aburridísimo incluso cuando —contadas las ocasiones— ha exhibido su calidad. Habrá quedado claro, en todo caso, que sólo es capaz de alzarse con el título por dejación persistente de sus rivales: en una temporada más normal, no habría tenido la menor posibilidad.

El culpable de mayor dejación ha sido justamente el Madrid. Vaya en su descargo que resulta muy difícil empezar un campeonato iniciado bajo los despropósitos y desplantes de un entrenador como Toshack, cuyo segundo y breve paso no fue lo bastante breve para no dejar criminales huellas. Con mucha sensatez y fatiga, y aún más sobriedad, Del Bosque ha calmado a una plantilla que andaba histérica, ha enseñado a defender a una zaga desquiciada, ha dado confianza al gran Iker Casillas y hasta ha recuperado algo (no sé si será espejismo) al ensimismado Anelka. No logró que el Madrid hiciera buen fútbol, con la excepción de Old Trafford y pocas más, pero al menos ha librado a los madridistas de la vergüenza que veníamos sintiendo.

El Barcelona también se ha abandonado mucho, y si por un azar hubiera acabado por ganar la Liga, su triunfo habría sido tan injusto como el del Deportivo o más. He hablado otras veces del error que supone olvidarse en fútbol del factor sentimental, y del hilo de continuidad que sólo mantienen tenso los jugadores de las canteras, o por lo menos españoles. Núñez y Van Gaal han incurrido empecinadamente en ese error, quizá más que los responsables de ningún otro club; y el resultado —tengo una modélica amiga *culé*— es una afición inverosímilmente desentendida de la suerte de sus colores, o deseándoles la derrota como único modo de curarse de la peste vangaálica. Sólo faltaría que no renovase Guardiola para que el Barça se sumiera en la mayor crisis de identidad de su historia. San Kubala no lo quiera.

El Celta, tras meterle siete al Benfica y cuatro a la Juventus, se echó a sestear, y

su juego admirable se diluyó en la mediocridad, una lástima. En cuanto al Valencia, que tan bien ha terminado, se pasó la primera vuelta asqueando a propios y extraños. El Zaragoza, quizá el menos injusto campeón posible, nunca tuvo suficiente confianza en sí mismo y nunca buscó las opciones con que se ha encontrado, otra lástima. El Alavés, el Rayo, han hecho un papel muy digno, pero su fútbol no ha sido como para proyectarlo en colegios y entusiasmar a niños. Mi segundo equipo, el Numancia, debutante en Primera y con el más bajo presupuesto, ha cumplido con creces conservando la categoría. Y mi alegría es enorme aunque me vaya a salir muy cara, por la *prima* que se me ocurrió ofrecerles hace un año, lo doy por bien empleado. En cuanto a «mi» eterno rival, el Atlético de Madrid, no puedo sino lamentar su descenso y meditar sobre las ironías de la vida: su nuevo fichaje Hasselbaink se ha pasado la temporada cumpliendo y metiendo goles sin parar, para acabar el pobre en Segunda; el nuestro, Anelka, no ha dado un palo al agua en todo el año y acaba Campeón de Europa.

Porque —me perdonen en Valencia— eso es lo que va a ocurrir. Hace dos años, cuando el Madrid ganó la Séptima, les conté aquí en detalle por qué había sido y cómo había sido y cómo habían influido en ello mis libros y mis faroles ante el librero Méndez. No hay espacio hoy para eso, pero lo tengo todo tan argumentado como en el 98, cuando predije la victoria, y en el 99, en que predije nuestra eliminación ante el Dinamo Kiev. Que no se diga que no soy temerario. Todo será que cuando lean ustedes esto no se estén carcajeando, sobre todo los valencianos. Que así no sea. San Di Stéfano, por favor.

No hay quien dé más

Que el cansino y frívolo Real Madrid de esta temporada haya alcanzado la Final de la Copa de Europa resulta tan inverosímil y descabellado que sólo adquirirá sentido, narrativamente hablando, si la gana y se proclama campeón por octava vez, para agrandar su mito frente a los demás equipos del continente. Lo cierto es que se dan las condiciones para que se obre la injusticia o milagro.

En muchos partidos he tenido la impresión, este año, de que el Madrid sólo se decidía a buscar la victoria no ya a falta de un cuarto de hora para el final, como es frecuente entre los equipos especulativos, ni tan siquiera de cinco minutos, sino a partir del minuto noventa, durante los tres o cuatro habituales de descuento. O de otra forma: cuando no le quedaba más remedio. Mientras se pudiera permitir perder, perdía. Mientras no muriera con un empate, empataba. Más de una vez, claro está, llegó demasiado tarde el esfuerzo. O ni eso: la voluntad. En un par de oportunidades (5-2 del Deportivo, 1-5 del Zaragoza) inició el juego sin deseo de sobrevivir y, como era lógico, sucumbió.

Este espíritu sesteante o *flâneur*, este gusto por el precipicio, no ha sido exclusivo de la Liga y la Copa, como se afirma: también lo ha paseado por Europa. Se dejó empatar en Chamartín por el Dinamo Kiev y eso casi le costó la eliminación; se permitió encajar dos goleadas del Bayern Múnich cuando eso no era demasiado grave (ya se ve que no lo fue). Luego, en el nuevo enfrentamiento de semifinales, cuando la derrota no hubiera tenido vuelta de hoja, ya no se lo permitió, no le quedaba sino vencer. Antes se había prestado a viajar a Manchester con un pobre 0-0 de renta, y sólo entonces, en Old Trafford, y cuando el filo de la navaja empezaba a cortarle venas, se sacó el único gran partido de la temporada y ganó 2-3 (pero con tremendo aroma de 0-3). El vigente campeón de Europa quedó decapitado por un grupo de ociosos que no habían inspirado confianza el domingo anterior ni la inspiraron tampoco al siguiente, contra el Santander o cosa así. Ahora, tras perder ante el Valladolid en Chamartín, el Madrid se ha puesto la Final de la Copa de Europa donde la necesita: o la gana, o la próxima temporada ni siquiera participará en ella, algo trágico para esta entidad. Además, pese a su veteranía y su historial, no se presenta como favorito: el Valencia está voraz y deja bocas abiertas, nadie niega que hoy es infinitamente más fiable que el club de mis eternos y algo contrariados amores. En el doble enfrentamiento liguero le cedimos cuatro puntos y nos llevamos sólo uno. Pero el miércoles no queda más remedio que dejarlo sin nada.

Hay un factor más para que el Madrid gane su octavo título en su undécima Final, y se llama Redondo. Este es un jugador tan misterioso que ni se ha hecho notar apenas durante su ya larga estancia en el Madrid. Quienes lo hayan observado con atención sabrán, sin embargo, que pertenece a la estirpe de los futbolistas fríamente ambiciosos: la de Raúl, por ejemplo, la de sus paisanos Valdano y Di Stéfano. Extrañamente, Redondo renunció a colmar su ambición a través de la selección

argentina, con la que ha declinado alinearse muchas veces (pero tampoco Di Stéfano estuvo en ella). Algunos títulos de Liga no le pueden bastar, así que su meta sólo puede ser la Copa de Europa, y no una sola. Eso ha estado al alcance de las enteras plantillas, cómo decir, del Steaua de Bucarest, el Celtic Glasgow, el Barcelona o el Estrella Roja. La primera la levantó Redondo hace dos años, tras derrotar a la muy favorita Juventus. Ahora tiene la segunda a un palmo, y alguien como Fernando Redondo no va a perder la ocasión. Avisó de ello en Old Trafford, fabricando para Raúl uno de los goles más inolvidables de la década, y un montón de jugadas más. Raúl y Redondo sestean a menudo, o deambulan como *flâneurs* muy puros de París, lugar del duelo. Se pasean mucho junto al precipicio y a veces se caen. Del primero aún se desconoce la meta, hay que esperar. El segundo, estoy convencido de que no se conforma con menos de lo que se llevó Beckenbauer, tres Copas de Europa. Y ya no es tan joven para permitirse dejar pasar la que tiene en el punto de mira esta semana. No, no alguien como él, créanme. Se lo dice quien se estrenó en el fútbol con Alonso, Marquitos, Santamaría, Lesmes; Santisteban, Zárraga; Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento. No hay quien dé más.

Heliodoro silba y fuma en pipa

Hace ya años escribí aquí sobre la ciudad de Soria, en la que transcurrieron bastantes veranos de mi infancia, so pretexto de las hazañas del Numancia en la Copa del Rey, por entonces. Pero lo cierto es que el lugar no lo había pisado en dos decenios, y el motivo de mi rememoración de ahora es que he regresado. Los escenarios de la niñez dan algo de miedo, que va en aumento cuanto más tiempo se pasa sin volver a ellos. Uno teme la excesiva nostalgia, también que el sitio haya cambiado tanto para considerar cualquier detalle alterado una afrenta personal a la memoria propia. Pero en julio me desplacé hasta Soria para dar una charla, y aunque la estancia fue brevísima, me bastó para romper el maleficio y, por así decir, recuperarla.

Claro que ha habido variaciones en estos más de veinte años, pero por suerte no han afectado al esqueleto de la ciudad, o a lo que importa de veras, su espíritu, lo que los latinos llamaban el *genius loci*. En lo fundamental resulta reconocible, y si la plaga que arrasó los olmos en toda Europa acabó también con el Árbol de la Música, aquel en cuya copa se posaba una tarima con sillas y atriles para que tocara en ella la uniformada banda (¿por qué no reconstruir tan deliciosa imagen en otro árbol centenario?), en compensación ha desaparecido el espantoso y colosal monumento a Yagüe, una tartaleta de podrida nata franquista con figura de aguilucho, si mal no recuerdo. Y claro que la nostalgia vino, pero fue de un carácter benévolo, no punzante; de esa que lo hace a uno sentirse «acompañado», y no herido, por sus recuerdos remotos.

Al pasear vi en alquiler la antigua casa de una de las personas que más he querido, y subí a verla: la de don Heliodoro Carpintero, y sus hermanas, y su hijo Helio. Como conté en aquella pieza («Dignidad y decoro»), en esa casa empecé yo a escribir un poco en serio, acogido en las numerosas tardes de lluvia por esa encantadora familia a la que tengo profundo agradecimiento. Heliodoro había nacido en 1900, era inspector de escuelas y, nativo de Alicante, había llegado a Soria después de la Guerra Civil represaliado por el franquismo, pues había ejercido su profesión en Barcelona durante la República, donde se había casado y había nacido su hijo, prontos viudo y huérfano, respectivamente. A veces pienso que una de las razones por las que Soria, a diferencia de otras capitales castellanas, ha visto poco fascismo, es porque allí fueron a parar, «desterrados», muchos individuos civilizados y tolerantes, cultos y sin ambiciones feas. Ciudad tan pequeña y fría, el franquismo debió de tenerla un poco por su particular Siberia. Tanto mejor para ella.

Heliodoro era de gentil tamaño y fumaba en pipa y silbaba. Redondeado sin llegar nunca a gordo, era uno de los hombres con más amable sentido del humor y más paciencia que he conocido. Tenía la habilidad y la suerte de tomarse la vida con parsimonia, lo cual contribuía a la magnífica pulcritud de cuanto hacía o lo rodeaba: de su biblioteca, de su casa, de sus atuendos caballerosos, de su habla risueña y tranquila y teñida de sosegante guasa, de sus pausados escritos (se ocupó de Machado

y Bécquer, de Azorín y Miró). Recuerdo ahora que en unos cajones, en perfecto orden —era tan generoso que nos permitía hurgar y rebuscar a los niños—, guardaba recortadas las críticas de millares de películas, para poder consultar y tener conocimiento cuando llegaban éstas tardíamente a los dos o tres cines sorianos. En otro cajón, más misterioso, guardaba su extraordinaria colección de pipas, de infinitos tamaños, colores, materiales y formas; y en cada una de ellas se lo veía a él, mordiéndola con naturalidad desde su perpetua sonrisa o desde su silbido ufano. En su casa leí a numerosos autores que hoy dicen poco a la mayoría pero mucho tuvieron que ver con mi afición a la literatura: a Erckmann-Chatrian, a Paul Féval, a Pierre Benoit, a la Baronesa Orczy y a Ladoucette, al capitán Mayne Reid y a John Meade Falkner, novelistas de la aventura. Siempre nos hacía forrar los libros —mientras los leyéramos—, con ese respeto hoy perdido por los objetos inanimados que sin embargo van llenos de amor y odio, deseo y miedo, historia y vida. Acompañó a mi familia durante un año en New Haven, Connecticut, allí con él convivimos. Yo tenía cuatro años, y en América no iba al colegio. Así que fue Heliodoro, de hecho, quien acabó de enseñarme a leer y escribir en sus ratos libres, y quien sin duda prorrumpía en carcajadas de bonhomía cuando yo, tan zurdo que iba de derecha a izquierda al principio, firmaba REIVAX muy satisfecho, y quien por tanto me enseñó a escribir inteligiblemente, si es que lo hago. Le debo mucho. Le debo tanto que quizá debería alquilar yo ahora su muy querida y vacía casa.

ARTÍCULOS AÑADIDOS EN ESTA EDICIÓN

El Demonio del Mediodía

Con Holanda como sola excepción, la primera fase de la Eurocopa ha dejado en escena a un elenco descaradamente meridional: Italia, Francia, Portugal, España, Rumania, Yugoslavia y —por Mahoma— Turquía. Menos mal que ya nadie se acuerda —ni siquiera yo mismo apenas— de que hace mil años existía una competición llamada, si no me equivoco, la Copa Latina, porque quizá tendríamos la levemente frustrante sensación de haber desembocado de repente en ella y andarnos sólo por el Mediodía.

Algo malo y algo bueno indica este predominio. Tras la derrota de Alemania por 0-3 ante Portugal, le puse un fax de pésame a Paul Ingendaay, corresponsal cultural en España del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Más que su eliminación a las primeras de cambio —gajes del oficio o azar—, lo que me parecía merecedor de condolencias era el bagaje goleador de la Máquina Acorazada: un solitario tanto a favor en tres partidos delataba a un equipo apático y falto de codicia, o —aún más raro y aún peor — falto de insistencia. Es el síntoma más llamativo de la extraña inversión de papeles que se está produciendo en los Países Calurosos Bajos. Porque, ¿acaso no va también contra la tradición que Portugal golee sin despeinarse, cuando lo normal era verlo como si hubiese pasado por una peluquería de Jerry Lewis y sin meter bola en la red? ¿O que Dinamarca se largue sin dejar un mísero gol y con su portero haciendo aspavientos para disimular? ¿No es anómalo que en seguida tengamos a todos los nórdicos fuera, a los británicos fuera, fuera a los centroeuropeos, y fuera eslavos con la sureña excepción? ¿No resulta insólito que España, tras comenzar pusilánime como siempre, se sobreponga con heroicidad a base de trompicados goles útiles, en vez de los habituales y elegantes goles superfluos e inútiles, como aquel sexto de Kiko ante Bulgaria en el último Mundial? ¿No es absurdo que Holanda, en lugar de convencer y perder, venza y aburra como si sus jugadores del Barça aún sufrieran del mal vangálico? (No quiero alarmar a los *culés*, pero tiene pinta de enfermedad irreversible y crónica).

Para los aficionados con sentido de la historia no es grato del todo tener por delante siete encuentros vitales sin Alemania ni Inglaterra en ellos, sin rusos ni checos ni húngaros ni polacos ni escoceses embriagados. El lado bueno del asunto es el momentáneo triunfo de los equipos disparatados, vehementes e improvisadores. Se lleva la palma Yugoslavia, a la que ya hay que agradecer que nos haya permitido contemplar trece goles en dos partidos demenciales, es decir, de los que invitan a regresar al estadio. Lo mismo puede aplicarse a Portugal, aunque su engañosa serenidad lo haga parecer más sensato y organizado. Rumania y Turquía llevan lo descabellado en sus botas. Si las selecciones caóticas y desobedientes acaban ganando, y dado el mimetismo reinante de las fórmulas victoriosas, es posible que la próxima temporada nos encontremos el continente lleno de enfrentamientos imprevisibles y desaforados. Ojalá.

A Ingendaay le dije, para consolarlo, que no se perdiera el Yugoslavia-España del día siguiente, porque sería «histérico, y por tanto divertido». Y en efecto, España se ha apuntado a la corriente: un poco tarde, pero con entusiasmo y espectacularidad. Una vez que el ultimísimo golpe de dados le fue propicio, se la siente ahora como uno de esos caballos que vienen desde atrás a galope tendido (me perdone la comparación Savater) y se imponen, casi desbocados, en la recta final. Pero para seguir en la dinámica enloquecida y vistosa, es preciso que Camacho mantenga bajo los palos a Cañizares o a Molina, de los que no recuerdo una sola parada en lo que va de Eurocopa, en vez de optar por Casillas, el único de los tres que no se limita a interceptar centros y recoger cesiones, sino que además evita goles. De ese modo nos aseguraremos por lo menos un par de tantos en contra por partido. También debe mantener a Salgado, que garantiza alguno en contra y alguno de billar sucio a favor.

Debe evitar a toda costa a los tibios Aranzábal y Fran, y quizá a Hierro, en exceso aseado y aplomado para la pertinente histeria colectiva. Conviene que no falten nunca Raúl, Alfonso, Mendieta y Sergi, porque pierden tantos balones como recuperan, obsequian tantos regates atolondrados como exquisitos, se pegan tantas carreras innecesarias como eficaces por huracanadas. Y, por supuesto, jamás debe faltar Guardiola. No porque comparta con los anteriores la hiperactividad y la aceleración insensata o sensata (él es sensato siempre), sino porque, como también a esos cuatro, le gusta jugar al fútbol. Se ve que lo pasa en grande, eso se nota. Esta sensación, por absurdo que en principio parezca, no la transmiten muchos jugadores hoy día. Casi ningún italiano, casi ningún francés (Zidane hastiado de la Juventus), sólo Figo en Portugal (es cosa distinta de ser buen futbolista: lo son Del Piero, Rui Costa, Mijatovic), sólo el viejo Hagi en Rumania; y ningún yugoslavo, ningún alemán, ningún nórdico, sólo Owen en Inglaterra, probablemente por su juventud.

Guardiola ya no es muy joven, pero se le ve disfrutar enormemente, y quienes disfrutan no desean que los partidos terminen nunca; por eso son capaces de recoger malamente un balón en el centro del campo y, con el agua al cuello, aún sacarle placer al último pase del día, es decir, medirlo, bombear adecuadamente, tocar ese postrero y agónico balón con gozo. Lo que vino después ya lo hemos visto setecientas veces y lo que te rondaré morena, sobre todo ahora que por fin tenemos para la historia un golito más, famoso, que sí fue gol nuestro, no como los de Cardeñosa y Míchel contra Brasil (el uno fallado, el otro no concedido), ni como los de Arconada, Zubizarreta y Molina a favor de Francia, Nigeria y Noruega respectivamente. Pero además: cuando acabó el tiempo con su 4-3 increíble y llegó el momento de los descontrolados gestos que tanto dicen sobre quienes los hacen, hubo dos que me llamaron en especial la atención. Mientras sus compañeros se revolcaban sobre la hierba, Iván Helguera, muy educado y sobrio —pasó algún tiempo en Italia—, estrechaba ceremoniosamente las manos del medroso árbitro y sus auxiliares. Guardiola, por su parte, era el que con mayor emoción se abrazaba a todos, en particular con Raúl y Hierro, eternos rivales. Además de ser un extraordinario

futbolista que incluso en un mal día debe estar en el campo, además de disfrutar con su oficio, parece un tipo de lo más cariñoso. Ésos siempre caen bien y no hay que herirlos. Hay que cuidarlos.

Confío en equivocarme

Este fin de semana empieza la Liga, y cada año me parece más milagroso que los aficionados logremos prestarle atención y no desertemos. Llevo mucho advirtiendo de su declive y debo andar equivocado, ya que el negocio del fútbol parece cada vez más gigantesco: los clubs no parpadean aunque arrastren deudas de miles de millones, las televisiones siguen pujando por hacerse con los derechos de retransmisión (incluso de los más insulsos torneos veraniegos), los presupuestos crecen, se mercadea imparablemente con las imágenes de los astros, éstos abren páginas en Internet, se venden camisetas, llaveros, insignias, mecheros, flotadores y cuberterías con los colores amados. La Industria Futbolística presenta una máscara saludable.

Pero la Industria no es el Juego, y al iniciarse cada temporada, a mí me cuesta más entrar en ella, interesarme, no digamos apasionarme. Y como me considero enteramente vulgar en mis relaciones con este antiguo deporte, no puedo por menos de imaginar que no seré el único que, al oír el primer pitido del árbitro, se sienta más escéptico que ilusionado, más hastiado que ingenuo. Bien es verdad que las temporadas son tan largas que siempre acaba por aparecer algún elemento o algún partido que lo hace a uno engancharse de nuevo, disfrutar y aun vibrar. Pero, en mi caso, esos encuentros los cuento cada campaña con menos dedos de las manos; y tardan más en llegarme, y mi aburrimiento se va extendiendo.

Claro que en este asunto se es muy subjetivo y parcial, y los ánimos de los aficionados dependen en gran medida de cómo les vaya a sus respectivos equipos. Pues bien, todo este desaliento lo confiesa —santo cielo— alguien cuyo Real Madrid ganó la Copa de Europa por octava vez hace unos meses (nuestros máximos rivales aún imploran una segunda), y cuyo modesto preferido, el Numancia, logró mantenerse en Primera División contra todo pronóstico. ¿No debería estar más contento y menos desengañado? Puede añadirse a todo ello que nuestro principal adversario, el Barcelona (es importante para el contento lo que hacen o les pasa a los rivales), se ha librado de dos desagradables e irritantes figuras, Van Gaal y Núñez, aunque como muñecos o ninots los echaré de menos. El posible efecto benéfico y antibilioso ha quedado anulado, sin embargo, al ser sustituido el segundo por el individuo al que debería llamar su «delfín» si no fuera porque me resulta imposible asociar ese nombre a un sujeto que me recuerda tanto a Drácula al amanecer, es decir, en su momento más desquiciado.

En cuanto a los demás adversarios, poco atraen. El Atlético de Madrid, el Sevilla y el Betis penarán en Segunda. El Deportivo, que a mí (a mí, insisto, cuestión de gustos) me aburrió sobremanera la pasada campaña, tiene contratados a cuarenta jugadores, lo cual los hace casi indistinguibles, y en el fútbol es preciso que el contrario sea bien identificable. El Athletic de Bilbao cansa porque en él nada cambia, se va pareciendo a Arzallus. El Valencia no acaba de poder aunque quiera. A

la Real Sociedad la seguirá entrenando Clemente, con ese bostezo está dicho todo.

Pero vayamos a lo que me interesa y es más sintomático en mi caso: en el Real Madrid todo ha sido tan raro como para aguarnos la Octava a los hinchas *merengues*. El anterior presidente, en una decisión alocada cuya herida no le cicatrizará nunca y que acaso lo conduzca a abismos de perdición inimaginables, convocó elecciones cuando nada lo obligaba, seguro de que con el flamante título renovaría su mandato. No fue así, y ahora miramos y vemos a un señor desconocido al que llaman Florentino, flanqueado por dos empresarios tremendos que dicen no tener idea de fútbol. La primera de Florentino ha sido convertir en odiosos y taimados a dos viejos jugadores a los que se quiso en el césped, Amancio y Pirri, y vender con su ayuda a Fernando Redondo, quien, tras no poca vacilación y esfuerzo, se había hecho fundamental y a quien, para mayor bochorno de los florentinos, se acaba de nombrar mejor futbolista de la pasada Copa de Europa, es decir, del continente. Antes de la final de París contra el Valencia, anuncié en otro lugar que vencería el Madrid porque tenía a Redondo, alguien que no se retiraría con menos de lo que obtuvo Beckenbauer, tres Copas de Europa. Confío ahora en equivocarme, porque si no, la tercera se la llevaría con la camiseta del Milán, no con la nuestra. También buscan los taimados deshacerse del buen McManaman, y aun de Guti, pese a que el señor Florentino declaró que su equipo lo compondrían los mejores del mundo (tipo Figo, ya veremos) y la gente de la cantera. Y ahora no hay más que tres verdaderos representantes de ésta, Raúl, Guti y Casillas, que no deben marcharse nunca. He de confesar, con todo, que lo que me parece más preocupante y me trae más pesimismo es que el yate de este nuevo presidente, según he leído en la prensa veraniega, se llame el *Pitina II*, lo cual significa que ya a otro lo bautizó también como *Pitina*… *Pitina*, un barco. ¿Pero ustedes creen? ¿Qué tienes que decir a esto, vecino Reverte, contramaestre, tú que surcas los mares? Es que duele hasta escribirlo.

El Mito

La vieja fama de los españoles como gente algo anárquica y muy individualista, una de dos: o está por los suelos o fue siempre una patraña. Y si alguna vez predominó ese espíritu —es preferible pensar que sí— entonces ha sido villanamente sustituido por uno empresarial, corporativista, antiartístico y aun esclavista, si atendemos a algunos ejemplos notorios: a) un editor deja de publicar a un autor cuando le parece, y nadie lo culpa por ello, mientras que si es el autor quien cambia de sello, le lloverán improperios por muy risibles que sean, ya que se apoyarán en conceptos como «deslealtad» y «codicia», cosas en las que algunos editores gangsteriles están muy puestos, en contra de lo que afirmaba el *culé* Juan Cruz hace poco en este diario; b) un club de fútbol prescinde de un jugador cuando le viene en gana, a menudo tras humillarlo una o dos temporadas, pero si es el futbolista quien se marcha, también aquí aparecerán al instante las chistosas acusaciones de traición y avaricia. Los españoles actuales (y eso que la mayoría trabaja en empresas semidespóticas) no parecen ni preguntarse *por qué* se van a veces los ídolos de los equipos que los maltratan, ningunean o estafan.

Cuando Laudrup visitó el Camp Nou vestido de blanco, hace cinco años, se encontró con pancartas lisonjeras: «Laudrup Judas», «Laudrup escoria», o —la de mejor gusto, ya que lo vinculaba a madridistas muertos en accidente— «Fernando Martín, Petrovic, Juanito: tú eres el siguiente». (No por nada son célebres las vísperas sicilianas y las venganzas catalanas). El pobre y educado danés se sintió tan afectado que no dio pie con bola aquella noche: es una desgracia ser noble cuando vienen mal dadas, y no está uno dispuesto a tirar de navaja ni ante los navajeros.

Ahora le toca a Figo, y en menor grado a Celades, cuyo presente *vikingo* está algo atemperado por su previo y fugaz paso por Vigo, como lo está asimismo el actual *blaugrana* de las camisetas de Alfonso y Dani, ya teñidas antes en Sevilla y en Mallorca, respectivamente. En cuanto a Luis Enrique, los madridistas no lo quisimos nunca, y su aterrizaje en el Barça sólo nos pareció lógico y saludable. Otro amigo *culé*, Eduardo Mendoza (me doy cuenta con preocupación y asombro de que la gente con la que más hablo de fútbol es barcelonista, como los mencionados o Juan Bonilla o Juan Villoro o la editora Carmen López), me contaba ayer mismo de la estupefacción que en sectores de su ciudad había producido mi reciente libro de artículos futbolísticos: muchos allí no se explicaban que alguien a quien no juzgaban enteramente odioso ni despreciable pudiera ser del Madrid, por madrileño que fuese. Si esto es así efectivamente, Figo —que, como Laudrup, no parece mal tipo ni bronco — puede seguir la senda nocturna del Laudrup blanco más que la del Schuster blanco, el alemán tenía peor genio y malas pulgas. Pero para nadie es fácil sentirse un apestado.

En lo estrictamente futbolístico, desde la última visita del Madrid al campo del Barça (la decimosexta o por ahí consecutiva sin que allí ganásemos), ha habido

importantes novedades que nos dan esperanzas: la primera es que ni Roberto Carlos ni nadie tendrá que preocuparse de sujetar a Figo, en el peor de los casos anulado y neutro; la segunda, que por fin ha explotado un gran jugador de cantera, Guti, y ya he comentado en otras ocasiones que en los Madrid-Barça son más decisivos Guardiola, Raúl, Sergi o Casillas que hoy Rivaldo o ayer aquellos poco añorados chicos de cabeza apepinada, Anelka y Ronaldo; la tercera es que, tras la Octava Copa de Europa (segunda en los tres últimos años, y jugando regular tan sólo), es posible que el Real Madrid se siga enfrentando a Más Que Un Club, cosa que inhibe un poco; pero ahora Más Que Un Club, a su vez, se enfrenta a un mito. A El Mito. Y eso, me temo, debe de inhibir más todavía. Que así sea.

¿Qué fue de la fe culé?

Al llegar un Madrid-Barça o viceversa, la gente de mi agencia literaria y la editora de Reino de Redonda, que viven todos en Barcelona y son *culés* irredentos, me mandan una porra para que participe. Por lo general soy el único que da vencedor al Real Madrid, y por eso ando muy escamado en esta ocasión, en que Toni vaticina 3-1, Marta 2-0 y Alberto 5-0 (lo matarán); María Rosa, 2-2, y Roger, 1-1, se atreven con el empate; y sólo Sandra, con 0-1; Laura, con 1-2, y la editora Carme (que aspira a la presidencia de su club), con 2-3, creen en la victoria, pero lejos de los habituales 0-3 o 1-5 de recientes temporadas. Luego leo, aquí mismo, a un Montalbán cansino, escéptico, desentendido. Todo esto me da muy mala espina, porque parece significar que el Barça vuelve a su esencia, la de equipo desconfiado de sus fuerzas, victimista, meditativo, hamletiano. Y aunque durante su interregno triunfalista nos haya ganado unas Ligas, un verdadero madridista sabe que ese equipo es más temible cuando no se espera de él una presumible victoria, sino una heroicidad contra pronóstico: ganar en Chamartín al vigente Campeón de Europa, y a Figo, y a Valdano y Butragueño, y a Raúl y Roberto Carlos, con cien mil espectadores clamando venganza por lo ocurrido en la primera vuelta. Qué más quieren, lo tienen todo a favor para buscar la proeza.

Por eso, lo peor que podría hacer la hinchada *merengue* es ensañarse con el Barça. Lo mejor para nuestros colores sería seguir la astuta consigna que, con escasa esperanza, alguien ha propuesto: recibir a los azulgrana en silencio, sin insultos ni malas palabras, hasta con cortesía. Ah, cundiría tal desconcierto entre los gladiadores rivales que casi ni se acercarían a Casillas. Los escritores lo sabemos bien: nada desarma tanto a quienes nos pinchan que encontrar, en vez de la polémica ansiada, la callada por respuesta. El Barça sólo es feliz si se siente odiado en Chamartín. Y al pobre Gaspart le han prohibido suscitar el odio.

Se piensa que este partido es para los madridistas mencionados, sobre todo para Figo. Yo lo temo hoy un poco: va a estar dolido. Para quienes yo veo este partido —y perdóneseme la extravagancia— es para McManaman y para Solari. Porque este último, pese a su breve paso por el Atlético, es, con Guti, uno de los futbolistas con más aroma madridista, en juego y en espíritu, desde hace lustros. Me llamó la atención, cuando aún era rojiblanco, que se asombrara de que hoy hubiera en España muchos jugadores que no se divertían con su profesión y que además desconocían a sus predecesores, carentes de sentido histórico y de ídolos. En el Madrid ha figurado poco, pero en Roma le he visto marcar un gran gol y hacer la jugada más audaz e imaginativa de la temporada. Espero que no lo traspasen: en otros equipos sería bueno, en el Madrid podría llegar a genial. Y, si mal no recuerdo, procedía del River Plate, que es el Madrid de Buenos Aires y donde se forjó Di Stéfano. Saquen a Solari; denle caviar y matasuegras *blaugranas* a Gaspart en el palco; reciban al Barça mudos; respeten a Luis Enrique. Es posible que así yo gane la porra, con mi 3-2 vaticinado.

El ansioso y el ambicioso

Por estas fechas, hará un año, anuncié aquí con chulería y temeridad que el Madrid, mi equipo del alma, ganaría sin duda la Final de la Copa de Europa al Valencia. Corrí un buen riesgo, me disculpé por adelantado con los valencianos y quedé como temible profeta tras el rotundo 3-0 de Morientes, McManaman y Raúl. Esta temporada el Madrid fue eliminado (parece que nos van mejor los años pares), y no juzgué oportuno aventurarme a pronósticos ni vaticinios sobre el duelo Bayern Múnich-Valencia, habría sido una intromisión. Pero ahora que todo ha acabado mal, y que la depresión puede adueñarse del Valencia y sus aficionados —estas derrotas duelen psicológicamente y cuesta recuperarse, se lo asegura quien bien las conoce, recuérdese que los madridistas atravesamos treinta años de sequía antes de la Séptima y la Octava—, algo quiero comentar, aunque sea a toro pasado.

Yo temía por el Valencia. En el fútbol no hay justicia, pero sí algunas leyes extrañas, subterráneas si no clandestinas, con tendencia a cumplirse. Y así como en el 2000 el Madrid —pese a su paupérrima Liga— había dejado en la cuneta a los finalistas del 99, el Manchester y el Bayern, en el 2001 este último había hecho lo propio con los dos más recientes campeones, el Manchester y el Madrid. Esa clase de factor, debido en parte al azar de un sorteo, contribuye a que quien haya vencido a sus predecesores se sienta justo heredero de ellos y con más «derecho» que nadie a ocupar el trono de los que él mismo ha depuesto. El Valencia, en cambio, había eliminado a dos «secundarios», el Arsenal y el Leeds, antes de la Final. Además el Bayern poseía ya tres Copas de Europa, que, si bien lejanas (veinticinco temporadas desde la tercera), le conferían la certeza de que para ellos el título era alcanzable, no así para el Valencia, que no contaba con ninguna. Pero lo principal en su contra no era esto, sino que el actual equipo, cuya eficacia nadie pone en duda, carece de jugadores voraces, tras haber perdido a Claudio López. Una final no es un partido más. En ellas intervienen, tanto o más que el buen juego, el carácter y la ambición. Cuando las cosas se tuercen, los aficionados empezamos a buscar con desesperación a las individualidades, no sólo porque sean capaces de inventar un gol donde no podía haberlo, sino por la resistencia de algunas a perder y su tenacidad por ganar. En el Madrid miramos entonces a Raúl, a Roberto Carlos y a Figo, como el año pasado a Redondo y antaño a Di Stéfano, el cual detestaba, como es sabido, perder hasta al dominó. En esas circunstancias de nada nos sirven un Makelele, un Morientes, ni siquiera un Hierro, por buenos y eficaces que sean en general. Les falta voracidad.

En el Valencia sólo hay un futbolista que posea *algo* de eso, insuficientemente, y es Mendieta, demasiado educado y con excesivo buen carácter para esa clase de proezas. ¿Y Cañizares? Ay, ese es su mayor inconveniente, y nunca debe confundirse a un ambicioso con un ansioso, éstos resultan un lastre fatídico. Ese portero no por nada se forjó en el Madrid y por dos veces salió de este club sin triunfar ni apenas participar. No importa que sus facultades sean innegables, ni que sea el guardameta

menos goleado esta temporada, porque nada de eso basta en una final. En estos partidos el portero tiene que imponer respeto, no en el sentido de amedrentar ni siquiera en el de mandar, sino que ha de ser una figura respetable en sí misma. Y el contrario advierte en seguida si enfrente tiene a un ambicioso fuerte o a un débil ansioso. Cañizares no es respetable, como quedó clarísimo, por si había dudas, en su inaceptable comportamiento a la conclusión. ¿Cómo podría nadie respetar a quien sin pudor alguno se pone a dar gritos, a llorar magdalénicamente y a deambular por el césped con una toalla en el rostro como si fuera Vincent Price con la cara quemada en *Los crímenes del Museo de Cera*, o más bien —cualquier otra semejanza con el gran Price sería ofender a éste— aquel blando y llorón actor italiano, Rossano Brazzi, que se cargaba las películas en que intervenía? Aquella falta de contención algo falsa —por histriónica— no inspiraba lástima, sino vergüenza, frente a la sobriedad triste de Mendieta, Carew o Pellegrino, dignos en su derrota. Y fue entonces cuando comprendí cabalmente por qué habían perdido: no porque Cañizares no parara lo bastante, ni porque sus compañeros no chutaran a puerta en ciento veinte minutos. Fue porque en el fútbol hay cierta justicia poética, o estética si se prefiere, y no es campeón un equipo cuya figura emblemática desconoce la dignidad. Fíjense en Kahn, el portero del Bayern: es fiero, feo, algo chulo y no resulta simpático, pero es ambicioso, e inimaginable en un papelón como el de Cañizares entoallado y plañidero. Es más: mientras los compañeros de éste —que se lo conocerán— pasaban de él, Kahn se acercó a consolarlo, generoso e ingenuo. Sin resultado, porque lo del portero teñido duró, no lo olviden, interminables, agotadores minutos que nos hicieron cambiar de canal antes de tiempo para cortar nuestro rubor. E imagínense que la hubiera montado igual vistiendo la camiseta de la Selección: muchos estaríamos renunciando al pasaporte, ya lo creo que sí.

El mal del bien parecido

Siempre se dice —en verdad un lugar común— que los guapos tienen hecha ya media carrera solamente por serlo; que nacer bien parecido es hoy, en que tanta importancia se da a la imagen, una bendición mayor que llegar al mundo con voluntad, tenacidad o inteligencia. La desaforada entrega actual de las poblaciones a las prácticas quirúrgicas o inoculadoras o directamente inyectadoras de embellecimiento (supuesto, muy supuesto) parecería confirmar esta popular creencia. Pero lo cierto es que a ese tópico habría que añadirle una reserva, y no de índole menor: puede que los guapos tengan ya hecha media carrera… según a qué se dediquen, según qué carrera elijan. Y esto es así para las mujeres (cuántas no se han quejado de tener que vencer aquel otro tópico o prejuicio, de que las guapas suelen ser tontas), pero aún más para los varones agraciados. Sin duda serlo habrá beneficiado o ayudado a Brad Pitt en el cine, o a Ricky Martin en la canción, o a tantísimos modelos en su profesión. Pero ¿se imaginan por un instante que Pitt o Martin, Clooney o Bon Jovi se hubieran dedicado a la ciencia, al fútbol o a la literatura, por mencionar tres actividades entre las decenas posibles? Pues seguro que, lejos de tener hecha ya media carrera, sus respectivos aspectos los habrían obligado a esforzarse el triple para ser tomados en serio y recibir reconocimiento.

Hace poco me lo recordaba el escritor Cabrera Infante, hablando de lo interesante escritor que era un joven argentino, Gonzalo Garcés, ganador de un Premio Biblioteca Breve: «El pobre es demasiado bien parecido», dijo, «para que el mundo literario se lo perdone. Que alguien prometa talento, ya cuesta en general reconocerlo; pero si ese alguien es además bien parecido, entonces lo tiene casi imposible en las letras». El de ese joven autor no es sin duda el primer caso: en nuestro país le ocurrió a Félix de Azúa en su juventud, y yo lo recuerdo desesperado cuando las chicas se le acercaban a admirarlo rendidas, y él exclamaba: «Lo que quiero es que me lean. Por favor, leed lo que escribo». Hubo de dejar la poesía y escribir mucho sesudo ensayo, envejecer un poco y mostrarse cáustico e impertinente en público para que se le hiciera verdadero caso. Sólo lo consiguió a medias el pobre Bruce Chatwin en Inglaterra, mientras vivió. Tuvo que desaparecer largas temporadas en los viajes exóticos de que se nutrían sus libros, crearse fama de excéntrico calamitoso y de homosexual dudoso, y por fin morirse (ay, no lo bastante viejo y ajado), para que se le otorgara el lugar literario que merecía. Eso por no remontarnos más atrás en el pasado.

Ahora veo que al pobre Guti, futbolista del Real Madrid desde su más tierna infancia, le ocurre algo semejante. Porque si no no se explica que una hinchada entendida y exigente como la madridista le tenga tanta tirria y no le perdone un fallo a uno de los jugadores de mayor talento del último decenio. Pese a no haber gozado nunca (para mí incomprensiblemente) de continuidad en las alineaciones titulares, se ha convertido en uno de los destacados. Al principio, cuando era imberbe, llevaba el

pelo largo (se negó a cortárselo), parecía algo alfeñique (se ha hecho más fuerte), tuvo devaneos, o eso se dijo, con la actriz Bibi Andersen —hoy, creo, Bibiana Fernández— (luego se ha casado y es padre), se ganó fama de quejica y poco sacrificado en el campo (hoy es sin duda ambicioso). La temporada pasada, sin ir más lejos, se lo colocó de delantero, en el territorio donde se reciben más patadas, y sólo en la Liga metió catorce goles y dio a sus compañeros unos cuantos. Algunos de esos goles fueron de los más hermosos y a la vez contundentes del campeonato. Al Milán le hizo tres en su estadio, en un amistoso, y este equipo quiso ficharlo. Él, con buen criterio, desoyó los cantos *berlusconzoni*, renunciando a una millonada. A mi juicio posee más clase que la mayoría de sus colegas; y visión de juego, inteligencia, inventiva y elegancia, además de gol, todas virtudes que los *merengues* siempre hemos apreciado. Quizá, al igual que otro bien parecido de los años sesenta al que en más de un detalle me recuerda, el excelente interior izquierdo Velázquez, no es del todo constante y «tiene días». Lo cual se consiente a un pianista, a un torero y hasta a Cervantes, pero malamente a un futbolista: quizá lo que le falta al deporte para poder ser del todo arte. También exhibe Guti una altivez muy madrileña, la cual, por tanto, sería lógico que le ganara animadversiones en todos los campos de España, pero no en Chamartín, donde más se la demuestran (quizá esté invadido hoy por forasteros provinciales) y donde eso debería hacer gracia y estimarse. Así que, más allá de análisis estrictamente futbolísticos y aun caracteriológicos, mucho me temo que Guti padece, en parte, el mal de los bien parecidos cuando no eligen la profesión adecuada y optan por alguna de las que por lo visto requieren rudeza de rasgos, o apolillamiento físico, o manifiesta falta de garbo. Por ejemplo, la ciencia, la literatura, el fútbol.

La Novena de los Incomprendidos

Aunque sea por elevación, los madridistas somos unos incomprendidos, y también unos solitarios. Nadie nos tendrá nunca lástima, ni desde luego simpatía. Como además nos prohibimos quejarnos de los errores arbitrales, no hay consuelo en nuestras derrotas, que son celebradas por el ancho mundo y jamás son cuestionadas. Cuando el Madrid pierde, no sólo la alegría cunde, sino que el consenso es total sobre lo justo del resultado.

Esta temporada llevamos ya dos fracasos a las espaldas, subrayados y magnificados por ser el año del centenario y haber vestido Zidane de blanco. Cualquier otro equipo estaría hecho un flan y deprimido. Sus respectivas hinchadas estarían furiosas o maldiciendo a los hados. A los *merengues* verdaderos, en cambio, todo eso nos trae sin cuidado. No es que no hubiéramos preferido ganar la Copa y la Liga, claro está, pero no nos altera su vuelo lejano. Tampoco objetamos nada: el Deportivo ganó bien el primer torneo y el segundo lo ha jugado mal el Madrid de cabo a rabo (frente a tanto elogio, a mí me ha gustado poco el campeón Valencia: un equipo especulativo y durísimo, siempre al límite del reglamento y a menudo traspasándolo; pero felicidades). A la vista de lo que viene ahora, todo eso son trofeos de consolación, menores. Vale la pena perderlos si a cambio llega la Novena Copa de Europa en nuestra duodécima final disputada.

Por eso los madridistas tuvimos la impresión de que el Madrid penaba a lo largo de treinta y dos años, los transcurridos entre la obtención de la Sexta, ante el Partizán, y la Séptima, ante la Juventus. Ya pudo haber Ligas y Copas, un extraordinario juego en la época de Butragueño y Míchel y Hugo (lo olvidamos todo pronto), estelas como las de Netzer y Laudrup y fulgurantes fantasmas como el de Cunningham. Todo eso era resignación, decadencia, nostalgia, elegantes batines pero batines al fin y al cabo, sólo para andar por casa. Esto no lo comprenden los demás equipos y menos aún sus hinchas, que se vuelven locos por ganar una Liga en treinta años. Tampoco pueden entender que las sanguinarias «rivalidades eternas» del Madrid con el Atleti o el Barça nos sepan sólo a cerveza en comparación con el fuerte vino que ingerimos —y este año nos emborrachamos— cuando enfrente está el Bayern Múnich, con el que sí hay verdadero agravio. O con el que nos beberemos cuando nos toque el Milán de nuevo, el único que en la pasada década nos despedazó de veras, y sin que rechistáramos, literalmente perdida el habla. Hasta los sesteantes Benfica e Inter nos encorajinan más —pido disculpas— que el Deportivo y el Valencia.

Durante los años de predominio del Milán de Sacchi, y admirando mucho su juego, deseábamos su derrota en sus finales europeas por temor a que nos superara también en la historia. Llegó a tener cinco Copas de Europa cuando el Madrid seguía estancado en seis, y juro que cuando obtuvo la última, 4-0 frente al Barcelona, apoyé ante el televisor al equipo de Cruyff, si no con toda, sí con mi media alma. ¿Quién en nuestro país puede entendernos? Con la excepción del Barça, todos los demás

suspiran por inscribir su nombre en el palmarés por vez primera… y equipararse así con el Celtic Glasgow, el Aston Villa, el Hamburgo, el Steaua Bucarest, el Estrella Roja, el Borussia Dortmund y el Olympique de Marsella, entre otros. Tampoco es para tirar cohetes. Así que si el Madrid no gana a ese Bayer Leverkusen tan *outsider*, entonces sí, nos deprimiremos y nos acordaremos con rabia de los trofeos de consolación que hoy no lloramos.

A mí no me cabe duda de que la Novena ronda ya por Chamartín. Habría preferido a Casillas en la portería (no hay con César menos goles). Pero sobre el legendario Hampden Park estarán Zidane y Figo, que nunca han ganado ese trofeo de exultación, y son ambiciosos; y Solari, que por venir del River Plate es el que mejor hoy entiende el espíritu de San Di Stéfano; y acaso McManaman, que en partidos así se transforma y hasta mete goles; y tal vez Guti y Raúl sin duda, tan madrileños que garantizan la continuidad de la historia por impregnación, y no por mero aprendizaje. Sé que este artículo equivale a los ánimos que los hinchas envían, y que a veces de nada sirven. Yo apuesto doble contra sencillo —sin Copa ni Liga, en eso estamos— a que en esta ocasión sí sirven. O acaso es más bien que a mí sí me hacen falta.

Caído del cielo

Entre los goles admirables, los hay buenos, los hay grandes, los hay maravillosos y los hay sobrenaturales. Estos últimos siempre tienen algo, o mucho, de azaroso, de improvisado, de inesperado. Nunca será de esta categoría uno a balón parado. Tampoco los habrá así cuando sean intencionados, es decir, cuando la jugada vaya encaminada a buscar el gol desde su inicio o, digamos, cuando a más de un jugador, de los que intervienen en ella, se le pase por la cabeza que puede acabar en la red su toque o su pared o su pase. Los goles sobrenaturales tienen algo de gratuito, de impensable, de regalo. No en el sentido bajo en que se habla de un regalo del equipo rival, de un fallo o una pifia suya, sino en otro más noble de la palabra: tienen algo de regalo caído del cielo.

El gol de Zidane fue maravilloso porque tuvo lugar en una final de la Copa de Europa, porque fue el de la victoria a la postre, porque encerró dificultad y belleza enormes, porque lo metió un astro y no un secundario. Pero no habría sido sobrenatural, con todo, de no haber sido inesperado para todo el mundo, incluido Zidane hasta casi el último instante. El Madrid sacó un fuera de juego en su campo. Desde ese saque hasta la volea final (incluidos ambos) hubo catorce toques de madridistas, la mayoría destinados a conservar el balón, del que habían disfrutado poco durante la primera parte que ya concluía. Los locutores de televisión españoles hablaban de sus cosas, no atendían a esa circulación de la pelota, no la narraban. Míchel (más entendido y listo que su soporífero compañero, siempre en Babia) se fijó en un pase de Solari. «Muy bueno», comentó distraído. Ese pase era el primero intencionado, pero no hacia el gol, sino hacia la profundidad tan sólo. Corrió Roberto Carlos, pilló el balón con apuros, lo impulsó sin pararlo hacia el centro del área, a ver qué salía, casi de espaldas, más preocupado por no perderlo ante el defensa que lo encimaba que por entregárselo en condiciones a nadie. Su toque volvió a no ser intencionado. El balón subió mucho, un globo, un despeje atacante casi. A nadie se le ocurrió todavía que eso pudiera acabar en gol. No al portero ni a los defensas del Leverkusen, a los que no dio tiempo a alarmarse. Pero tampoco a Roberto Carlos, ni a Zidane siquiera. Éste no buscó el balón, como se ha dicho, ni fue a colocarse donde previó que iba a caer. No, rondaba por el borde del área, y mientras el despeje-globo subió y subió, muy alto, aún no tuvo en su mente la idea del gol. ¿Cuándo le vino? ¿Cuándo se hizo aquello por fin intencionado? Exactamente cuando el balón dejó de elevarse y no empezó a caer todavía. Fue entonces cuando Zidane, que sabe de gravedad y ligereza, entendió que ya no haría más recorrido en el aire que el vertical hacia abajo. Y vio que caería justo donde él estaba. Sólo entonces se le ocurrió, sólo entonces lo decidió, si es que este último verbo puede aplicarse a lo que jamás fue meditado. Ni por los jugadores alemanes ni por los madridistas. Sólo entonces Zidane comprendió la naturaleza azarosa, improvisada, inesperada de aquel balón: era sobrenatural, un regalo caído del cielo. El resto lo puso él. Él parece también a veces

caído del cielo. Por eso supo reconocerlo, y hacerlo carne, y luego verbo.

Los nuevos Picapiedra

Cuando ustedes lean esto se llevará disputada la mitad del Mundial de Fútbol que se celebra en Corea y Japón, y en el que interviene España. Se habrán jugado cincuenta partidos y quedarán otros quince, los más decisivos. De esos cincuenta, los aficionados que no estén abonados a la plataforma de pago Vía Digital, creada en gran medida con el dinero que la Telefónica nos ha cobrado a todos irremediablemente durante décadas, habrán podido ver sólo cuatro o cinco. De los restantes verán cinco o seis. A estas alturas, ningún futbolero sin Vía Digital (bien auspiciada por el Gobierno de Aznar) tendrá idea de cómo juegan Brasil, Italia, Alemania, Inglaterra, Argentina, Portugal o Rusia. De hecho habrá contemplado tan sólo a España, tres veces; una a Francia, una a Senegal, una a Eslovenia, una a Paraguay y una a Sudáfrica. Enormes potencias las últimas cuatro, tanto que tres de ellas no habían participado nunca en un Mundial. Y a todas estas selecciones el espectador las habrá admirado —ojo, la española incluida— no en la televisión estatal, que pagamos todos, ni en ninguna de las numerosas autonómicas que también se financian con nuestros impuestos, sino —ojo— en una cadena privada, Antena 3.

Ya sé que el fútbol, por mucho que apasione en nuestro país, a numerosísimos ciudadanos les es indiferente o les revienta sin más. Pero lo cierto es que un Mundial se disputa sólo una vez cada cuatro años, y que es el campeonato más importante de todos según acuerdo universal. Los países se pelean por organizarlo, y no escatiman esfuerzos por lograr que sus respectivos equipos alcancen esta fase final. Su repercusión es inmensa, y a escala casi planetaria. Y lo cierto es también que hasta esta edición las televisiones públicas ofrecían el acontecimiento, sin que eso supusiera, además, la supresión del resto de la programación habitual, ya que, por un lado, la mayoría de los encuentros se retransmitían por la minoritaria segunda cadena, y, por otro, a menudo los horarios eran tan estrafalarios (hace ocho años había seis horas de diferencia con la sede; este año es de siete) que rara vez se perjudicaba al santificado *prime time*.

¿Qué ha pasado este año para que así ayunemos los aficionados? No entiendo mucho de altas operaciones financieras, pero si no me equivoco la cosa ha ido así: a) Vía Digital adquiere hace tiempo los derechos del Mundial. b) No tanto con la idea de ofrecérselo en exclusiva a sus abonados cuanto de subarrendar esos derechos a una televisión en abierto y hacer con ello un estupendo negocio (algo lícito, pero llamado especulación). c) Llegado el momento, TVE, principal candidata a la «recompra», dice no poder pagar lo que le pide Vía Digital. d) Ésta no baja el precio o no lo bastante. e) TVE hace una última tentativa, pero, dada su monstruosa deuda, Hacienda se la prohíbe. f) Antena 3 contrata nueve o diez partidos, entre ellos los de España, por un precio muy alto pero no tan desorbitado como el puesto a la totalidad. g) Vía Digital acaba por hacer un decepcionante negocio, al no subarrendar el paquete completo. h) El nuestro es, según creo, el único país de la Unión Europea en

el que el campeonato no se ve en abierto. i). Lo es en contra de la tradición.

Pero no está de más recordar lo siguiente: j) El primer Gobierno del PP armó un escándalo descomunal con aquello de que el fútbol, sobre todo si jugaba España, era «de interés general» y no podía quedar en manos de una televisión de pago. k) Su demagogia quedó entonces patente, ahora su cinismo también. l) TVE acumula una deuda inimaginable para usted y para mí, que cada año se incrementa a lo bestia y que no dejará de hacerlo este año por haberse ahorrado el Mundial. m) Eso sucede pese a que TVE está sufragada por todos nosotros y *también* por sus interminables siglos de publicidad. n) Hay que deducir que la suya es y ha sido siempre una pésima gestión. ñ) A título de ejemplo reciente, TVE renunció de antemano a la explotación de los discos que pudiera originar la exitosa «Operación Triunfo», y quién no está enterado de que dichos discos han vendido millones, sin que la patrocinadora del invento, TVE, haya sacado tajada de semejante pastel. o) Que yo sepa, nadie ha dimitido ni ha sido destituido por tamañas pifia e imprevisión. p) El fútbol no interesa a todos, pero aún interesan a menos, sin duda, programas tan sonrojantes y rancios como el kilométrico «Cine de barrio» (los mayores bodrios del cine español mezclados con charletas entre un cursi azucarillo barbado y un pianista enloquecido) o la inenarrable «Noche de fiesta» sabatina, en la que se alternan caricatos inverosímilmente zafios y sin gracia alguna con números musicales de la prehistoria. q) Y todo eso también lo pagamos usted y yo, aunque no lo veamos jamás.

Corolario de las series a-h, i-q: todos los responsables de TVE, con los señores Aznar y González Ferrari a la cabeza, deberían ser puestos a picar piedra. Luego nos podrían televisar sus esfuerzos en la cantera, aunque sólo fuera como nueva y adecuadamente prehistórica versión de «Los Picapiedra». Seguro que por lo menos el programa-piloto obtenía una inmejorable audiencia, y nos reducía así un poco esa monstruosa e inexplicable deuda.

El estrabismo de los semidioses

Desde hace un mes o así, es mucha la gente que me va soltando: «Qué, estarás contento». La suposición no hace referencia a ninguna ventura personal ni literaria, sino a mi condición de madridista veterano y confeso y al fichaje del brasileño Ronaldo por parte del club de mis infantiles, adolescentes, juveniles y maduros amores, no hay fidelidad en la vida tan resistente como la futbolera. Mi respuesta es tibia invariablemente: «No te creas, casi habría preferido que no, no me hace muy feliz ese jugador». La expresión de incredulidad de mis interlocutores sólo la calibrarán los no aficionados si aclaro ahora mismo que Ronaldo está considerado como uno de los cuatro o cinco mejores futbolistas del mundo y que hace pocos años, antes de su racha de lesiones que lo ha mantenido casi inactivo durante los últimos dos o tres en el Inter de Milán, se lo juzgaba, tan arbitraria como universalmente, el mejor de todos y se lo empezaba a poner a la altura del Cuarteto Oficial de Genios en la historia de este deporte, a saber: Di Stéfano, Pelé, Cruyff y Maradona.

Debo decir que la equiparación de este último con los otros tres me pareció siempre excesiva. Sin duda Maradona era extraordinario, probablemente más habilidoso o malabarista que ellos. Pero para estar a su nivel le faltó, en mi opinión, algo básico: la inteligencia abarcadora. Era muy listo, muy vivo, rápido de pensamiento y de ejecución en el campo, pero, por así decir, con él tuve la impresión de que su cabeza «sólo» funcionaba allí, a ras de hierba. No me refiero a que sus opiniones o actos vestido de paisano, en su vida «civil», dejaran que desear, eso es lo de menos en un futbolista, o lo puede ser. Es más bien que, a diferencia de Di Stéfano, Pelé y Cruyff, carecía de la capacidad milagrosa para estar *a la vez* a ras de hierba y suspendido en el aire, contemplando cada partido desde arriba en su totalidad. Era como si esos tres fueran a la vez actores y dramaturgo de una representación, intérpretes y compositor de una partitura musical, personajes y autor de una novela, estrellas y director de una película, a la manera de Chaplin o de Orson Welles. Y a Ronaldo, desde luego, no se le ha visto hasta ahora el menor atisbo de este don, llamémoslo de poseer un ojo humano y otro divino, uno interior y otro exterior, un magnífico estrabismo. (Sí lo tuvieron, por cierto, otros jugadores legendarios pero no tanto como el Cuarteto: Beckenbauer, Matthews, Charlton, Netzer, Suárez, Babington, Zidane. Su menor capacidad interpretativa, no obstante —su menor habilidad—, no les permitió entrar en comparación con los Genios).

Mi mayor reparo a Ronaldo en el Madrid se basa, con todo, en el olfato o la intuición (ojalá me fallen esta vez). *A priori* no me parece «propio» del Real Madrid. Hay jugadores que uno ve adecuados a un equipo y no a otro, independientemente de su calidad. Tal vez sea una cuestión de carácter o incluso de estética, algo sutil, dictado por la costumbre y la tradición, muy difícil de explicar. Recurriré de nuevo, para intentarlo, al símil cinematográfico. A mí me encanta el *western* y adoro a Cary Grant, pero algo habría visto de inadecuado en este actor a caballo y con sombrero y

rifle, protagonizando *Centauros del desierto* o *Río Bravo*. Y a la inversa: admiro las comedias de Cukor y Hawks y casi todo Hitchcock, y considero a John Wayne, pese a los tontos simplones que asocian su nombre con el de un mero matón, uno de los mejores actores de la historia del cine. Pero su protagonismo hipotético podría haber arruinado *La fiera de mi niña* o *Encadenados*. Pues algo semejante ocurre con los equipos y sus futbolistas: Butragueño, Laudrup o Zidane «eran» del Madrid antes de vestir de blanco por primera vez, mientras que aquel extremo Juanito «era» totalmente del Atlético de Madrid (del que nunca debió salir), por mucho que los analfabetos *ultras sur* aún coreen a menudo su nombre en Chamartín.

Nada es imposible, con todo. En realidad Ronaldo —si le deja su maltrecha y preocupante rodilla— va a empezar a jugar *en serio* en Madrid. Puede sonar absurdo decir esto de quien, sin ir más lejos, acaba de proclamarse campeón mundial con Brasil. Y sin embargo, en ese equipo se le exige poco. ¿Poco?, se escandalizarán algunos. ¿En un país para el que ser sólo subcampeón es tragedia nacional? No tiene que ver. Los aficionados, la *torcida*, lo exigen todo. Pero quienes van a obligar de veras a Ronaldo en el Madrid son sus compañeros más inteligentes a día de hoy: Zidane, Raúl, Figo, Guti, Solari, Hierro quizá. Ninguno posee las facultades de Ronaldo, su fuerza ni su afán de gol; de acuerdo. Pero todos ellos lo superan en su bendito estrabismo, el que les permite que un ojo esté a ras de hierba y el otro colgado del cielo como si fuera el de Dios. Si Ronaldo no quiere ser desdeñado y aprende de ellos, tal vez un día resulte admisible su comparación con el Gran Cuarteto. Si no, deberá conformarse con ser un Romario más alto, más pelado y con más zancada. No sería poco, pero ya ven: admirándolo mucho, tampoco habría yo visto a Romario favorecido nunca por la camiseta blanca. Habría sido como Groucho Marx en *Murieron con las botas puestas* o *El Capitán Blood*, cómo decir: disfrazado imposiblemente con la sonrisa de Errol Flynn.

Ronaldo y Beckham y la verosimilitud

Estoy preocupado, y no es para menos. No descarto que se tratara de un brote psicótico que a saber adónde me lleva, como me diagnosticó un amigo *colchonero*, Eduardo Calvo, cuando le relaté mi terrible experiencia de la penúltima jornada de Liga; añadió además con seguridad: «Eso a mí jamás me habría pasado, con mi Atlético de Madrid». Lo que me sucedió fue lo siguiente: el Real Madrid jugaba precisamente contra el Atleti en el campo de éste, e iba ganando 0-3. El otro candidato al título, la Real Sociedad, se enfrentaba en Vigo al Celta, y sólo si perdía allí teníamos los madridistas posibilidad de ser campeones en la jornada postrera. La Real iba en desventaja, 2-0, y yo veía el partido de mi equipo por la televisión. De pronto se anunció que la Real había marcado, se ponía 2-1 y quedaba una media hora para el final. Con el otro choque ya resuelto a «nuestro» favor, cambié de cadena y me puse a ver el del equipo rival. Y al cabo de unos minutos, me descubrí con estupefacción y terror animando interiormente al enemigo, es decir, a la Real; deseando que empatara en Vigo (por suerte no pude comprobar si también la habría alentado a ganar, algo fatídico para las aspiraciones del Madrid), y pensando: «Venga, ánimo, Real».

Quienes no estén enterados deben saber que no soy un aficionado cualquiera, sino que, según cierta prensa, entre los escritores yo sería al Madrid lo que Vázquez Montalbán al Barça: hasta «ideólogo del madridismo» he llegado a ser llamado, con mucha pompa, alguna vez. Ustedes dirán si no era para alarmarme. Téngase en cuenta, además, que mi transformación en Mr Hyde se producía *antes* de la salida de Del Bosque y Hierro y del fichaje de Beckham, a raíz de todo lo cual algún *merengue* irredento, como el librero Antonio Méndez, ha devuelto su carnet de socio tras veinte años de militancia activa (y también el de su hijo, quien mucho me temo que nunca se lo perdonará). Intenté analizarla, razonarla, mi espantosa escisión: ¿mi tradicional simpatía por la Real Sociedad y por su ciudad, San Sebastián? ¿La gran temporada que había hecho, contra pronóstico? ¿La tendencia a animar a los modestos, y al equipo que ataca buscando un empate, en casi cualquier partido? Pero claro, ese *casi* excluye aquellos en los que el meritorio ataque perjudique al Real Madrid. «Será por Ronaldo», pensé por fin, que ahora mete la mayoría de «nuestros» goles y yo no los veo tan «nuestros». Con él me ocurre algo muy raro: no acabo de creérmelo como jugador del Madrid. Tengo la sensación de que es como el árbitro, sólo que interviene en el juego; de que no pertenece al equipo, aunque tampoco al contrario, claro está. Para mí es como si estuviera de invitado en el campo. Corretea cerca del área rival, y existe la convención aceptada por todos de que, si pilla un balón y lo envía a la red, ese gol se le anota al Madrid (que no en balde le paga), aunque no sea del Madrid enteramente, sino sólo resultado de esa convención pactada. Espero superar esta anómala sensación en temporadas futuras, o si no voy listo.

No sé. En alguna ocasión he escrito que, del mismo modo que no todo gran actor

vale para cualquier papel, hay grandes futbolistas que no «pegan» en según qué equipos, porque cada uno de éstos tiene su historia, su estilo, su sentimentalidad, contra los que no siempre se puede ir. Ronaldo en el Madrid es hoy para mí como Robert Mitchum en el papel de Jack Lemmon en *El apartamento*, o Lemmon en el de Mitchum en *El cabo del terror*: un despropósito, algo falto de verosimilitud. Y en cambio Beckham, con todo lo que se clama en su contra, me parece un *merengue* de lo más plausible. Muchos serían los motivos, pero por cuestión de espacio recordaré sólo uno: hace tres años su equipo, el Manchester United, perdía 0-3 en Old Trafford ante el Madrid: una catástrofe, una humillación. Entonces Beckham agarró un balón, se inventó una jugada y marcó un gran gol, sólo por pundonor. En los últimos años sólo le he visto hacer lo mismo, crear un gol desde la rabia, a Raúl, justo después de que se le hubiera anulado uno legal frente al Deportivo. Pese a su archihorterismo ambiental, a Beckham no debería subestimárselo nunca como jugador. Aunque, puestos a fichar del Manchester, aún me habría gustado más el galés Ryan Giggs.

No sé qué será de mí, tras aquel brote psicótico. La fea e injusta salida del inteligentísimo Del Bosque me ha causado indignación. La de Hierro me ha sentado mal, sobre todo por las formas, un repelente e impropio autoritarismo empresarial. He visto a Valdano decir cosas que no pensaba. Y si al final se va Guti, mi cabreo será descomunal. Pero de equipo es *casi* imposible cambiar. Quién sabe si el «intruso» Beckham no acabará, paradójicamente, ayudándome a superar esta crisis de identidad, a poco que en Chamartín se comporte como aquella noche ya lejana de Old Trafford, vestido entonces de rojo contra el blanco que ahora va a defender, como mínimo con verosimilitud.

En la lealtad mayor

En persona estuvimos juntos sólo una vez, hace ya muchos años. El mismo chófer nos recogía en el aeropuerto de Asturias (él llegaba de Barcelona; yo, de Madrid) para trasladarnos a Verines a una reunión de escritores. Nada más subir al coche sacó un auricular y se lo colocó en un oído. «Es para seguir el fútbol», fue toda su explicación. Debía de ser un miércoles y se disputaban partidos de Copa, poco importantes aún. «Ah, ¿y cómo va el Madrid?», aproveché para averiguar. «Pierde 1-0 con el Sporting». Me fue imposible no preguntarme si le caía mal. No tenía motivos para pensarlo, aunque tampoco —desde luego— que le cayera bien, y de hecho no puedo evitar preguntarme ahora si le habría hecho la menor gracia que yo escribiera nada sobre él en un día como hoy, en contra de lo que ha creído *El País*. Futbolero como soy, respeté su casi total mudez de hora y pico de viaje, no me empeñé en darle conversación. Al fin y al cabo, pensé, yo haría lo mismo, seguir los partidos si tuviera valor. Así que aquel trayecto transcurrió en un silencio que, sin embargo, no me fue embarazoso. Y quise creer que quizá mal no le caía, a la postre, cuando al cabo de un buen rato me dirigió la palabra de nuevo para comunicarme algo que a él no le alegraría, pero a mí sí. «Ha empatado el Madrid», me dijo.

Muchas veces coincidimos, en cambio, en las páginas deportivas de este periódico, y además, formando pareja de contrarios. Él, como representante literario o incluso «ideológico» del Barça; yo, del Madrid, cada vez que nuestros respectivos equipos se enfrentaban a muerte. Creo que en la última ocasión falté yo a la cita, y ahora sé que en las próximas quien faltará seguro será él. Hoy somos muchos los escritores que nos atrevemos a hablar de fútbol sin temer nuestro desprestigio por ello, pero no cabe duda de que Vázquez Montalbán fue el gran pionero y el más audaz, así como el primero en señalar lo que luego tantos hemos repetido: que así como uno cambia de gustos, de pareja, de convicciones, de ideas y aun de ideologías, de lo que nunca cambia es de equipo favorito de fútbol. Curioso que las lealtades mayores sean las que parecen menores. O no tanto: supongo que él sabía, desde su fuerte conciencia política, la importancia que algo tan desdeñado como el fútbol puede tener en la cotidianidad de las personas que poco tienen. Sabía que si tu equipo gana, los problemas reales no desaparecen ni se padecen menos las injusticias. Pero también que si tu equipo pierde, los problemas se aparecen más graves e irresolubles al día siguiente y uno se resiente más de las injusticias. Conocía y aceptaba la dimensión simbólica, y aun supersticiosa, porque ayuda a ir de día en día.

Fue a menudo un *culé* desesperado, ante la ineptitud de los dirigentes o el mal juego del Barça. Pero, pese a sus ocasionales amenazas de dejar de seguir al equipo, o hacerlo sólo de lejos, imagino que sabía que eso no es nunca posible del todo. Como también sabía que el rival más acérrimo, en su caso el Real Madrid, es tan necesario como el aire, en el juego como en la vida, para temerlo, envidiarlo, odiarlo, admirarlo y derrotarlo. Hoy yo sé que perder a un antagonista entristece tanto como perder a un

aliado. Quizá más. Me alegro de que Manuel Vázquez Montalbán viera al menos una vez a su equipo campeón de Europa. Y la próxima vez que eso suceda, estoy seguro de que me acordaré de él y pensaré lo que también pienso y digo ahora en su honor: Visca el Barça.

Más vale no forzar la rabia

El próximo mes de junio se celebrará en Portugal la Eurocopa, y es extraño, pero ni los mayores aficionados al fútbol lo tenemos muy presente ni lo esperamos con impaciencia, pese a ser un Campeonato que se disputa cada cuatro años y el más importante, después del Mundial, para las selecciones nacionales. Por mi parte he de confesar que ni siquiera estoy seguro de qué equipos participan y cuáles se quedaron fuera (¿se clasificó Holanda, por ejemplo? ¿Y la divertida Escocia?), y descubro que me cuesta un poco recordar al campeón vigente. ¿Fue Francia? ¿Tal vez en una final contra Italia en la que ésta ganaba hasta el penúltimo minuto? ¿O eso sucedió hace ocho años, lo cual haría más verosímil mi sensación de lejanía respecto a tal partido? ¿Y qué se hizo de España entonces, amén de que cayera sin duda en cuartos de final como tarde, según su patética costumbre en las citas de primer nivel? ¿Fue entonces cuando Raúl falló un penalty contra Francia, decisivo? No puede hacer sólo cuatro años de eso, y sin embargo serían demasiados el doble, más que nada porque en 1996 sería ese jugador casi menor de edad todavía.

No descarto que tanta confusión se deba a mi pérdida de memoria o a que la acumulación de campeonatos a lo largo de una vida ya no corta dificulte distinguirlos. Pero creo que hay algo más, y tal vez sea el resultado más real y visible de la Unión Europea. De ella se afirma a menudo que se sustenta sobre el vacío, es decir, sobre el dinero, que cada vez vemos menos y se hace más intangible, virtual, hipotético (sé que tengo tanto en el banco o que le pago tanto a Hacienda porque decido creer en los números que se me comunican; pero ni un dinero ni otro pasa nunca por mis manos ni mis ojos lo contemplan, son todas cantidades teóricas, si es que no imaginarias). Sin embargo parece como si la unión se fuera haciendo fuerte de manera silenciosa y soterrada, hasta el punto de que una competición entre europeos se apareciera como cosa aguada, sin las suficientes dosis de animadversión para los aficionados. He recordado más de una vez a aquel sargento que padeció Juan Benet durante su mili y que, según contó éste en memorable artículo, explicaba a los reclutas el patriotismo de manera tan pedestre como quizá convincente: «¿A que cuando veis a un francés os da mucha rabia? Pues eso es el patriotismo», los aleccionaba. No sé si eso le ocurrió nunca a mucha gente en España, pero hoy resulta inimaginable una reacción semejante entre los ciudadanos de ningún país europeo. Bueno, parece que algunos bestias ingleses y turcos se apuñalan a las puertas de sus respectivos estadios, pero es cuanto recuerdo en materia de actuales inquinas y agravios. No sé, hoy es difícil «ir» contra Francia si en ella juega Zidane, aquí adorado casi todos los días del año, y si ni siquiera se pone bajo sus palos el detestado Barthez con sus ridículas mangas cortas y su cara de villano de cómic (una especie de Lex Luthor, archienemigo de Superman o de Batman, no me acuerdo). O contra Inglaterra, cuyo capitán es el voluntarioso y amable Beckham, hoy zarandeado por sus supuestas amantes en cola, de pronto convertido en máquina sexual o chico fácil.

En cuanto a Alemania, la selección más aborrecida por el resto (por ganar mucho y con prepotencia), lo único que puede hacer perdurar la antipatía es que Kahn siga defendiendo su meta, al ser uno de esos porteros chulos a los que gusta ver humillados. Y qué decir de España. Es improbable que le tenga ganas nadie a un equipo cada vez más impersonal, anodino, casi fantasmagórico.

Así las cosas, me doy cuenta de que, si quiere uno apasionarse ante la venidera Eurocopa, no queda otro remedio que desvirtuarla y volver los ojos hacia la política. Siempre he sentido debilidad por Italia, y cuando ganó el Mundial de 1982 en Madrid, salí a la calle a festejar su triunfo (única vez que he hecho algo así en mi vida). Ahora, sin embargo, convertido su lema (*Forza Italia*) en el nombre del partido político-mercantil de Berlusconi —esto es, contaminado—, no me cabe sino desear su derrota y aun su vapuleo, como el del Milán hace poco a los pies del Deportivo. También me ha caído bien tradicionalmente Inglaterra, pero la posible imagen de Blair dando saltos de contento (y quién sabe si la de Bush, por su padrinazgo; quiero decir a lo Corleone) se me hace tan estomagante como la del excantante *confidenziale* Silvio en las mismas: no creo que merezcan ni alegrías menores tras sus gravísimas complicidades en la Guerra de Irak. En cuanto a Rusia, da escalofríos pensar en un éxito que pudiera atribuirse el ya escalofriante Putin. A Francia cuesta quererla, tras haber hecho subcampeón a un racista como Le Pen en sus últimas presidenciales, y Holanda, Austria y Suiza no cesan de promover a candidatos ultraderechistas. Y los países del Este se muestran tan a favor de Bush que, antes que a miembros de la Unión Europea, parecerían aspirar a ser nuevos Estados de los Estados Unidos, tipo Hawai, o tipo Alaska. Así que, tras mejor pensarlo, más vale dejar en el fútbol la política de lado. Porque si a ella atendiéramos, no sé yo si podríamos «ir» con ningún equipo, y en ese deporte nada hay tan aburrido como no «ir» con nadie o «ir» contra todos. Mejor será resignarse a la pérdida del apasionamiento.

El álbum de los cabezudos

A través de un amigo que a su vez pasó el encargo a otro amigo entendido en antiguas colecciones de cromos, he pujado en Internet por la primera que de futbolistas hice en la vida, la llamada popularmente «los cabezudos» de la temporada 1958-59, y que además fue siempre mi favorita, por sus graciosos dibujos, sus vivísimos colores y su originalidad. Ésta consistía en que sólo eran fotografía las cabezas de los jugadores, insertadas hábil y logradamente en cuerpos de caricatura que aparecían en acción, jugando sobre el verde césped, burlando a contrarios que chocaban entre sí tras un regate, o quedaban tendidos en el suelo por culpa de una finta sublime, o se daban contra los postes de las porterías en su frustrado intento de cabecear la pelota que ya obraba segura en poder de los porteros en las viñetas dedicadas a éstos; en las de los defensas se veía al guardameta de su equipo, al fondo, silbando bajo los palos, tranquilo porque el balón lo controlaban Lesmes, Olivella, Irulegui, Pantaleón o Callejo. Todos, así, salían bien parados, cada uno en su cromo, y en los de los futbolistas más famosos incluso se apuntaba alguna característica especial del ídolo: así, en el de Puskas, que chutaba, se veía a los defensas rivales tapándose los oídos, y un guante de portero volando por los aires; en el de Vavá, cómo rompía los postes con su tremendo disparo; a Arteche, avanzando con las manos en los bolsillos; a Gento y a Del Sol, en plan bólidos, con contrarios persiguiéndolos —la lengua fuera— a gran distancia; al barcelonista Eulogio y al atlético Mendonça, rematando a la red y lanzando un maravilloso pase respectivamente, ambos de espaldas.

Al volver a mirar esas estampas de hace cuarenta y seis temporadas (yo acababa de cumplir siete años), no sólo las reconozco de golpe tras haberlas perdido de vista durante casi todo ese tiempo, sino que, como se sabe que ocurre desde Proust al menos, me vuelven con nitidez escenas enteras de aquella época. Me veo, por ejemplo, enseñándoles el álbum ya completado a mi abuela Lola y a su hermana la tita María, dos señoras habaneras de origen, muy burlonas y risueñas pese a su blanco pelo, que se pasaban horas charlando y abanicándose en sendos sillones (o lo que a los niños les parecen horas), y que al ver a los más bien rudos futbolistas de entonces echaban por tierra mi satisfacción de coleccionista exclamando con aspaviento: «Pero qué feos son todos, niños, ¿cómo es que coleccionan ustedes a estos brutos?». (Éramos futboleros dos de los cuatro hermanos, yo y Fernando, el genuino Fernando Marías, historiador del arte, y no el segundo de su nombre). Y también me veo cambiando los «repes» en el patio del colegio, en la calle Oquendo que no he vuelto a pisar, rodeado de caras y apellidos que regresan con tanta música o soniquete como los de las alineaciones de los equipos. No era hasta la pubertad, o más allá, cuando empezábamos a llamarnos por los nombres de pila, así que durante años y años mis compañeros eran Bauluz, Rojí, Gamero, Marín, Peña, Fernández del Riego o Vidal (este último me ha reaparecido hace un lustro como cardiólogo que me regaña benévolamente y frena mi tensión alta: cuánto le debo), y mis compañeras, incluidas

las que me gustaron, eran Bernis, Agrasot, Lantero, Gancedo, Castillo, Calandre o Cabrera (a esta última la he visto como diputada en la prensa, tras las elecciones generales).

Lo que sigue creo haberlo contado otra vez en otro sitio, así que discúlpenme los memoriosos; pero el cromo del ya mencionado Mendonça, que era negro y con bigote y por tanto destacaba, era tan difícil que «saliera» que para conseguirlo en un trueque no sólo hube de entregar un montón de «repes», sino también una pequeña foto de carnet de mi tía Tina o Gloria, que era muy mona y bastante más joven que en general los padres, y que —no hace falta añadirlo— gustaba y me gustaba mucho, hasta el punto de llevar yo su retrato. (Le he pedido perdón por la transacción —venderla a un mastuerzo a cambio de un futbolista— años más tarde). Y acuden a la memoria, de golpe, las alineaciones enteras: Alonso; Atienza, Santamaría, Lesmes; Santisteban, Zárraga; Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento, la del Madrid. Ramallets; Olivella, Brugué, Gracia; Vergès, Gensana; Tejada, Kubala, Eulogio, Suárez y Czibor, la del Barça. O Carmelo; Orúe, Garay, Canito; Mauri, Maguregui; Arteche, Marcaida, Arieta, Uribe y Gaínza, la del Athletic de Bilbao. Y aparte de los tres ya nombrados, Puskas, Kubala y Czibor, además del gran Kocsis, veo en otros equipos no pocos apellidos húngaros, sin duda producto del éxodo político de poco antes: Szalay, Szolnok, Kuszman y Kaczas, por ejemplo. No se priven, si pueden, de adquirir de nuevo estas modestas posesiones perdidas. Yo he de dar por bien empleados los doscientos cincuenta euros que me costó adjudicarme el álbum de los cabezudos (y esta vez sin rendir foto alguna). Ahora que comienza la temporada 2004-05, no es poco recuperar de pronto unas cuantas viñetas de la infancia, en color todas, las del papel y las de la memoria.

Las menos personas

La Federación Española de Fútbol ha prohibido que los jugadores del Numancia de Soria lleven en sus camisetas o pantalones un estampado con la leyenda «Soria S.O.S.» porque se trata, según ella, de un mensaje «político» y éstos no están autorizados en las vestimentas de los deportistas, los cuales, sin embargo, cada día más semejan vallas publicitarias abigarradas. La iniciativa del club, el más pobre de la Primera División esta temporada, respondía a la campaña que, reciente y tímidamente, han impulsado los ciudadanos de esa provincia al amparo de la plataforma *Soria ¡ya!* Una caravana de vehículos locales se presentó en Madrid a paso de tortuga aprovechando la visita del equipo a Chamartín, y hace poco los atletas sorianos Cacho y Antón, ganadores de medallas varias, hicieron el último relevo de una carrera de doscientos treinta kilómetros y se plantaron en La Moncloa, donde entregaron un documento con las quejas por el abandono institucional que Soria padece desde hace decenios. Algo parecido a lo que otra provincia olvidada, Teruel, lleva más tiempo llevando a cabo, con escaso éxito.

Nunca he estado en Teruel, pero en Soria no sólo pasé muchos veraneos de infancia, sino que, desde hace unos años, he vuelto a visitarla y allí me paso alguna que otra semana suelta, para escribir con relativa tranquilidad (la absoluta no existe en España, el País Chillón y Músico-Ratonil), en todo caso mucha más de la que puede encontrarse en Madrid, la Ciudad de la Perforación Permanente de Calles y Tímpanos (en este aspecto, Gallardón está resultando aún más dañino que Álvarez del Manzano, lo cual habría uno dicho —es más, yo lo dije— que era del todo imposible).

Recuerdo que hace ya años, cuando ese mismo equipo del Numancia fue a Barcelona a jugar una eliminatoria de Copa en el Camp Nou, la gente de Soria comentaba con ironía que, así se hubieran desplazado a animar a sus jugadores *todos* los habitantes de la provincia, no habrían logrado llenar el estadio del Barça. Porque su aforo es de unos cien mil espectadores, y la población soriana en pleno son tan sólo noventa mil personas. De hecho, y en función del número de habitantes por kilómetro cuadrado, la provincia está considerada «técnicamente» como zona desértica. Y, claro está, noventa mil votos son muy pocos para que los políticos de cualquier partido se preocupen por contentar a quienes, cada cuatro años, los depositan en las urnas con una mezcla de escepticismo y desesperación. En mi última visita vi por las calles unos carteles en los que, bajo el epígrafe «Se buscan políticos que cumplan sus compromisos», aparecían los rostros de todos los relacionados con Soria (locales o no, estaban incluidos los exministros del PP Jesús Posada y Juan José Lucas) que a lo largo de decenios han incumplido sus vacuas promesas de ayudar a dotar a la provincia o a la ciudad de accesos y carreteras dignos, de trenes (creo que sólo pasa uno al día, que tarda desde Madrid mucho más que cualquier automóvil), de funciones de ámbito nacional, de un polígono industrial previsto desde hace mucho y

congelado desde hace casi el mismo mucho; que han faltado a sus insinceras promesas de remediar un poco el aislamiento y el secular abandono. Lo malo de esos carteles es que sólo los ven los sorianos y los bastantes turistas que por allí cruzan, pero que tan sólo los miran con curiosidad leve y un encogimiento de hombros.

Lo que no puede ocurrir en un país verdaderamente democrático es que las menos personas sean por ello menos personas; es decir, que los lugares poco habitados, y por tanto poco rentables electoralmente, padezcan una eterna situación de inferioridad, una merma de sus derechos y aspiraciones, un absoluto desdén institucional. Y que se vean convertidos, ahora ya no «técnicamente», en «bolsas desérticas» sin porvenir. A Soria fueron «desterrados» muchos republicanos después de la Guerra Civil, y yo de niño conocí a unos cuantos, gente por lo general encantadora y de valía. A Soria fue a parar Antonio Machado, santo laico del PSOE, y sin duda es esta ciudad, junto con Collioure, que está en Francia y donde yace enterrado, la que le rinde mayor y permanente homenaje, agradecida por los maravillosos versos que el poeta le dedicó. Allí estuvieron también Bécquer y Gerardo Diego, y hasta el austriaco Peter Handke, según se lee en su *Ensayo sobre el jukebox*. Hay una fuerte y noble tradición literaria. Hay un parque, la Dehesa, que es uno de los más bonitos y quizá el más cuidado que yo haya visto en España. Hay iglesias románicas, y está el Duero naciente, y en la provincia se dan paisajes insólitos de bosques y lagunas y cañones y ruinas. Pero quién quiere ocuparse de la población de un estadio que ni siquiera alcanza el lleno. Las menos personas son, sin embargo, tan personas como las que más, y mientras los diferentes Gobiernos de este país no se convenzan también de algo tan elemental, no podrá decirse de ellos que sean Gobiernos en verdad democráticos. O, lo que es aún más grave, en verdad justos.

Pararlos o no pararlos

Lo siento, pero no puedo evitar sorprenderme. Hace un par de semanas, doce o quince zánganos derribaron una valla y se metieron en el campo de entrenamientos del Atlético de Madrid, en el que se ejercitaban los jugadores, acompañados por el cuerpo técnico y algunos periodistas, que filmaron el incidente. Encabezados por un chulángano con traje, corbata y un pasamontañas rojiblanco, se aproximaron a los futbolistas con parsimonia y andares desafiantes, y en las imágenes televisivas se aprecia que el chulángano llevaba, escondido en una pernera del pantalón, un palo largo, quizá un bate de *baseball*. No sólo él, varios más iban embozados, así que sus intenciones camorristas se veían a la legua. Y se pusieron a insultar gravemente a los futbolistas y a su entrenador, Ferrando. Lo que pasó a continuación puede que fuera lo más sensato y conveniente, pero no me lo explico mucho y me dejó un gran malestar. Los jugadores y Ferrando oyeron como si nada la sarta de injurias («hijos de puta», «basura», «paleto, vete a tu pueblo») y de amenazas («os vamos a matar»). El guardameta Leo Franco y el delantero Torres intentaron dialogar con las malas bestias, obviamente sin resultado, ya que éstas siguieron en su actitud. Luego, cuantos estaban allí trabajando interrumpieron la sesión y se retiraron cabizbajos a los vestuarios, por el capricho de los doce o quince violentos. Sólo el preparador de porteros, Miguel Bastón, les contestó. La reacción del chulángano, envalentonado por la ausencia de oposición a su avasallamiento, fue insultar más y amenazar a este señor: «Como te vuelvas a encarar», le dijo, «te voy a moler a hostias, payaso; no vuelves a vivir en tu puta vida», algo redundante y sin sentido y que habla a las claras de su ínfimo nivel mental.

No sé. Yo entiendo que, ante un grupo de matones (no los hay sólo en los colegios, de ellos hablé hace una semana), uno se achante si está solo o poco o mal acompañado. En estas situaciones lo primero que uno hace —es instantáneo, se tarda un segundo— es medir sus fuerzas y las del contrario, y no seré yo quien reproche a nadie retirarse o salir por piernas, si es lo aconsejable: las más de las veces, lo que importa es poder contarlo; pero no siempre, y menos aún cuando las fuerzas están parejas o las de uno son superiores. Sobre aquella hierba había una veintena de mocetones, la plantilla al completo del Atleti. Todos jóvenes, resistentes, deportistas, fuertes. Hay una ley para mí incomprensible e injusta que obliga a quienes actúan ante el público (futbolistas, toreros) a aguantar sin rechistar las mayores barbaridades que la gente, amparada en la masa y el anonimato —luego cobardemente—, les suelta cuando están sobre el césped o la arena. Es más, si alguno de esos profesionales responde con un gesto, una palabra, o no digamos un bofetón, el castigado será él.

Recuerdo haber escrito hace años un artículo defendiendo al jugador francés Cantona, que se la cargó por individualizar a esa masa desaforada e impune y propinarle un puntapié a un sujeto vociferante. Le cayó una sanción tremenda, y yo argumentaba que, de haber visto esa escena en una película, lo más probable es que

todos hubiéramos prorrumpido en aplausos cuando Cantona le dio su merecido al gamberro. Supongo que esa ley considera que, en un estadio o en una plaza a rebosar, hay que evitar a toda costa exacerbar los ánimos de la masa, para evitar posibles catástrofes. Uno debe soportar lo que sea para no poner en peligro a todos.

Pero en este episodio no había público ni masa, sólo los jugadores, los técnicos, cuatro periodistas y cinco aficionados. Y sin embargo, todos callaron y se fueron con la cabeza gacha, permitieron a los zánganos salirse con la suya. Tal vez fuera lo más prudente, digo, pero no estoy seguro de que fuera lo mejor. Porque lo peor que puede hacerse con los violentos es no hacerles frente *cuando hacérselo es posible* (cuando no, no digo nada). Así empezó ETA, así empezaron sus cachorros de Jarrai y se pasaron largos años quemando autobuses y pegando palizas con impunidad; así los camisas negras fascistas, los camisas azules falangistas y los camisas pardas nazis, y ya sabemos hasta dónde llegaron. Bien, tengo mis dudas; pero en cambio no las tengo sobre lo disparatado y errado de las palabras posteriores del entrenador Ferrando, sobre todo porque temo que mucha gente, por confusa o por amedrentada, hoy las suscribiría: «Yo comprendo que haya gente enfadada… Estamos en un país democrático, y todos son libres de expresar su opinión». ¿Opinión? Gritar «hijo de puta» y «cabrón» y amenazar de muerte no son nunca opiniones. Son palabras con peso, graves, son intolerables agresiones verbales. Por este camino —la justificación que se disfraza de tolerancia—, alguien podría haber dicho en 1933: «Cada uno puede opinar lo que quiera, y si no les gustan los judíos, ¿por qué no van a poder llamarlos cerdos y ratas, y tildarlos de infrahumanos?». No estaré a tono con estos tiempos de pacifismos exagerados, pero creo que lo más dañino que puede hacerse ante ciertos abusos es no pararlos.

Irremediablemente ingenuos

Desde que murió Vázquez Montalbán, con quien solía compartir esta página los días de Madrid-Barça o Barça-Madrid, *El País* no había vuelto a solicitarme unas líneas para celebrar el acontecimiento. Pensé que se me había decidido jubilar de la tarea por respeto a mi «pareja rival de hecho» de tantos años, y no me parecía mal esa medida. Ahora veo que probablemente ha sido un periodo de luto, eso que hoy tan poco se observa. Él no llegó a ver al Barcelona campeón de la última temporada, ni al descubrimiento madridista Eto'o vestido de azulgrana, ni disfrutó apenas de la inteligencia y el sosiego de Rijkaard, que han hecho de su equipo una maquinaria imperturbable, no sólo en el ganar sino asimismo en el perder, lo cual tiene incalculable mérito en un club más bien dado a la exasperación y a la histeria. Lo siento mucho por él, porque habría estado contento de ver lo que sus cambiantes pero eternos ídolos (los jugadores son simplemente eso, «nuestros jugadores», sin edad y en cualquier época) son capaces de hilvanar sobre la hierba.

En las dos temporadas transcurridas desde su muerte en Bangkok, yo me he puesto de luto por el Real Madrid, y no ha sido para menos. Ese tiempo llevamos sin ganar nada. Se echó de mala manera a Del Bosque, se fue Valdano, salió Hierro por la puerta trasera, vino un tal Queiroz del que nadie se acuerda, vino Camacho (un fichaje descabellado, abocado al fracaso), deambuló el honrado García Remón por el banquillo, apareció un brasileño con nombre de Gran Ducado que cree hablar español y al que sin embargo se entiende tan mal como a Saramago, y cuando nos explica el fútbol aún peor, yo creo; se trajo y se despidió a Owen sin que se sepa por qué, en ningún caso; se contrató a un extraño mecano que arrastra el pie, llamado Gravesen. El más imaginativo jugador del equipo, Guti, continúa sin ser titular fijo y estuvo a punto de ser arrojado al Atlético de Madrid, santo cielo. A Beckham se le tuvo dos años correteando sin ton ni son por el campo, en vez de dejarle centrar desde su banda, casi lo único que sabe hacer (pero de maravilla). Como suele ocurrir entre el Madrid y el Barça, la exasperación y la histeria se las ha trasladado el segundo al primero, y el primero le ha contagiado el aplomo al segundo.

Ambos clubs, mientras tanto, se han hecho más antipáticos. El Madrid se asemeja demasiado a una empresa a la que importan enormemente los beneficios y escasamente lo que ocurre en el césped y en las gradas. A los últimos canteranos de altura (Raúl, Guti, Casillas) se les nota decepcionados por la falta de herederos, y sin gente de la casa el Madrid emociona menos, porque la Liga Paulista puede divertir al público si no hay nada más apasionante que echarse a los ojos, pero ver a Ronaldo, Robinho, Roberto Carlos y Baptista contra Ronaldinho, Deco, Belletti y Silvinho, la verdad, no enciende. En cuanto al Barça, se ha convertido ya del todo en el equipo oficial de la Generalitat, y todo equipo de los gobernantes es, por así decirlo, un equipo sin alma, usurpado.

Así que sólo resta hacer abstracción de cuanto rodea hoy al fútbol y quedarse sólo

con los jugadores, y, en lo que respecta a éstos, olvidarse de sus nombres y procedencias y fijarse sólo en que llevan puesto nuestro uniforme de siempre (bueno, eso el Barça sólo a medias, con ese absurdo pantalón rojo de este año, que no sé cómo su afición permite). Algo es algo, y ese algo es lo principal, misteriosamente. Porque estoy convencido de que cuando esta noche empiece el partido, los sentimientos serán los mismos que cuando a un lado estaba Di Stéfano y al otro Kubala, a uno Netzer, o Butragueño y Míchel, y a otro Cruyff, o Marcial y Rexach; pese a todo. Tal como vinieron jugando ambos equipos, me daré con un canto en los dientes si el resultado es menos humillante que un 0-3 rotundo. Eso lo pienso ahora, en frío. Pero sé que en cuanto el balón eche a rodar, mis estúpidas esperanzas me harán clamar por un 3-0. Vázquez Montalbán lo sabía: el verde de la hierba, y sobre él el blanco y el azulgrana, borran todo escarmiento y nos llevan a ser siempre irremediablemente ingenuos.

Veredicto o vaticinio

Entre las numerosas peticiones que a cualquier escritor abiertamente aficionado al fútbol le van llegando en estas vísperas del próximo Mundial de 2006, he recibido una del país anfitrión, Alemania, que me ha llevado a hacer memoria y a darme cuenta con estupor de que habrán transcurrido veinticuatro años desde que se celebró el de 1982 en España. Para los que vamos teniendo cierta edad (y no quiero ni pensar en lo que sucederá a los más jóvenes), creo que es un fenómeno nuevo asistir a la insensata rapidez con que nuestros presentes se van convirtiendo en historia. Y si digo nuevo es porque nunca antes el pasado se había considerado como tal tan velozmente, ni el tiempo «viejo» nada más sucederse.

En 1982 había ganado por primera vez las elecciones el PSOE de Felipe González, y tan sólo un año antes habíamos padecido la grotesca pero aterradora tentativa de golpe de Estado del 23-F, de modo que en bastantes sentidos, sólo siete años después de la muerte de Franco y con el país sujeto a grandes cambios, se vivía una época de incertidumbres que sin embargo yo no recuerdo así exactamente. En todo caso, y aunque las hubiera, no eran desde luego lo predominante. De lo que no me cabe duda es de que España era entonces un país mucho más alegre que ahora, más optimista e ilusionante. Y si bien el fútbol es algo menor en el conjunto de la vida de una nación, una de las pruebas de esa voluntad de alegría fue que, pese al ridículo papel de la selección que dirigía el tristón Santamaría, y a su pronta eliminación del Campeonato, el apasionamiento y la exultación de la gente no menguaron. En verdad era como si los ciudadanos *desearan* estar contentos y no estuvieran dispuestos a que nada ni nadie los apesadumbrara. A nivel personal, recuerdo, el inicio del Mundial me pilló triste, de hecho, por haber sido dejado, hacía poco, por una novia americana notablemente alocada (había sido trapecista del famoso Circo Ringling, entre otras excentricidades); pero lo terminé bien contento, al cabo de tan sólo unas semanas, por haber sido tomado por otra novia en el entretanto, asimismo americana y mucho más loca. Hasta cierto punto era como si el ambiente —el de Madrid, al menos— lo empujara a uno al tono festivo y le dificultara las penas íntimas. No pertenecían a aquel tiempo.

La eliminación de España, como he dicho, se tomó con ligereza, y todos pasamos a tener otro favorito inmediatamente. Así como en 2006 iré con Trinidad-Tobago, por su vecindad geográfica con el Reino de Redonda que se halla bajo mi protección, entonces fui con la Italia de Paolo Rossi, Antognoni y Tardelli, que venció a Brasil contra pronóstico, 3-2, en uno de los partidos más memorables de la historia, y se plantó en la Final contra Alemania. Este último equipo —lamento decirlo— se había convertido en el villano del torneo, no sólo por su juego tosco y persistente, sino por la injusticia con que había llegado hasta el partido definitivo: en su semifinal contra Francia, que en cambio había desplegado un magnífico e imaginativo juego, el portero alemán, Schumacher, dio un tremendo puñetazo en su área al francés

Battiston, mandándolo al hospital y cometiendo un claro penalty que ni le costó la expulsión ni siquiera fue señalado. El día de la Final me reuní para verla por televisión, con varios amigos y amigas, en casa de Antonio Gasset, a quien mucho frecuentaba. Y la euforia por la victoria de Italia, 3-1, con el encantador Pertini en el palco, fue tal que todos salimos a recorrer la Castellana en coche, dando vivas y bocinazos, me temo. Ya no recuerdo por qué, pero algún otro país (Túnez o Marruecos o Argelia) también se había sentido damnificado por Alemania, de modo que nos encontramos con las calles llenas de italianos, franceses, españoles y norteafricanos, cantando todos un triunfo que, *sensu stricto*, pertenecía sólo a los primeros. No me lo acabo de creer, pero me veo, de pie en un coche descapotado, con una pegatina de la bandera italiana en la frente. Única vez en mi vida que he salido a la calle con bandera alguna, aunque aquélla fuera minúscula.

Aquella España no existe, o sólo de manera latente. Nunca se analizará suficientemente lo sombrío y ceñudo que volvió a ser este país durante los ocho años de Aznar el Desabrido. Y, como su estela sigue presente en la vida pública y política, aún no hemos logrado zafarnos de su tétrico manto de tiniebla. Los últimos años del Gobierno de González fueron también malhadados, y sin duda sirvieron de culpable abono para lo que vino luego. En 1982, sin embargo, casi todo estaba aún por estrenar, por verse, y no hacía tanto que nos habían quitado de encima la lápida del franquismo. El fútbol es cosa menor, a buen seguro, pero los responsables de los diferentes países harían bien en prestarle más atención, para saber del ánimo, el contento o el pesimismo del país que cada cual conduce, o que aspira a conducir en el futuro. No dispondrán de mejor veredicto, o es vaticinio.

Y el recuerdo largo

A mediados de enero nos reunimos en Berlín, invitados por el Comité Cultural del próximo Mundial de Alemania, unos cuantos escritores europeos aficionados al fútbol, y durante tres jornadas, a veces acompañados por exjugadores, árbitros, federativos y hasta la estrella local del fútbol femenino, Nia Künzer, hablamos de manera algo artificial del deporte que más nos gusta. La manera natural es otra, y no se diferencia en nada de la de cualquier otro aficionado, de la profesión que sea. Es más, conté cómo en un par de ocasiones apuradas (cuasiatracos, cuasireyertas, cosas normales en ciudad tan pendenciera y bronca como Madrid), saber de fútbol y ser capaz de hablar de él de manera natural había convertido esos malos lances en charlas poco menos que amistosas. La noche en que el Real Madrid perdió ante el Milán por 5-0, hace ya muchos años, hube de salir tarde, y un tipo patibulario me pidió dinero en la calle, con malos modos, y además una cantidad concreta, y además no exigua. Eché mano al bolsillo confiando en sacar el billete adecuado, porque era evidente que la navaja estaba a punto de brillar si no lo hacía, y de llevarse algo más importante; y mientras rebuscaba se me ocurrió decir: «Joder, vaya noche, primero lo del Madrid y ahora esto». Fue un comentario arriesgado, porque el sujeto podía haber sido del Atleti y haberme atravesado. Pero tuve suerte: el hombre también había padecido delante de la televisión y, tras compartir nuestras cuitas, se conformó con lo que se llamaba «la voluntad» antiguamente: «Nada, nada, lo que te venga bien dejarme».

Entre los escritores estaban el húngaro Esterházy, los suecos Mankell y Enquist, el inglés Tim Parks, el italiano Riccarelli, y estaba previsto el polaco Kapuscinski,[4] ausente al final por convalecencia. En algún momento se reconoció la muy escasa literatura que hay sobre los futbolistas, lo mismo que el escaso cine, a diferencia de lo que sucede con los boxeadores, por ejemplo. Yo supongo que es debido al carácter tan colectivo del juego, y también a algo indudable: las películas o libros más o menos biográficos de deportistas, actores, cantantes, compositores y artistas en general suelen ser plomíferos, y responden a un patrón casi invariable: un inicio divertido que relata los primeros pasos del biografiado y su lucha por el éxito, una parte central de conflictos y envanecimientos, y una final a menudo deprimente, con el héroe convertido en piltrafa por culpa del desamor, el alcohol, las drogas o la decadencia profesional, y la consiguiente pérdida del favor del público. Recuerdo soporíferas películas sobre Schumann y Schubert, y Cole Porter (pese a ser Cary Grant quien lo encarnaba), y la cantante Gertrude Lawrence, e Isadora Duncan, y Picasso, y más recientemente sobre Cassius Clay y Ray Charles. Dudo que vaya a ver la que se estrena ahora sobre Johnny Cash, pese a ser un ídolo mío de juventud y madurez.[5]

Y sin embargo los futbolistas, o los deportistas en su conjunto, tienen por fuerza un destino algo trágico. Se retiran como tarde a los treinta y tantos años, una edad

juvenil hoy en día, y a la que los escritores suelen ser aún «promesas». Ha habido entre éstos numerosos casos de enorme fama más tarde desaparecida sin rastro, como entre los demás tipos de artistas. Nadie les asegura el talento a lo largo de la vida entera, y menos aún la fidelidad de los lectores o espectadores, que se cansan pronto. Pero al menos tienen la posibilidad de conservar ambas cosas hasta la vejez extrema. Un futbolista, por el contrario, sabe que no será nunca más de lo que ya fue. Y aún más inquietante: de la mayoría no volvemos a saber nada, una vez abandonan los terrenos de juego. Los que se convierten en entrenadores y siguen en el candelero son una minoría. Aún más escasos los que pasan a ser dirigentes, como Beckenbauer o Hoeness o Butragueño, al que produce cierta melancolía ver en un papel que no le cuadra, como da pena ver a Pelé de figurón en galas o a Maradona en plan locutor televisivo o activista político irreflexivo. Aún más lástima da saber que Puskas ya no reconoce a casi nadie, en su natal Hungría. Pero al menos de ellos algo se sabe, se va sabiendo. Sobre la inmensa mayoría, un gran silencio, roto sólo de tarde en tarde por una noticia trágica, como el suicidio de su compatriota Kocsis, hace ya muchos años, que triunfó en el Barça y acerca de cuya trayectoria «civil» he sentido siempre curiosidad, qué lo llevó a eso. Todos ocuparon portadas, fueron admirados y vitoreados, muchos aficionados vivimos semanalmente pendientes de sus hazañas y bendijimos sus nombres cuando marcaron algún gol decisivo. Hagan lo que hagan luego, los futbolistas están condenados, en plena juventud, a haber sido lo máximo en el pasado, y a un probable futuro olvido, lo cual es como decir que llevan en sus venas la melancolía. Todavía hay muchos escritores que los desprecian, porque les parece vulgar y detestan el fútbol. No se dan cuenta de que, como los héroes antiguos, todos los jugadores son gente novelesca, a su pesar: gente con apoteosis breve, y el recuerdo largo.

El misterioso alivio del fútbol

La maldición de las dos semanas de antelación con que escribimos en *El País Semanal* se hace especialmente grave cuando uno sabe a ciencia cierta que el momento en que ustedes lean estas líneas no tendrá nada que ver con el de su redacción. Cuando yo las escribo, España tan sólo ha jugado su primer partido del Mundial, la rotunda y prometedora victoria ante Ucrania. Cuando les lleguen, estarán a punto de disputarse las semifinales del campeonato y, si nuestro equipo observa la tradición, habrá caído en octavos, o a lo sumo en cuartos de final, y la excitación de hoy parecerá cosa ingenua y remota. Ojalá no sea así, aunque no quiero ni imaginar cómo estarían los ánimos patrióticos si España continuara en liza el 2 de julio (y menos con esa pesadilla de locutor llamado Andrés Montes). Pero insisto, ojalá la tradición se haya quebrado: vale la pena soportar unas semanas de desmedida exaltación a cambio de dos ventajas. Una es sólo futbolística, ya que el Mundial resulta mucho más divertido para los países cuyas selecciones sobreviven hasta casi el final. La otra tiene que ver con el clima social y político, y en ese sentido no comprendo a quienes echan pestes de esta clase de acontecimientos. Es extraño y un tanto pueril, en efecto, pero lo cierto es que cuando ganan los equipos de fútbol de una ciudad o de un país, sus ciudadanos están más optimistas en general, y de mejor humor, y más distraídos que de costumbre, y más propensos a mostrarse amigables los unos con los otros, hasta con quienes los han agraviado o les caen fatal. Hay una tendencia a la armonía, o por lo menos al aplazamiento de las disputas. Como si se declarara tácitamente una tregua, que además podría influir en la reanudación o no de los combates.

Y España está tan necesitada de treguas que sólo puedo desear que los jugadores de Luis Aragonés no se hayan visto obligados a regresar ya de Alemania. Hay quienes se quejan de que durante treinta días no se oiga hablar más que de fútbol, y los entiendo en parte, si no les interesa ni gusta este deporte. Pero deberían tener en cuenta el alivio que para todos supone, incluidos ellos, que a lo largo de un mes nadie haga caso del Estatut soporífero, y poco de Batasuna y ETA, y que las ruidosas gárgaras de Rajoy, Zaplana y Acebes parezcan aún más dementes e intempestivas que por lo regular, y que las tonterías soltadas en reñida competición por el socialista Blanco y el popular Pujalte caigan en el más absoluto vacío de su tontuna; que las malas pulgas de Carod-Rovira le piquen tan sólo a él, y que las megalomanías y mezquindades de cada región (es un término impreciso, sí, pero no tanto como el sobado «nación» —a estas alturas dudo si yo mismo no seré una, sin querer—, no digamos esas acuñaciones fantasmagóricas como «realidad nacional» o «carácter nacional») sean desoídas por la gran mayoría y ni siquiera irriten; que los locutores venados y los columnistas fanáticos del desmembramiento se vean forzados a hablar de Casillas, Torres, Xavi y Puyol para no quedarse sin oyentes ni lectores, y que además no los puedan insultar; que los nefastos ayuntamientos ávidos, a los que para

nuestra desgracia se les ocurren ideas sin cesar (con preferencia criminaloide por las obras públicas superfluas) se queden semiparalizados y sin sus iniciativas dañinas… No me digan los antifutboleros que a cambio de todo esto no merece la pena aguantar treinta días de inocua obsesión por el balón. Es más, creo que hasta ellos aprobarían que se celebrase un Mundial cada dos o tres años, en vez de los preceptivos cuatro. No sé si se han dado cuenta, pero cuando se jugó el anterior, en el 2002, aún ni se preparaba la Guerra de Irak, o no en voz alta. Eso da idea de lo lejos que queda.

El fútbol debería dar más que pensar. Pocas cosas hacen que millones de personas salten a la vez de alegría, en los estadios y en sus casas, por algo en lo que de hecho no han tenido participación —un gol— y que en modo alguno va a afectarlos, para bien ni para mal, en sus vidas y problemas personales. Quien está en el paro lo seguirá estando al día siguiente; a quien ha perdido a un ser querido no va a volverle ese ser; quien se pudre en una cárcel no saldrá de ella por eso; quien vive perseguido o amenazado continuará así; y, de la misma forma, el rico no se arruinará porque su equipo pierda, ni el que acaba de ganar unas elecciones se verá destituido, ni el feliz recién casado asistirá a la destrucción repentina de su matrimonio. Y sin embargo los desdichados se pondrán contentos si su equipo vence (qué digo, darán brincos de júbilo), y los afortunados se pondrán mohínos si es derrotado (qué digo, cuántas lágrimas no habrán visto resbalar los estadios). Es inexplicable, de acuerdo, luego algo misterioso, y respetable por tanto, tiene que haber en el fútbol. Algo que lo asemeja a la literatura, al cine, a la música, que también son capaces de hacer reír, exaltarse, apiadarse, lamentarse y hasta llorar por historias y personajes y acordes que nada cambian de nuestra realidad, una vez que se cierra el libro o se encienden las luces o se hace el silencio. O quizá es que sí cambian algo, cuando tienen eco, lo mismo que en nuestra retina un inmenso gol sobrenatural.

Gañanes de espíritu

Si hace una semana hablé aquí del español cabal o rufián, según la distinción de 1845 del viajero Richard Ford, lo ocurrido el 27 de junio pareció algo a propósito para darle la razón y confirmar que, en algunos aspectos, estamos como entonces o peor. Ese día se disputaba en Hannover el partido España-Francia, y aún había esperanzas en nuestra selección. Como casi todo el mundo, me dispuse a verlo, pero ya antes de empezar pensé: «Vaya imbéciles, ahora es seguro que vamos a perder». Los imbéciles eran la mayoría de los compatriotas hinchas presentes en el estadio —decenas de miles—, a los que no se les ocurrió otra sandez que silbar y abuchear, de principio a fin, el himno francés, *La Marsellesa*, hasta ni siquiera permitir que se oyera. «Vaya cretinos», insistí en pensar, «con esto habrán cabreado de mala manera a los futbolistas franceses, que intentan cantarlo con emoción pese al inadmisible y grosero estruendo, y, si podían sentirse algo intimidados por el buen juego anterior de los españoles, ahora harán lo imposible por derrotarnos. Y, si lo logran, bien merecido lo tendremos, por gañanes, por zafios, por salvajes y por villanos». No hace falta recordar que nos ganaron en buena lid.

Pero, más allá del partido en sí, el hecho, que quizá pueda parecer menor, yo lo encontré gravísimo y sintomático del envilecimiento al que se ha llegado en nuestro país. Los forofos congregados en la Plaza de Colón, además, silbaron y abuchearon igualmente, y no se limitaron a eso, sino que ante la aparición de los numerosos jugadores negros de los llamados *bleus*, lanzaron los ya consabidos chillidos simiescos y racistas de tantas otras ocasiones. Los individuos de Madrid eran sobre todo adolescentes y jóvenes, cuyos desmanes se tienden siempre a disculpar, pero muchos hinchas de Alemania eran más bien talludos y tripudos, como nos hemos hartado de ver durante semanas en la televisión. Quiero decir con esto que ese envilecimiento no es cuestión pasajera ni «cosa de la edad», sino que está instalado en el conjunto de la población, también de la adulta, y eso ya no se arregla con el mero paso del tiempo.

De qué clase de gañanes se nos ha poblado el país. España nunca destacó por sus modales, pero desde luego no siempre fue tan incivilizada. Hasta hace un par de decenios, todo el mundo sabía que hay cosas que no se pueden hacer *bajo ningún concepto ni en ninguna circunstancia*, y una de ellas era permanecer sentado mientras suena un himno nacional, mucho menos abuchearlo y silbarlo hasta acallarlo. En ningún otro partido de este Mundial de Alemania ha habido muestra semejante de garrulería y desconsideración; ninguna otra afición ha escarnecido el himno del rival, y en eso hemos sido vergonzosamente únicos, los villanos del planeta, los irrespetuosos, los vándalos, los felones. He leído que no era la primera vez: en un partido contra Serbia ocurrió lo mismo, y se hubieron de pedir disculpas para evitar un incidente diplomático. Por menos se desataron guerras en el pasado, y por *La Marsellesa* en concreto —himno revolucionario— ha muerto mucha gente que

luchaba por su libertad. Supongo que las hinchadas estaban en Hannover alejadas entre sí, porque no habría sido nada raro que más de un francés se hubiera liado a tortas o a navajazos con nuestros desalmados compatriotas. A muchos españoles les puede parecer que lo de los himnos y las banderas es una chorrada (no a un vasco ni a un catalán), y para un par de generaciones la *Marcha de Granaderos* y la antes llamada «rojigualda» están todavía un poco teñidas, por desgracia, por el abuso franquista. Pero hace falta ser muy bruto y muy cateto para no darse cuenta de que para los ciudadanos de otros países sus símbolos tienen otro cariz. Los jugadores se llevan la mano al pecho cuando suena su música, los espectadores la cantan o la corean, todos de pie. Nos guste o no, nos parezca algo arcaico o patriotero, aún es así. También podríamos saltarnos a la torera la inviolabilidad de las embajadas, pero si así lo hiciéramos y fueran asaltadas por las turbas de cada nación, la diplomacia se habría acabado.

¿Quién educa a los españoles actuales, que ni siquiera es capaz de meterles en la hueca cabeza las más básicas normas de convivencia y civilidad? Sería hora de que los Gobiernos hicieran campañas para inculcarlas, en vez de la enésima contra el tabaco o las drogas. Por ignorar y despreciar estas reglas nos encontraremos un día con un buen disgusto, no con una mera protesta diplomática. Lo que sí sé es que, si los hinchas franceses la hubieran emprendido a mamporros, los nuestros se habrían quedado estupefactos, temblando y con el grito en el cielo. Y es que una de las falsas ideas o convicciones instaladas en nuestra mentalidad de hoy es que nada tiene consecuencias, y que alguien nos librará de ellas si las hay. Debería recordarse, debería volver a enseñarse que la paciencia se agota, y que entonces las consecuencias no sólo existen, sino que son desastrosas para el infractor y para el gañán de espíritu, o es quizá vocacional.

Un cuento para releer

Cuando ustedes lean esto, es probable que ya se hayan apagado los prolongados ecos del incidente entre Materazzi y Zidane, del que se han ocupado casi todos los columnistas, hasta los que desdeñan o detestan el fútbol. Pero puede que no del todo, y que en realidad nunca se apaguen, y que ese asunto, por tanto, pase a formar parte de la memoria y el imaginario colectivos, no sólo de los futboleros. Si eso fuera así, sería el mayor éxito de Zinedine Zidane, en contra de las apariencias y de los actuales lamentos.

Pasada la primera y elemental impresión, hay que mirar el episodio desde el punto de vista más duradero, que es el de la ficción. Cuanto se recuerda en la vida adquiere con el tiempo, precisamente por ser recordado, un carácter narrativo, y acaba viéndose, según el caso, como una película, una novela o un relato. La despedida de Zidane da más para lo último, quizá. Tal como había ido la historia, el final parecía destinado a ser muy feliz o, en su defecto, bastante feliz. Para quienes gustan de los cuentos «bonitos», esto habría sido lo ideal: Zidane, uno de los jugadores más exquisitos, campeón del Mundo con Francia en 1998 y de Europa en el 2000, de la Champions League con el Real Madrid en el 2002, ya con treinta y cuatro años, cansado del mal juego reciente de su equipo y de entrenadores bobos que no supieron sacarle provecho; un hombre que suele caer bien, solidario y nada demagógico fuera del campo, elegante, discreto, con una notable timidez pese a llevar un decenio o más siendo un astro, decide jugar sus postreros partidos con la camiseta de su país y retirarse para siempre. Vistas sus decepcionantes actuaciones de los últimos dos años, y lo gastados que andan la mayoría de sus veteranos compañeros, nadie espera apenas nada, ni de Francia ni de él. Al principio del Mundial de Alemania, se confirman los escepticismos: ni él ni su equipo brillan, son incapaces de ganar a selecciones inferiores como Suiza y Corea del Sur, les cuesta lo indecible derrotar a Togo. El siguiente rival es la bulliciosa y rejuvenecida España, y nuestros periodistas e hinchas, con sus proverbiales chulería y bravuconería, anuncian la jubilación de Zidane: quedará eliminado, dará sus últimos pasos de baile con un balón. Los españoles, como suelen, muerden el polvo, y el «viejo» les mete un gran gol. Luego caen los brasileños, grandes favoritos según los *spots* de publicidad, y les siguen los no menos soporíferos portugueses. Francia está en la Final. Contra todo pronóstico inicial, el cuento se encamina hacia el género infantil, o hacia una película de Disney.

Imaginemos que Zidane no cabeceó a Materazzi y que aun así su selección perdió. Ahí tenemos el final bastante feliz. El magnífico héroe crepuscular ha estado a punto de lograr la proeza, y en todo caso se ha marchado disputando la Final de la Copa del Mundo, algo al alcance de muy pocos. Supongamos que Francia sí gana. Que lo hace mediante gol o pase de Zidane, o bien que, llegados a los penaltis, él se encarga de marcar uno decisivo o no tanto —lo mismo da— de manera magistral,

como ya hizo al inicio del partido. Como capitán de Francia, el ídolo fatigado recibe y alza el trofeo y desaparece sobriamente en su momento de apogeo, en la máxima gloria a la que puede aspirar un futbolista. Este cuento es precioso y le gusta a casi todo el mundo, incluyéndome a mí. Pero no da mucho de sí, no se puede releer, porque es de una pieza y algo empalagoso. De hecho tiene todos los ingredientes de los cuentos de hadas, o aún peor, de las historias edificantes, ejemplares, de «superación». Si lo miramos con ojos literarios o cinematográficos, a lo que más se parece es a una película americana idiota o juvenil, si es que ambas cosas no quieren decir lo mismo hoy en América.

Tal como se ha desarrollado, en cambio, la despedida de Zidane resulta inquietante, turbia, adquiere densidad y dramatismo de buena ley. Como si fuera un jugador bisoño, el admirable Zinedine, que habrá oído de todo a lo largo de su carrera en el césped, cae en la provocación de un archiconocido archivillano italiano y le da un cabezazo en presencia del mundo entero. Echa a perder su final felicísimo cuando lo acariciaba con la punta de los dedos: estaba en su mano asirlo y crear la mejor leyenda. ¿La mejor? No lo creo. De no haber sido expulsado y haber vencido Francia, todo habría sido tan perfecto que no habría admitido lo que hace de veras que los hechos perduren: el enigma, el misterio, la ambigüedad, la posibilidad de fantasear interminablemente con lo que habría podido ser y se desperdició. Es decir, lo que llevamos haciendo muchos desde hace semanas, y lo que nos quedará para siempre como el hermoso final que se malogró. Esta otra película no es de Disney, sino quizá *El buscavidas* de Rossen, o *Atraco perfecto* de Kubrick, o *La jungla de asfalto* de Huston, o alguna compleja maravilla de Fritz Lang, cuyos personajes lo prevén todo para alcanzar sus metas y abandonan o fracasan en el último instante. Sí, en cierto sentido es una pena lo que ocurrió, pero en otro hay que agradecerle al gran Zidane que en su última hora nos haya dejado un relato hondo, extraño, quebrado, rugoso, y no una historieta tan previsible y tersa que no se pueda releer.

El ofensor y los desertores

Me doy cuenta de que hace mucho que no hablo aquí de fútbol, y aunque en ningún caso se me permitiría hacerlo a menudo, este ya largo silencio, en un madridista tan confeso como yo, podría tomarse por un comprensible deseo de escurrir el bulto, dadas las actuales circunstancias de mi equipo y su absoluta sequía de títulos y de buen juego durante cuatro temporadas, incluyendo la presente, en la que resulta imposible creer que vayamos a ganar algo. Y si al final lo ganamos, habrá de ser por deméritos de los demás y porque en este deporte se dan sorpresas e injusticias enormes de vez en cuando. Si el Madrid acabara triunfando en alguna competición este curso, sería algo equivalente a la victoria de Grecia en la Eurocopa de 2004, con la salvedad de que nosotros estamos acostumbrados a ganar históricamente y los griegos, si no me equivoco, no habían visto de cerca una Copa desde los tiempos de Sófocles.

Esta prolongada racha de desastres *merengues* está poniendo a prueba a mucha gente. Desde hacía más de cincuenta años, era relativamente fácil ser del Madrid. Muchos aficionados de mi edad crecimos con la confianza ciega de que, por mal que se pusieran las cosas, los Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento acabarían dándoles la vuelta. Si se perdía la Liga, se ganaba la Copa de Europa, y si nos eliminaban de ésta (nunca ocurrió entre 1955 y 1960), nos llevábamos el campeonato nacional a la postre. Después de aquella delantera mítica, las perspectivas no fueron tan magníficas y hubo altibajos, pero lo que jamás había sucedido en más de medio siglo es que no pudiéramos celebrar nada a lo largo de casi un lustro. Ahora comprendemos cómo se sintieron los barcelonistas durante inacabables fases de su historia, y cómo se sienten los *colchoneros* casi siempre, con la boca hecha cisco por su permanente crujir de dientes. (Ahora los míos ya están perdiendo esmalte). No, no es tan halagüeño ser hoy madridista, y hay deserciones. Conozco a *merengues* que ya se niegan a ir al campo y a comprar los partidos en la taquilla televisiva, cabreados y aburridos. Son personas de fe poco firme y responsabilidad escasa: por muy mal que juegue el equipo, los verdaderos aficionados tenemos la necesidad de observarlo y acompañarlo en la catástrofe, aunque sea con mirada censora y desesperada. Y hay jugadores que, sólo sea por los grandiosos servicios prestados —Guti, Raúl, Casillas, Roberto Carlos, Helguera—, merecerán siempre nuestro aliento, así lo hagan fatal un día tras otro. El fútbol, en contra de lo que tan a menudo se afirma, no es sólo presente, y en él existe la memoria. Y no hay que irse a una lejana para sentir agradecimiento: si uno mira el palmarés de la Liga de Campeones de los últimos diez años, se encuentra con la sorpresa —dada nuestra ya larga etapa sombría— de que ningún equipo europeo la ha ganado más de una vez… salvo el Madrid, que no la ha conquistado dos, sino tres veces, en contraste con un solo título del Manchester United, el Bayern Múnich, el Milán o el Barcelona, y de ninguno del Chelsea, la Juventus o el Valencia, que tan buena prensa han tenido. A todos les falta todavía

mucho para acercársenos.

Ahora bien, lo que de verdad se hace cuesta arriba es ver a nuestro club transformado y en manos de gente sin caballerosidad —sí, eso tan antiguo, pero no por ello prescindible— ni tacto. No es que la época de Florentino Pérez y sus entrenadores post-Del Bosque (Queiroz, Luxemburgo, Camacho y López Caro) se distinguiera en esos aspectos, pero al menos entonces no se sentaba en el banquillo un individuo sin autoridad pero autoritario como Capello; ni hacía fichajes y gestionaba un semiintrigante con pelo aceitoso como Mijatovic; ni, sobre todo, había un presidente como Calderón, ofensivo en su ignorancia. Es curioso que, habiéndose armado tanto escándalo por sus declaraciones ante unos estudiantes (ya recuerdan: los jugadores son incultos y no pagan allí donde van, el público va al estadio como al teatro —¿y por qué no, si el fútbol es también drama?—), casi nadie se haya fijado en su monumental agravio posterior, en una entrevista: «No hay una identificación con lo que es el club, ni siquiera con la ciudad», esta fue la majadería. «El 80 % de nuestros seguidores no son madrileños, así que vivimos en el único lugar del mundo en el que se censura al equipo que gana, el nuestro». Al señor Calderón hay que enseñarle un poco de historia, además de modales. El Real Madrid es el más antiguo de los clubs importantes de la capital, y de ella se lo ha sentido siempre. Además fue el preferido de los republicanos de la ciudad, antes y después de la Guerra Civil, ya que el Atlético —Atlético Aviación, en sus orígenes— nació del Athletic de Bilbao y además lo apadrinaban quienes habían bombardeado Madrid salvajemente durante tres largos años. Y por último, ¿de veras cree este Presidente faltón con la institución que dirige, que el 80% de las gradas de Chamartín llevan más de medio siglo llenándolas forasteros oportunistas de paso? Probablemente Calderón debería disculparse con Ronaldo, Beckham y los demás jugadores. Pero lo que es seguro es que ahora mismo está en deuda con todos los madrileños, con los madridistas al menos, y que más le vale retractarse si no quiere fomentar más deserciones de las que ya ha traído su presidencia inane.

Un espectáculo para los vivos

Supongo que este artículo me va a ganar reproches y antipatías sin cuento, pero qué se le va a hacer. Esta sociedad, tras unos años de comprensión de la diversidad, está volviéndose a hacer tan intolerante ante ciertos asuntos —tradicionalmente lo fue— que cualquier voz disonante casi causa indignación. En gran medida son culpables nuestros medios de comunicación, dedicados a magnificarlo y exagerarlo todo y a convertirlo en escándalo o espectáculo. Lejos de seguir el viejo precepto que a menudo le oí a mi padre —«No se debe conceder importancia a lo que no la tiene»—, parecen decididos a contravenirlo, es decir, a dar enorme importancia a las nimiedades. No es raro que hoy, en los telediarios de todas las cadenas, el locutor anuncie alguna «bomba» en forma de declaraciones de alguien —sea un político o un deportista—. A continuación las emiten, y las tales declaraciones «polémicas» o «tremendas» suelen ser, a lo sumo, una leve insinuación de alguna crítica o queja, si no una chorrada sin trascendencia. Pero el espectador medio tiende a quedarse con el envoltorio, con el anuncio de que va a oír algo llamativo o impertinente, y por mucho que las palabras que luego salen de la boca de Luis Aragonés o de Zaplana sean una mera parida como los centenares de ellas que nos brindan desde hace años, se queda haciéndose cruces y exclamando: «¡Hay que ver! ¡Qué fuerte!».

El grado de histrionismo aumenta con las desgracias, y el mayor ejemplo lo vimos hace mes y pico con la desdichada muerte del futbolista Puerta, del Sevilla. Sin duda es muy triste que un muchacho pierda súbitamente la vida, y para su familia y sus allegados es una irreparable tragedia *personal*. El hecho de que se tratara de un jugador conocido —pero no era Ronaldinho ni Zidane ni Raúl—, y de que además se desplomara en medio de un partido, y de que durante unos días se debatiera entre la vida y la muerte, añadió dramatismo al caso. Bien, hasta ahí se comprende sin esfuerzo. Lo que ya no se comprende es lo que vino después. Yo vi cómo TVE, supuestamente la cadena más seria, interrumpía su programación e intercalaba un avance informativo, como cuando se produce un atentado grave de ETA, para comunicar el fallecimiento del pobre muchacho. También vi cómo casi todos los telediarios abrían con esa noticia y sus secuelas, durante *varios* días. Cómo los histéricos periodistas deportivos pedían, exigían, que no se celebraran más partidos esa semana. Cómo el Presidente del Madrid, Calderón —que, para no ser menos, rivaliza en inteligencia con aquel ex-Presidente del Barça, Gaspart—, hacía caso y suspendía la disputa del Trofeo Bernabéu, y cómo sobre el Barça —el único club normal en este asunto— llovían censuras por no cancelar a su vez el Trofeo Gamper y limitarse a guardar un minuto de silencio en memoria de Puerta. Cómo, a lo largo de semanas, *todos* los futbolistas de *todos* los equipos alzaban su dedo al cielo cada vez que metían un gol, hubieran conocido o no al fallecido. Y cómo Sevilla medio se paralizaba con sus exequias. Pero en fin, Sevilla, ya lo sabemos, tiende a ser muy festiva en las fiestas y muy desgarrada en las desdichas, y además el jugador era de

allí. Lo que resulta desproporcionado, y hace sonar una nota inevitablemente falsa y teatral, es que se sevillanice todo el país.

Son pocos los futbolistas que mueren en el terreno de juego, si consideramos cuántos saltan a ellos cada semana, en el mundo entero. Y muere gente en todas partes, en las oficinas, en las carreteras, en las obras, en sus casas. Para los allegados es terrible, sí, pero el mundo no se para, como nunca se ha parado por los miles de millones de muertos de la historia. Ahora hay pretensiones desmesuradas: que no se jueguen partidos, que se suspenda esto y lo otro, que asista algún Ministro al entierro, que todo el mundo participe del duelo. Es como si una parte de la sociedad hubiera tomado al pie de la letra los emotivos versos de Auden —popularizados por la película *Cuatro bodas y un funeral*— que empiezan así: «Parad todos los relojes, cortad el teléfono, no dejéis que ladre el perro ante su sabroso hueso, silenciad los pianos y con amortiguado tambor sacad el ataúd, que vengan las plañideras». Es el lamento por la pérdida del amigo, la expresión de la íntima necesidad de que nada siga al interrumpirse la vida de un ser querido. Pero después Auden añade: «Él era mi Norte, mi Sur, mi Este y Oeste, mi semana de trabajo y mi domingo de descanso, mi mediodía, mi medianoche, mi hablar, mi canto…». Pasa a lo *personal*, el único ámbito al que en realidad pertenecen las muertes. No se puede obligar a guardar luto a los demás, y eso es lo que hoy se hace en España a veces, so pena de ser tenido por un desalmado, un insensible, un duro de corazón. Es como si en algunas cosas hubiera una exigencia de unanimidad —un totalitarismo de fondo—: «Ha ocurrido esta desgracia. Que todo se pare, y nadie quede sin llorar públicamente». En ocasiones así uno se pregunta qué se ha hecho de la vieja sobriedad española, del pudor, la entereza, la austeridad famosa, la involuntaria elegancia de las gentes de este país. Claro que, si recordamos el histerismo colectivo sobrevenido a la reservada y estoica Inglaterra cuando murió Lady Di, habrá que concluir que el fenómeno es universal. Quizá es que hoy se detesta y teme tanto la muerte que la única forma de enfrentarse a ella sea convertirla en un espectáculo y una celebración. Aunque sea a costa del finado; y para los vivos, claro está.

Las ilusiones resistentes

Estoy francamente preocupado: desde los siete años soy del Real Madrid, y el fútbol ha sido uno de los grandes placeres de mi vida. Llevo dos temporadas, sin embargo, sintiéndome muy frío respecto a mi equipo y bastante aburrido con ese deporte en general. Me he sorprendido celebrando los goles que el Getafe le marcó al Bayern Múnich, o el Liverpool al Arsenal en la Copa de Europa, o el Numancia a cualquiera en Segunda División, en mucha mayor medida que los de Raúl o Robinho a sus rivales. He intentado averiguar a qué se debe esta frialdad, porque la cosa llega tan lejos que casi he vivido con indiferencia que el Madrid se haya proclamado campeón de Liga. Cuando la ganó el curso pasado, me ocurrió otro tanto. Tal vez sea que los madridistas de antaño —los que en la infancia vimos a Di Stéfano, Kopa, Puskas y Gento— no nos quedamos conformes si, además de ganar, no creemos haberlo merecido. Y en estas dos últimas temporadas yo no estoy muy seguro de que mi equipo haya sido el mejor, ni siquiera el menos malo. Tengo la sensación de que estos dos títulos nos han caído de rebote, y de que bien podían haber ido a otra parte por el mismo procedimiento desganado y azaroso.

El único jugador que me ha hecho vibrar en ocasiones, y que por suerte —ya era hora— ha sido titular muchas veces, ha sido Guti, un gran talento que el Madrid ha desperdiciado durante casi diez años, relegándolo al banquillo o permitiéndole saltar al campo unos míseros treinta minutos. En él, a veces en Raúl y a menudo en Casillas reconozco al Madrid de toda la vida: al ambicioso, al que nunca se rendía, al que se exigía imaginación e inconformismo constantes. En el resto de la plantilla, a duras penas. No logro acostumbrarme a ver con la camiseta blanca a individuos como Diarra, Gago, Baptista o Snejder, inconsistentes cuando no deprimentes. Tampoco me explico que los tres futbolistas mencionados en primer lugar, de los cuales dos ya han cumplido la treintena, sean los últimos canteranos en haberse instalado en el primer equipo. Téngase en cuenta que de esa escuela salieron Velázquez, Pirri y Grosso; Butragueño, Míchel, Martín Vázquez y Sanchis; o Urzaiz y Eto’o, aunque el Madrid los desaprovechara; y ahora están llenos los demás equipos de jóvenes destacados que proceden de ella: Arbeloa, Negredo, De la Red, Granero y tantos otros. Pero en el Madrid que los cría, ni rastro, mientras el Barça saca una joya tras otra.

Pero no es sólo mi relación con el Madrid lo que me preocupa. La impropiamente llamada Liga de Campeones lleva ya disputándose los suficientes años para que no canse ver, cada temporada, cómo el Madrid se enfrenta al Olympique de Lyon o al Bayern Múnich o a la Roma, o el Barça al Inter o al Chelsea, o el Chelsea al Liverpool o al Milán, o el Manchester United a la Roma o al Barça. Lo que antes se producía de tarde en tarde, y en verdad era un acontecimiento (hacía falta que cada equipo ganara la Liga de su país, y que el sorteo los emparejara luego), se ha convertido en reiteración y rutina. Los codiciosos responsables del fútbol y los patanescos presidentes de clubs se han encargado de que ya no haya nada

excepcional, nada que pueda ansiarse. Hasta los mejores platos aburren si se sirven a diario, o en este caso cada año. Nada tiene ya de particular ver un Juventus-Arsenal, un Real Madrid-Oporto o un Liverpool-Celtic Glasgow. Y por ello se hace difícil recordar cada enfrentamiento. El último partido europeo del Madrid que mi memoria atesora es el de Old Trafford que acabó 2-3, y de él debe de hacer ya un decenio. Todo lo que ha venido después —exceptuando las tres finales ganadas, contra la Juve, el Valencia y el Bayer Leverkusen— me parece indistinguible.

Este mes de junio hay además Eurocopa. Como con España es imposible ilusionarse, y más aún con Aragonés y su selección de medianías, yo suelo ir con Italia e Inglaterra, por ser los dos países en que más he vivido después del mío. Pero Inglaterra ya quedó eliminada, y con la Italia fascista de Berlusconi, Bossi y Fini, ir se hace muy arduo, más aún tras su decepcionante juego en el Mundial de 2006, que no obstante le sirvió para alzarse campeona, he ahí un buen ejemplo de la decadencia del fútbol. Y están los de siempre: la poco imaginativa, pesadísima Alemania; la siempre prometedora pero entristecida Portugal; la laboriosa República Checa, la decaída Rusia; la inverosímil campeona vigente, la tacaña Grecia. Faltará en cambio la mucho más divertida y anárquica Escocia, y Holanda se va pareciendo peligrosamente a su vecina y soporífera Bélgica. Y, pese a todo, sé que me pasaré las horas delante de la televisión, viendo cuantos partidos pueda. Animaré un poco a España hasta que me irriten y me impidan hacerlo el excesivo patrioterismo de los locutores y la injustificada chulería de los forofos. Iré con Italia, pensando en mis amigos de ese país horrorizados por el fascismo que los gobierna y rodea. El fútbol empieza a ser para mí como los toros para los viejos aficionados escépticos: han visto tanto bueno que no esperan encontrar ya nada comparable. Y sin embargo siguen acudiendo un día tras otro a las plazas. Será que hay ilusiones infantiles que no terminan de perderse nunca.

Entre locos anda el juego

Hay dos cargos en España cuyos ocupantes se vuelven locos siempre, antes o después: el de Presidente del Gobierno y el de seleccionador nacional de fútbol. Aún es más: algunos Presidentes escapan a la locura si duran poco en el puesto (Leopoldo Calvo-Sotelo, por ejemplo, muerto recientemente y que perdió unas elecciones cuando aún no había cumplido dos años de mandato), pero ningún seleccionador de fútbol lo ha conseguido, y esa es una de las principales razones por las que España, pese a contar con jugadores bastante buenos en general, fracasa invariablemente en las Eurocopas y en los Mundiales. Un hombre depresivo o desquiciado está incapacitado para tranquilizar y dar confianza a un grupo de veintitantos jóvenes presumidos y adinerados, y aún más para imbuirles el afán de victoria. Los seleccionadores españoles se sienten tan agobiados y perseguidos por la prensa y por la afición que da la impresión de que todas sus energías y preocupaciones se gasten en defenderse a sí mismos, por una parte, y, por otra —contradictoriamente—, en nutrir a dichas prensa y afición de motivos para escandalizarse y atacarlos sin cesar. Parece como si no pudieran prescindir de lo que los hace infelices. Es un extraño círculo vicioso: sufren por causa de las críticas y la presión permanentes, y a la vez no pueden o no quieren evitarlas. Al contrario, las propician. Algo así como si sin ellas no estuvieran convencidos de ejercer el cargo efectivamente.

Les ha ocurrido a todos desde tiempo inmemorial, pero los casos más conspicuos han sido asimismo los más recientes: Santamaría, que fue un hombre triste y que se hundía al menor contratiempo (y hundió a España en el Mundial de nuestro país, en 1982); Clemente, que nunca se excitaba con el juego (el más aburrido y defensivo de nuestra historia), sino sólo con las ruedas de prensa en las que alternaba impertinencias y locuras; Camacho, un individuo tan reconcentrado y sudoroso y gesticulante que por fuerza tenía que poner de los nervios a sus futbolistas; y, por fin, el actual Luis Aragonés, un sujeto tan primitivo que lo que no se entiende es que le haya surgido la suficiente psique para alterársela, y en verdad la tiene alteradísima. Ha elegido a un grupo de jugadores tan medianos en su mayoría, que un buen aficionado como yo ignora incluso en qué equipo juegan algunos. ¿Fernando Navarro? Ni siquiera sé quién es, y es sólo un ejemplo. Aragonés ha tenido que sufrir, además, desde hace muchos meses, toda una campaña periodística y popular para que seleccionara a Raúl, que este año, además, ha vuelto a ser eficaz y ha marcado dieciocho goles en la Liga. Pero la prueba máxima de su locura —y de la de sus predecesores— es no llevar al mejor futbolista español de los últimos años, el centrocampista Guti, también del Real Madrid, el único con verdadera imaginación, fantasía y precisión, el único imprevisible, el único capaz de inventar goles donde no los hay y el único al que las defensas rivales no saben cómo neutralizar (si tiene el día inspirado, claro está). Con él, es muy probable que España fracasara también. Sin él, es casi seguro. Y si digo «casi» es porque en este deporte nada es nunca seguro del

todo, y por eso lo vemos millones de personas en todo el mundo. ¿Quién habría imaginado que hace cuatro años el título iba a ganarlo la tacaña, la cicatera selección de Grecia?

Pero hay otro factor importante para explicar los fracasos futbolísticos de España. Aquí nos importan mucho más los clubs que la selección, y es de suponer que a los jugadores les pasará lo mismo. Las convocatorias del equipo nacional solemos verlas como molestas interrupciones del campeonato de Liga o de la Liga de Campeones, y sólo cuando éstos ya han terminado y no hay otro fútbol que llevarse a los ojos, sólo entonces fijamos nuestra atención en el equipo de España, casi como si fuera un pobre sucedáneo. Y entonces, además, ocurre algo extraño, durante un breve lapso de tiempo (el que la selección tarda en ser eliminada de la Eurocopa o del Mundial): los locutores de radio y televisión, la prensa deportiva, y finalmente una buena parte de la población sufren un arrebato de patrioterismo y de chulería. «Vamos a ganar, ¿por qué no?», gritan unos. «Somos los mejores», gritan otros sin la menor prueba de ello ni la menor justificación histórica ni tradicional. Y, ante ese repentino ataque de nacionalismo, antipático y vulgar, hay otra mitad de la población que se retrae y siente rechazo. A la selección española, en suma, nunca hay manera de que la apoye el país entero. Entre el loco del seleccionador de turno, la medianía de muchos de sus integrantes, la frecuente ausencia de los mejores y el griterío patriotero que se levanta, en verdad se hace difícil tenerle cariño de verdad. Y supongo que eso también lo notan los futbolistas que luego salen al campo, dirigidos por un loco entrenador.

BAGUR

Lo contrario de lo que hemos sido

En otras ocasiones, cualquier actuación aceptable de la selección española —no digamos cualquier victoria, como la inicial goleada a Ucrania del último Mundial— ha desatado una euforia desmedida y un patrioterismo achulado de la peor especie. Esta vez, en cambio, y pese al cutrerío montado por la cadena Cuatro en la Plaza de Colón, lo que creo que prevalece es una sensación de desconcierto e incredulidad, que extrañamente templa los ánimos, en lugar de exaltarlos, y nos lleva a ser modestos, o lo que quiera que sea lo contrario de fanfarrones y triunfalistas.

No estamos acostumbrados a que España convenza y juegue de maravilla. Ni a que su actitud en el campo sea serena y esté exenta de agonismo y también de agonía. Nos resulta tan raro ganar sin angustias y sin heroicidades que hasta cierto punto nos cuesta ver al actual equipo como a la España de siempre, lo cual, contradictoriamente, nos tienta a sentirlo como menos nuestro, o aún es más, como una pandilla de impostores. Lo extraordinario del caso es que estos mismos jugadores, hace tan sólo unos meses, durante la insoportable fase de clasificación, nos parecían no sólo el grupo dubitativo, inseguro, insípido y más bien aburrido de casi siempre, sino, como yo mismo dije en una columna, «una selección de medianías». A la vista de sus partidos de la Eurocopa, sobre todo de la semifinal contra Rusia, está claro que me equivoqué o que se ha producido una monstruosa y jovial transformación. Supongo que lo primero, y que no supe ver lo que encerraba este conjunto de futbolistas. El verbo «encerrar» es aquí particularmente adecuado, porque su excelencia y su aplomo eran todo menos manifiestos, creo yo.

Y ahora, ¿cómo nos acoplamos, cómo hacemos? Supimos ver con objetividad, y dentro de todo se nos hizo verosímil, que Holanda barriera del campo a Francia y a Italia; desde luego que España jugara agarrotada y nos sometiera a sufrimiento en su partido contra la segunda; también que Rusia, a su vez, barriera del campo a la hasta entonces aguerrida Holanda. Lo último no ha habido manera —o tiempo— de asumirlo como verdadero: que España, precisamente la acomplejada y pusilánime España, barriera del campo a los que habían barrido del campo a los que habían barrido del campo a los vigentes campeones y subcampeones del Mundial último, Italia y Francia. ¿Somos en verdad «nosotros»?, es la pregunta incrédula que nos sobrevuela. Y esa extrañeza se traduce, curiosamente, en menos bravuconería y vociferación, menos patriotismo y mayor moderación. Ganar mereciéndolo nos deja perplejos y nos invita a sacar menos pecho. Quién sabe si a partir de ahora aprenderemos hasta a ser elegantes. Queda la Final. Es probable que contra Alemania todo regrese: las bajas pasiones, el navajismo, el llanto a lo Luis Enrique y el juego aturullado y frágil. Contra la terquedad y la buena suerte alemanas, contra su pesadez y su fútbol tan poco imaginativo como irreductible, todo eso cabe. Es más, hay que contar con la peor pesadilla: que luchemos y haya «no goles» a lo Cardeñosa o Míchel, que el árbitro nos perjudique, que Casillas la pifie como Arconada hace

veinticuatro años, que fallemos tres penaltis o que en el último segundo nos hunda un defensa, como Lahm a la divertida Turquía o Schwarzenbeck cuando impidió que Luis Aragonés levantara una Copa de Europa. Entonces todo volverá a su lugar. Nos lamentaremos durante varios lustros, clamaremos contra la injusticia, los locutores repetirán hasta la saciedad «Ha sido una pena, ha sido una pena». Lo de Rusia quedará como anécdota, como un sueño, una excepción. Ojalá no sea así. Ojalá tengamos que renunciar de una vez a nuestra falta de carácter y a nuestra mala suerte. Ojalá mantengamos nuestro primer estilo definido en decenios y sigamos viendo a nuestro equipo como si fuera el de otros. Es decir: ojalá sigamos desconcertándonos, para así empezar a acostumbrarnos a ser por fin lo contrario de lo que siempre hemos sido. Por lo menos en fútbol. Por algo se empieza.

REAL MADRID

Críos nuestros

Cuando escribo esto, aún falta una semana para que el Real Madrid juegue contra el Barcelona. Hace unos años gané una porra en un diario barcelonés, aunque no me dieron nada por ello: fui el único que acertó que el Madrid perdería 0-3 ante su eterno rival, en Chamartín. No sé si este año se me solicitará otro pronóstico para el Camp Nou, pero, si así fuera, me temo que tendría que vaticinar un 5-0 a favor del Barça. Cuando ustedes lean esto el resultado ya será viejo, y nada desearía tanto como haberme equivocado. Pero mi equipo está tan desastroso, y el contrario juega tan bien últimamente, que casi ningún *merengue* puede escapar ahora mismo al pesimismo más absoluto. Si el Numancia y el Málaga (dos recién ascendidos) nos han metido tres goles cada uno, y el Real Unión (un Segunda B) seis en dos partidos de Copa, en realidad creo que me quedo corto con ese 5-0 por parte de Messi, Eto'o, Xavi y compañía.

Algo muy grave pasa en el Madrid, y va más allá de las actuales circunstancias. El equipo ha ganado las últimas dos Ligas, lo cual debería tener a la afición contenta y confiada, e incluso en la idea de que se ha iniciado un ciclo bueno que podría traer más títulos. Nada de esto sucede, sin embargo, y no creo que haya en la historia muchos precedentes de equipos triunfantes deprimidos y atemorizados. A los viejos madridistas nunca nos ha bastado con ganar sin más, menos aún de manera injusta o inmerecida. Chamartín es un estadio en el que se silba a los jugadores propios con el resultado a favor, si lo hacen mal, y en el que se aplaude a los rivales cuando han demostrado ser mejores (hace poco a Del Piero, antes a Ronaldinho o al Ajax al completo, hay muchos casos). Es también un lugar en el que se tiene poca paciencia con los futbolistas verdaderamente «nuestros», es decir, de la cantera, y buena prueba de ello son los mil años que le ha costado a Guti, el de mayor calidad de la plantilla, ser aceptado y considerado imprescindible. Pero a la vez es un sitio en el que *se necesitan* esos jugadores «nuestros». El Madrid ha combinado siempre grandes astros extranjeros con excelentes productos de la casa, y cuando éstos han sido la base del equipo ha habido un suplemento de incondicionalidad por parte de los aficionados, a los que no se engaña fácilmente: un club no es admirable porque disponga de dinero para comprar a las estrellas foráneas de turno; lo es también porque tiene ojo, porque sabe ver las posibilidades de niños y adolescentes y los cuida, los prepara y los lanza. Ahora se rememora a la Quinta del Buitre, al cumplirse veinticinco años de su aparición. Durante el tiempo en que el esqueleto del Madrid fueron Chendo, Sanchis, Martín Vázquez, Míchel y Butragueño, los madridistas los adoraron y los apoyaron más que nunca. No sólo porque fueran magníficos futbolistas y renovaran y alegraran el panorama, sino porque eran «nuestros críos» y deseábamos que triunfaran personalmente, además de para el equipo. Eso en cuanto a los adultos. Los niños se reconocían en ellos y veían posible emularlos.

En el fútbol actual se olvida demasiado a menudo el elemento de sentimentalidad

que es consustancial a este deporte. Si quien es del Madrid, del Barça, del Atleti o del Bilbao no deja de serlo nunca (son muy raros los cambios de chaqueta en este ámbito), es en gran medida porque lleva la vida entera sintiendo que quienes saltan al campo son no «los nuestros», pero sí «nuestros», por nacimiento, formación o adopción. Y no se adopta a cualquiera venido de fuera, no es tan sencillo. En tiempos recientes nunca se sintió como «nuestros» a Figo ni a Ronaldo ni a Robinho ni casi a Beckham, ni desde luego a Mijatovic (que no se entiende a santo de qué ha adquirido tanto poder en el actual esquema del club, y encima para mal ejercerlo). Algo más a Laudrup, a Zidane y antes a Valdano, a los que, por así decir, se reconoció en seguida como propios. Depende de muchos factores, de la manera de ser, del estilo futbolístico, hasta de caer en gracia. Pero todos estaban arropados por muchachos aún jóvenes que en verdad eran de casa: Raúl, Guti y Casillas, últimamente. Los tres siguen en activo, pero los dos primeros ya divisan su retirada. Y mientras el Barça mantiene ese hilo vital de la continuidad e incorpora a canteranos todas las temporadas, el Madrid ha dejado marchar desde a Urzaiz y Eto'o hace años hasta a Mata, Negredo, Granero, Parejo y De la Red ahora (recomprado este último a golpe de talonario), que destacan en sus respectivos Valencia, Almería, Getafe y Queen's Park Rangers, un Segunda División inglés en el que se foguea absurdamente el favorito de Di Stéfano —que no suele regalar elogios—, en vez de estar aquí en danza. En contra de la leyenda, los madridistas no nos conformamos con los extranjeros (menos aún si son tan horribles como Diarra o Drenthe): junto a Di Stéfano y Puskas tuvimos a Marquitos, Santisteban, Zárraga y Gento; y antes de Stielike, Breitner y Netzer tuvimos a Pirri, Serena, Grosso y el incomparable Velázquez. La mezcla ha sido esencial, como lo ha sido para cualquier club de verdadera altura. No creo que aquí nos sirviera el modelo Chelsea, Inter o Arsenal, en los que apenas hay jugadores locales. El Madrid ha sido otra cosa, y siempre hemos tenido sobre la hierba «críos nuestros». Si Mijatovic o Schuster no lo entienden, más vale que se vayan (postdata: el segundo ya se ha ido). Y si es el Presidente Calderón el obtuso, que abandone, con mayor motivo. Y ya que Del Bosque está ocupado, ojalá vuelva Valdano.

Un madridista enloquecido

No sería yo un madridista noble (eso no es un oxímoron, ni —ay— tampoco una redundancia) si dejara pasar aquí el humillante 2-6 que nos ha infligido esta temporada el Barça. Nunca creí que me tocaría revivir una sensación como la de 1973, cuando Cruyff y los suyos ganaron 0-5 en Chamartín. Lo más pesado de aquello fueron los muchos años que les duró la exaltación a los barceloneses. A finales de 1974 yo me fui a vivir a Barcelona, y hasta que me marché, en 1978, cada vez que me presentaban allí a alguien y ese alguien se enteraba de que yo era madrileño (mi madridismo no era por entonces *vox populi*), agitaba la mano abierta durante unos segundos y acompañaba el gesto de una sonrisita más enigmática que amistosa. ¿Por qué saludarán de esta forma tan rara?, me preguntaba. Hasta que comprendí que se trataba, invariablemente, del recordatorio de los cinco goles (lo que se llama, en efecto, «una manita») que habíamos encajado en nuestro campo. Ahora no sé a qué ademán recurrirán para restregarnos ese 2-6, quizá nos saluden con las dos manos, una abierta como entonces y la otra con el índice enhiesto, o acaso opten por levantarnos el dedo corazón, para mayores grosería y escarnio.

No es que yo esperara nada del Madrid. Es más, en una entrevista del diario *As* había pronosticado un 1-2 a favor del Barça y había reconocido el abismo existente, a lo largo de la Liga, entre el juego de los dos equipos. No me costó demasiado rendirme a la evidencia. Cualquier buen aficionado al fútbol, independientemente de sus colores, sabe ver que el Barça juega de maravilla, y lo que siente es sobre todo envidia. Ahora bien, ese equipo se ensañó en su superioridad, algo que el Madrid no suele hacer: recuerdo cómo, hace años, tras meterle el Madrid de Valdano un 5-0 en Chamartín, aflojó el ritmo, no quiso humillar al rival ni hacerle sangre. De manera que, cuatro días después, cuando el Barcelona visitaba Londres para enfrentarse al Chelsea en la Copa de Europa, decidí ir con los de Stamford Bridge pese a que en el partido de ida, en el Camp Nou, había ido con los *culés*. Que un madridista pueda ir con el Barça en alguna ocasión es algo que irrita sobremanera a los seguidores de este club. Primero se quedan desconcertados, creyendo que se les toma el pelo. Luego, al ver que uno va en serio, buscan una razón negativa: «Ah, ya. Como el Barça sólo ha ganado hasta ahora dos Copas de Europa, preferís que no se acerquen otros a las nueve que habéis conquistado, como el Milán con sus siete o el Liverpool con sus cinco». Sólo parecen concebir motivaciones mezquinas.

Así que llegó el día del Chelsea, y aunque este fue mi equipo inglés favorito (antes de que lo comprara el magnate ruso Abramovich, que lo ha ensuciado), a los pocos minutos me di cuenta de que «no me salía» apoyarlo, pese a mi determinación previa. Quizá me influyó que la persona que más quiero es *culé* apasionada, y pensé que estaría sufriendo. Y sin duda el hecho de que, aunque bastantes catalanes no nos tengan a los demás por tales, yo no puedo evitar sentirlos compatriotas, es decir, parte de mí o de nosotros (guste o no, son ya muchos siglos caminando juntos y

padeciendo infortunios semejantes). Considero a Guardiola un hombre inteligente y además me cae bien, lo mismo que el grueso de los jugadores actuales (aparte Henry y Alves y Eto'o, tirando a chulos). Tan sólo cuatro días después del 2-6, por tanto, me vi animando al Barça y me alegré cuando Iniesta marcó el gol del empate. Claro que unos minutos más tarde empecé a arrepentirme, al ver a sus hinchas con camisetas que llevaban estampado: «2-6, yo estuve allí» o alguna memez por el estilo. Estuvimos todos, qué se creen.

Ya no sé qué hacer, estoy enloquecido. El miércoles próximo el Barcelona disputa la gran final contra el Manchester United, que me cae como un tiro, entre otras razones por el antimadridismo furibundo de su chicloso entrenador, Ferguson, que se dedica a propalar falsedades sobre los títulos ganados por el Madrid en la época de Di Stéfano, afirmando que se los debió a Franco (hay que ser tonto: como si Franco hubiera tenido nunca influencia en Europa y el Madrid no hubiera sido una presa más del franquismo). Iré, así pues, con el Barça, para rabia de *culés* rabiosos. Al fin y al cabo su fútbol me encanta, y además forma parte de la historia pasional de cualquier *merengue*.

En cuanto al 2-6, todos los futboleros sabemos cuán poco duran las tristezas y las alegrías. Tras el 0-5 de 1973, el Madrid se levantó y cayó varias veces. Pero ganó tres Copas de Europa más, en 1998, 2000 y 2002, tantas como espero que el Barça haya obtenido en toda su historia después del miércoles. Eso sí que no hay quien lo mueva, eso sí que no se olvida. Sólo confío en que nuestro futuro Presidente traiga de entrenador a Laudrup (en vez de a un paquidermo), el único técnico actual que puede competir con Guardiola en juventud, inteligencia, educación, modestia, atención a la cantera y concepción generosa del juego. A los madridistas no nos basta con ganar, y él es el único que puede conseguir un día que veamos a una especie de Barça vestido de blanco.

Los matones protegidos

Uno de los ejemplos más claros de cómo nuestras sociedades están entregadas a la política del *appeasement* o apaciguamiento —la que practicaron las democracias ante Hitler, y así les fue a partir de 1939— lo encontramos, como tantas otras cosas, en el fútbol. Hace ya quince años escribí un artículo defendiendo al antiguo jugador del Manchester United Eric Cantona, que recibió unas severísimas sanciones por parte de su club y de su selección francesa, así como la reprobación de la prensa, porque se hartó de un individuo que le soltaba barbaridades sin cesar y, al retirarse del campo, expulsado, se acercó a él y le propinó un acrobático puntapié. Posiblemente no debió patear a aquel hincha, pero se comprende que lo hiciera. Quizá mereció las sanciones, pero no la condena moral generalizada que las acompañó. El joven agredido, como todos los hinchas groseros y violentos que llenan los estadios, se estaba amparando en la masa y en el anonimato, estaba actuando con cobardía al insultar a resguardo al jugador, cosa que sin duda no habría hecho a solas, a pecho descubierto y en su proximidad. Seguramente ningún *hooligan* se habría atrevido. Pocas acciones más despreciables que la de atacar en manada, sabiéndose impune, indistinguible, a salvo de las consecuencias. Decía en aquella pieza remota que si hubiéramos visto esa secuencia en una película, la mayoría habríamos aplaudido a Cantona: el héroe, cansado de sufrir vejaciones, habría individualizado a la masa y le habría dado su merecido, mala suerte para el que se llevó el puntapié. No sabemos ver la vida real con la nitidez con que vemos cine o leemos novelas.

Algo parecido ha sucedido ahora con un delantero del Inter de Milán llamado Balotelli. Pese al apellido y a haber nacido en Palermo, se trata de un fornido negro, de madre ghanesa, motivo por el cual padece toda clase de insultos racistas cada vez que salta a un campo, y nunca tiene fácil jugar en la selección de su país, ya que, según demasiados aficionados, «no hay negros italianos». Hace unas semanas, en un partido en Verona, tras haber soportado durante ochenta y ocho minutos los gritos simiescos del público cada vez que tocaba un balón, fue sustituido, y al retirarse aplaudió irónicamente a la masa que no había parado de humillarlo. Luego, ante los micrófonos, añadió otra «afrenta»: «El público de Verona me da cada vez más asco». Cualquiera en su situación habría dicho, o por lo menos pensado, otro tanto. A diferencia de Cantona en su día, no se encaró con ningún aficionado ni a ninguno pateó. Se limitó a aplaudir y a expresar sus comprensibles sentimientos. Sin embargo, eso le ha valido una multa de siete mil euros, impuesta por el árbitro, «por haber provocado al público». El Presidente del Chievo Verona se ha permitido negar la evidencia: «El problema no es el color de su piel, sino su actitud provocadora, que incita a que lo insulten». Hasta el alcalde de esa ciudad de amantes ha dicho su majadería: «Un profesional tiene que aguantar pitos e insultos». (No ha explicado por qué, pero el estamento político-futbolístico italiano, con Berlusconi a la cabeza de los sin cerebro, hace tiempo que perdió toda capacidad de razonar). Hasta su entrenador,

Mourinho, ha reñido a Balotelli: «Debería haberse olvidado de todo yéndose a dormir». Es decir, a uno se lo hostiga sin pausa durante el ejercicio de su trabajo, y además en plan racista, y es uno el que «provoca al público» si reacciona mínimamente.

¿De dónde proceden estas ideas de que «un profesional» ha de callar ante los insultos, y de que el público sigue siendo «respetable» cuando hace muchísimo que dejó de serlo en todas partes? Recientemente oí reproches hacia Casillas porque se acercó a un crío valenciano que lo ponía verde y le pidió un poco de educación, nada más. «Hay que hacer caso omiso y concentrarse en el juego», lo amonestaban los periodistas. Yo me pregunto cómo se hace caso omiso de las barbaridades que uno escucha nítidamente dirigidas a uno, de principio a fin de un partido. Cómo se concentra uno en parar los disparos. Salvando las distancias, es como si a un actor de teatro se le pidiera que pasara de los insultos lanzados con profusión desde el patio de butacas y se ciñera a su texto, como si allí no hubiera nadie. O a un cantante que siguiera impertérrito con su recital mientras le llueven abucheos e injurias. O a un escritor que continuara con su conferencia mientras los oyentes lo llaman «hijoputa» y «cabrón». Y como si a todos estos «profesionales» se los castigara y multara por interrumpirse o hacer frente a sus groseros detractores. El razonamiento —es un decir— de los responsables del fútbol es más o menos: «Cualquier respuesta sólo empeorará las cosas». Esto es: «Permitamos y protejamos los abusos, el matonismo y la violencia verbal, no vayamos a soliviantar a los soliviantados». Lo mismo que en los años treinta: «Cedamos ante el furioso Hitler, no se vaya a poner aún más furioso». Ceder ante los comportamientos fascistas siempre se paga caro, porque el espíritu fascista —que puede darse en gente de izquierda— toma por debilidad cualquier inhibición del adversario, y no hace sino envalentonarse y aumentar su agresividad, hasta aniquilar a ese adversario. Si el apaciguamiento está institucionalizado; si los violentos y matones están protegidos; si se condena al individuo valiente que se enfrenta a ellos o por lo menos les señala su cobardía y su mezquindad, no es de extrañar que éstos se crezcan y que cada vez estemos todos más y más a su merced.

Procedencias

«La recuperación semanal de la infancia», suplemento «Gente», en *Diario 16*, 12 de julio de 1992.

«Oasis», *GQ*, n.º 1, diciembre de 1994-enero de 1995, con el erróneo título «¡Ala Madrid!».

«El estilo y los nombres», *El País*, 3 de agosto de 1992.

«Cuello de marinerito», *El País*, 1 de febrero de 1993.

«¿Por qué no nos odian?», suplemento «Domingo», en *El País*, 20 de febrero de 1994.

«Corazones tan blancos», *El País*, 9 de mayo de 1994.

«Leones en Chamberí», suplemento «Mundial de Estados Unidos», en *El País*, 16 de junio de 1994.

«Felones», *El País*, 22 de junio de 1994.

«La celebración», *El País*, 28 de junio de 1994.

«Los himnos», *El País*, 7 de julio de 1994.

«La gracia y el tiro», *El País*, 18 de julio de 1994.

«Oh, ah, Cantona», *El Semanal*, 12 de febrero de 1995; recogido en *Mano de sombra*, Alfaguara, Madrid, 1997.

«El ambiente mortal», *El Semanal*, 18 de junio de 1995; recogido en *Mano de sombra*, Alfaguara, Madrid, 1997.

«Grupos salvajes», *El País*, 9 de enero de 1995.

«El héroe musical», *El País*, 15 de junio de 1995.

«Jekyll, Hyde y Frankenstein», *El País*, 31 de agosto de 1995.

«Carácter y cromos», *El País*, 17 de abril de 1995.

«Letras de fútbol», *El Semanal*, 26 de noviembre de 1995; recogido en *Mano de sombra*, Alfaguara, Madrid, 1997.

«Dignidad y decoro», *El Semanal*, 18 de febrero de 1996; recogido en *Mano de sombra*, Alfaguara, Madrid, 1997.

«Más para qué», *El Semanal*, 28 de agosto de 1996; recogido en *Mano de sombra*, Alfaguara, Madrid, 1997.

«Aspirantes a usurpadores», *El Semanal*, 27 de octubre de 1996; recogido en *Mano*

de sombra, Alfaguara, Madrid, 1997.

«Lo inmutable», *El Semanal*, 5 de enero de 1997; recogido en *Seré amado cuando falte*, Alfaguara, Madrid, 1999.

«Memoria personal y viva», *El Semanal*, 12 de octubre de 1997; recogido en *Seré amado cuando falte*, Alfaguara, Madrid, 1999.

«No son nada», *El Semanal*, 30 de noviembre de 1997; recogido en *Seré amado cuando falte*, Alfaguara, Madrid, 1999.

«Real Madrid Republicano», *El Semanal*, 19 de abril de 1998; recogido en *Seré amado cuando falte*, Alfaguara, Madrid, 1999.

«De algo pueden servir los libros», *El Semanal*, 17 de mayo de 1998; recogido en *Seré amado cuando falte*, Alfaguara, Madrid, 1999.

«Jamás de todos», *El País*, 8 de junio de 1998.

«Hoy no sólo hoy», *El País*, 20 de mayo de 1998.

«Las veloces eternidades», publicado en mayo de 1998 en la revista oficial de la Copa del Mundo del 98.

«Cuatro córners zurdos», *El País*, 19 de junio de 1998.

«Cinco golpes francos zurdos», *El País*, 26 de junio de 1998.

«Seis regates zurdos», *El País*, 3 de julio de 1998.

«Tres goles en propia meta (zurdos).», *El País*, 12 de julio de 1998.

«Trasvase o estafa», *El Semanal*, 4 de octubre de 1998; recogido en *Seré amado cuando falte*, Alfaguara, Madrid, 1999.

«El equipo más dramático», prólogo a Pere Ferreres, *Cien años azulgrana. Entrevistas a la sombra del Camp Nou*, El País-Aguilar, Madrid, 1998.

«Si lo osado es el pasado», *El Semanal*, 4 de abril de 1999; recogido en *A veces un caballero*, Alfaguara, Madrid, 2001.

«Un problema metafísico», *El Semanal*, 4 de julio de 1999; recogido en *A veces un caballero*, Alfaguara, Madrid, 2001.

«Algo más fuerte y sentimental», *El País*, 14 de octubre de 1999.

«La memoria del alma», *El País*, 27 de febrero de 2000.

«Chulería y temeridad», *El Semanal*, 28 de mayo de 2000; recogido en *A veces un caballero*, Alfaguara, Madrid, 2001.

«No hay quien dé más», *El País*, 22 de mayo de 2000.

«Heliodoro silba y fuma en pipa», *El Semanal*, 24 de octubre de 1999; recogido en *A*

veces un caballero, Alfaguara, Madrid, 2001.

«El Demonio del Mediodía», *El País*, 24 de junio de 2000.

«Confío en equivocarme», *El Semanal*, 10 de septiembre de 2000; recogido en *A veces un caballero*, Alfaguara, Madrid, 2001.

«El Mito», *El País*, 21 de octubre de 2000.

«¿Qué fue de la fe culé?», *El País*, 3 de marzo de 2001.

«El ansioso y el ambicioso», *El Semanal*, 10 de junio de 2001; recogido en *Harán de mí un criminal*, Alfaguara, Madrid, 2003.

«El mal del bien parecido», *El Semanal*, 27 de enero de 2002; recogido en *Harán de mí un criminal*, Alfaguara, Madrid, 2003.

«La Novena de los Incomprendidos», *El País*, 14 de mayo de 2002.

«Caído del cielo», *El País*, 20 de mayo de 2002.

«Los nuevos Picapiedra», *El Semanal*, 16 de junio de 2002; recogido en *Harán de mí un criminal*, Alfaguara, Madrid, 2003.

«El estrabismo de los semidioses», *El Semanal*, 29 de septiembre de 2002; recogido en *Harán de mí un criminal*, Alfaguara, Madrid, 2003.

«Ronaldo y Beckham y la verosimilitud», *El País Semanal*, 20 de julio de 2003; recogido en *El oficio de oír llover*, Alfaguara, Madrid, 2005.

«En la lealtad mayor», *El País*, 19 de octubre de 2003.

«Más vale no forzar la rabia», *El País Semanal*, 2 de mayo de 2004; recogido en *El oficio de oír llover*, Alfaguara, Madrid, 2005.

«El álbum de los cabezudos», *El País Semanal*, 5 de septiembre de 2004; recogido en *El oficio de oír llover*, Alfaguara, Madrid, 2005.

«Las menos personas», *El País Semanal*, 21 de noviembre de 2004; recogido en *El oficio de oír llover*, Alfaguara, Madrid, 2005.

«Pararlos o no pararlos», *El País Semanal*, 5 de junio de 2005; recogido en *Demasiada nieve alrededor*, Alfaguara, Madrid, 2007.

«Irremediablemente ingenuos», *El País*, 19 de noviembre de 2005.

«Veredicto o vaticinio», *El País Semanal*, 18 de diciembre de 2005; recogido en *Demasiada nieve alrededor*, Alfaguara, Madrid, 2007.

«Y el recuerdo largo», *El País Semanal*, 12 de febrero de 2006; recogido en *Demasiada nieve alrededor*, Alfaguara, Madrid, 2007.

«El misterioso alivio del fútbol», *El País Semanal*, 2 de julio de 2006; recogido en

Demasiada nieve alrededor, Alfaguara, Madrid, 2007.

«Gañanes de espíritu», *El País Semanal*, 16 de julio de 2006; recogido en *Demasiada nieve alrededor*, Alfaguara, Madrid, 2007.

«Un cuento para releer», *El País Semanal*, 30 de julio de 2006; recogido en *Demasiada nieve alrededor*, Alfaguara, Madrid, 2007.

«El ofensor y los desertores», *El País Semanal*, 4 de marzo de 2007; recogido en *Lo que no vengo a decir*, Alfaguara, Madrid, 2009.

«Un espectáculo para los vivos», *El País Semanal*, 7 de octubre de 2007; recogido en *Lo que no vengo a decir*, Alfaguara, Madrid, 2009.

«Las ilusiones resistentes», *El País Semanal*, 25 de mayo de 2008; recogido en *Lo que no vengo a decir*, Alfaguara, Madrid, 2009.

«Entre locos anda el juego», publicado en alemán con el título «Der Weg ist klar, wenn ein Narr vorangeht», en el diario *Der Tagesspiegel*, 10 de junio de 2008.

«Lo contrario de lo que hemos sido», *El País*, 29 de junio de 2008.

«Críos nuestros», *El País Semanal*, 21 de diciembre de 2008; recogido en *Lo que no vengo a decir*, Alfaguara, Madrid, 2009.

«Un madridista enloquecido», *El País Semanal*, 24 de mayo de 2009.

«Los matones protegidos», *El País Semanal*, 24 de enero de 2010.

JAVIER MARÍAS. (Madrid, 1951) Es autor de *Los dominios del lobo*, *Travesía del horizonte*, *El monarca del tiempo*, *El siglo*, *El hombre sentimental* (Premio Ennio Flaiano), *Todas las almas* (Premio Ciudad de Barcelona), *Corazón tan blanco* (Premio de la Crítica, *Prix l Oeil et la Lettre*, IMPAC *Dublin Literary Award*), *Mañana en la batalla piensa en mí* (Premio Fastenrath, Premio Rómulo Gallegos, *Prix Femina Étranger*, Premio *Mondello di Palermo*), *Negra espalda del tiempo*, de los tres volúmenes de *Tu rostro mañana*: 1 *Fiebre y lanza* (Premio Salambó), 2 B*aile y sueño*, 3 *Veneno y sombra y adiós*, y de *Los enamoramientos* (Premio Qué Leer); de las semblanzas *Vidas escritas* y *Miramientos*; de relatos y de la antología *Cuentos únicos*; de sendos homenajes a Faulkner y Nabokov y de diecisiete colecciones de artículos y ensayos. En 1997 recibió el Premio Nelly Sachs, en Dortmund; en 1998 el Premio Comunidad de Madrid; en 2000 los Premios Grinzane Cavour, en Turín, y Alberto Moravia, en Roma; en 2008 los Premios Alessio, en Turín, y José Donoso, en Chile; en 2010 *The America Award* en los Estados Unidos; en 2011 el Premio Nonino, en Udine, y el Premio de Literatura Europea de Austria, y en 2012 el Premio Terenci Moix, todos ellos por el conjunto de su obra. Entre sus traducciones destaca *Tristram Shandy* (Premio Nacional de Traducción 1979). Fue profesor en la Universidad de Oxford y en la Complutense de Madrid. Sus obras se han publicado en cuarenta y dos lenguas y en cincuenta y dos países, con seis millones y medio de ejemplares vendidos. Es miembro de la Real Academia Española.

Notas

[1] Ganó, ganó. <<

[2] Parece que recordé mal y que el santo más bien salvó a alguien en esa caída. <<

[3] Ya han llegado los gemelos, lo que anunciaba ya ha pasado. Ahora ansían a otro portero, cuyo origen no es dudoso: Van der Saar se llama, creo. <<

[4] Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos Kapuściński. <<

[5] Ya la he visto, y no escapa a la fórmula. <<